

La geografía está considerada habitualmente como una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción -desinteresada- de la cultura llamada general. Una disciplina molesta, pero fácil basada en la mera descripción y en la acumulación de datos. Sin embargo, la geografía empieza a conocer un cierto malestar, que Yves Lacoste pone magistralmente de relieve en este libro, cuyo enfoque es radicalmente distinto de los textos habituales sobre esta materia.

Analiza cómo a partir de la geografía de los profesores existe, cada vez en mayor proporción, una geografía de los militares, así como de los estados mayores de las multinacionales que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional.

Lacoste pone en primer lugar la relación entre la geografía y la política, y afirma que «la geografía sirve, en primer lugar, para guerrear y ejercer el poder», en tanto que saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, que exigen la recopilación de información necesaria a los detentadores de los aparatos de Estado.

En nuestros días, la proliferación de discursos acerca de la ordenación del territorio en términos de armonía, de búsqueda de mejores equilibrios, sirve para ocultar las medidas que permiten a las empresas capitalistas aumentar sus beneficios, así como para organizar el espacio económico, social y político de manera que el aparato de Estado esté capacitado para sofocar los movimientos populares.

Hoy importa más que nunca estar atento a esta función política y militar de la geografía, la propia desde el principio. En nuestros días, adquiere una amplitud y unas formas nuevas, a causa no únicamente del desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información, sino también de los progresos del conocimiento científico.



9

Lacoste

LA GEOGRAFIA: UN ARMA PARA LA GUERRA

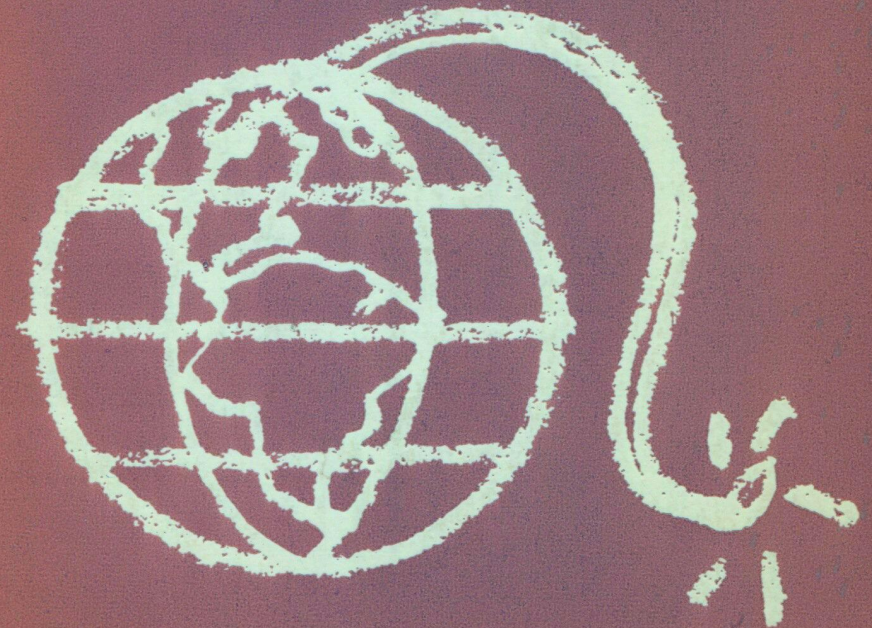
Yves Lacoste

LA GEOGRAFIA: UN ARMA PARA LA GUERRA

9

Elementos Críticos

EDITORIAL ANAGRAMA



DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE GEOPOLÍTICA



Yves Lacoste

La geografía:
un arma para la guerra.



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre
© Librairie François Maspero
París, 1976

Traducción:
Joaquín Jordá

Portada:
Julio Vivas

Esta edición, realizada en México por Representaciones Editoriales, S. A., se publica con la autorización de Editorial Anagrama de Barcelona España
© Editorial Anagrama, S.A.
Representaciones Editoriales, S.A.
Derechos reservados conforme a la ley.
Impreso y hecho en México.

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1977
Calle de la Cruz, 44
Barcelona-34

ISBN 84-339-1409-X
Depósito Legal: B. 46750-1977

LA GEOGRAFÍA: UN ARMA PARA LA GUERRA

Todos creen que la geografía no es más que una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción «desinteresada» de la cultura llamada general... ¿Cuál puede ser, en caso contrario, la utilidad de esas migajas heteróclitas de las lecciones que hemos tenido que aprender en el instituto? Las regiones de la cuenca parisina, los macizos de los Prealpes del Norte, la altitud del Mont Blanc, la densidad de población de Bélgica y de Holanda, los deltas del Asia de los monzones, el clima bretón, longitud-latitud y usos horarios, los nombres de las principales cuencas hulleras de la URSS y los de los grandes lagos americanos, la industria textil del Norte (Lille-Roubaix-Tourcoing), etc. Y los abuelos recuerdan que en sus tiempos era preciso saber los departamentos, con sus prefecturas y subprefecturas... ¿Para qué sirve todo eso?

Una disciplina molesta pero en último término fácilona, pues como todos saben «en geografía no hay nada que entender, basta con la memoria»... En cualquier caso, desde hace unos años los alumnos no quieren ni oír hablar de esas lecciones que enumeran, en cada país o en cada región, relieve-clima-ríos-vegetación-población-agricultura-ciudades-industrias. En los institutos hay tal animadversión hacia la geografía que, sucesivamente, dos mi-

nistros de Educación (¡y entre ellos un geógrafo!) han llegado a proponer la supresión de esta antigua disciplina «libresca y actualmente superada» (igual que si se tratara de una especie de latín). Es posible que antes sirviera de algo, pero ahora ¿acaso la televisión, las revistas ilustradas y los diarios no presentan mejor todos los países al compás de la actualidad, y el cine no muestra mucho mejor los paisajes?

En la Universidad, donde se desconocen, sin embargo, las «dificultades pedagógicas» de los profesores de historia y geografía de enseñanza media, los catedráticos más sagaces comprueban que la geografía conoce «un cierto malestar»; uno de los decanos de la corporación manifiesta, no sin solemnidad, que «ha entrado en la época de los estallidos»¹. En cuanto a los jóvenes mandarines que se lanzan a la epistemología, acaban por llegar a preguntarse si la geografía es una ciencia, si esta acumulación de elementos de conocimiento tan «sacados» de la geología como de la sociología, de la historia como de la demografía, de la meteorología como de la economía política o de la paidología, puede aspirar a constituir una ciencia auténtica, autónoma, con razón de ser...

Pero, qué caramba, dirán todos aquellos que no son geógrafos, ¿no hay problemas más urgentes que discutir los males de la geografía?, o, en términos más expeditivos, «la geografía me la trae floja...» ya que no sirve para nada.

Pese a unas apariencias cuidadosamente mantenidas, los problemas de la geografía no conciernen únicamente, ni mucho menos, a los geógrafos, sino, a fin de cuentas, a todos los ciudadanos. Pues el discurso pedagógico constituido por la geografía de los profesores, tanto más fastidioso cuanto que, en la medida en que los medios de información despliegan su espectáculo del mundo, disimula, a los ojos de todos, el temible instrumento de fuerza que es la geografía para los que ostentan el poder.

1. ANDRÉ MEYNIER, *Histoire de la pensée géographique en France*, P.U.F., 1969.

La geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra. Ante toda ciencia, ante todo saber es obligatorio plantearse una cuestión epistemológica previa; el proceso científico va unido a una historia y debe ser visto por una parte en sus relaciones con las ideologías y por otra como práctica o como poder. Plantear de entrada que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra no supone que sólo sirva para dirigir unas operaciones militares; sirve también para organizar los territorios no sólo en previsión de las batallas que habrá que librar contra tal o cual adversario, sino también para controlar mejor a los hombres sobre los cuales ejerce su autoridad el aparato del Estado. La geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad de la división del Saber para el Saber. Son esas prácticas estratégicas las que hacen que la geografía resulte necesaria, en primer término, a quienes son los amos de los aparatos de Estado. ¿Se trata realmente de una ciencia? En el fondo, la cuestión carece de importancia: no es esencial desde el momento en que tomamos conciencia de que la articulación de conocimientos referentes al espacio, es decir, la geografía, es un saber estratégico, un poder.

La geografía, en tanto que descripción metódica de los espacios, tanto bajo los aspectos que se ha convenido en denominar «físicos» como bajo sus características económicas, sociales, demográficas y políticas (por referirnos a una cierta división del saber), debe situarse absolutamente, en tanto que práctica y en tanto que poder, en el marco de las funciones que ejerce el aparato de Estado para el control y la organización de los hombres que pueblan su territorio y para la guerra.

Mucho más que una serie de estadísticas o que un conjunto de textos, el mapa es la forma de representación geográfica por excelencia; sobre el mapa deben ser llevadas todas las informa-

ciones necesarias para la elaboración de las tácticas y de las estrategias. La formalización del espacio significada por el mapa no es gratuita ni desinteresada: medio de dominación indispensable, de dominación del espacio, el mapa fue elaborado en primer lugar por militares y para militares. La producción de un mapa, es decir, la conversión de una concreción mal conocida en una representación abstracta, eficaz y digna de confianza, es una operación ardua, larga y costosa que sólo puede ser realizada por y para el aparato de Estado. El trazado de un mapa implica un cierto dominio político y científico del espacio representado, y es un instrumento de poder sobre dicho espacio y sobre las personas que viven en él. No es extraño que todavía hoy un gran número de mapas, y sobre todo los mapas a gran escala, muy detallados, que frecuentemente se denominan «mapas de estado mayor», caigan bajo el secreto militar en un gran número de países (especialmente en los Estados socialistas).

Si la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra y ejercer el poder, no sirve sólo para eso; aunque no lo parezca, sus funciones ideológicas y políticas son considerables: en el contexto de expansión del pangermanismo (los imperialismos francés e inglés se desarrollaron fundamentalmente en unos ambientes intelectuales diferentes) fue donde Friedrich Ratzel (1844-1904) realizó la obra que todavía hoy sigue influyendo considerablemente en la geografía humana; su *Anthropogeographie* va estrechamente unida a su *Politische Geographie*. Recogiendo buen número de conceptos ratzelianos, como el de *Lebensraum* (espacio vital), y los de los geógrafos norteamericanos y británicos (H. J. Mackinder y A. T. Mahan), recién acabada la Primera Guerra mundial, el general Karl Haushofer (1869-1946) confiere un decisivo impulso a la geopolítica. Es cierto que buen número de geógrafos considerarán un absurdo total que se establezca una relación entre su geografía «científica» y la empresa del general nazi (poseía el carnet n.º 3 del Partido nacional-socialista). La geopolítica hitleriana es la expresión más exacerbada de la función política e ideológica que puede tener la geografía. Cabría incluso preguntarse si la doctrina del Führer

no estuvo inspirada en gran parte por los razonamientos de Haushofer, tan estrechas fueron sus relaciones, en especial a partir de 1923-24, en la época en que Adolf Hitler escribía *Mein Kampf* en la cárcel de Munich.

A partir de 1945 resulta de mal tono referirse a la geopolítica. Sin embargo, aunque de manera más discreta, los estrategias de las grandes potencias prosiguen el tipo de investigaciones emprendidas por los institutos de geopolítica de Munich y de Heidelberg. Esta es especialmente la tarea de los servicios que trabajan a partir de las orientaciones de «dear Henry» Kissinger (hizo sus primeras armas como historiador; pero su tesis se refiere a una discusión geopolítica por excelencia: el Congreso de Viena). Hoy, más que nunca, son unos argumentos de tipo geográfico los que impregnan lo esencial del discurso político, refiérase a los problemas «regionalistas» o, a nivel planetario, a los del «centro» y de la «periferia», del «Norte» y del «Sur».

Pero la geografía no sirve únicamente para apuntalar, con la nebulosidad de sus conceptos, cualquier tesis política. En realidad, la función ideológica esencial del discurso de la geografía escolar y universitaria ha sido sobre todo la de *enmascarar*, mediante unos procedimientos que no son evidentes, la utilidad práctica del análisis del espacio, tanto fundamentalmente para la dirección de la guerra como para la organización del Estado y la práctica del poder. En el momento en que, sobre todo, evidencia su «inutilidad», el discurso geográfico ejerce su función embaucadora más eficaz; pues la crítica de sus afirmaciones «neutras» e «inocentes» parece superflua. La proeza ha consistido en hacer pasar un saber estratégico militar y político por un discurso pedagógico o científico totalmente inofensivo. Como veremos, las consecuencias de este engaño son graves. Por dicho motivo es especialmente importante afirmar que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra, o sea, desenmascarar una de sus funciones estratégicas esenciales y desmontar los subterfugios que la hacen pasar por inofensiva e inútil. El general Pinochet también es un geógrafo.

Afirmar que la geografía sirve en primer lugar para la guerra y el ejercicio del poder, no significa recordar los orígenes históricos del saber geográfico. En primer lugar debe ser entendido en este caso no en el sentido de «para comenzar, antiguamente» sino en el de «principalmente, ahora». Como máximo, los geógrafos universitarios no pasan de insinuar el papel de una especie de «geografía primitiva» (Alain Reynaud) en la época en que el saber establecido por el geógrafo del rey no estaba destinado a los jóvenes alumnos o a sus futuros profesores, sino a los jefes militares y a los dirigentes del Estado. Pero los universitarios de hoy consideran unánimemente, sean cuales fueren sus tendencias ideológicas, que la Auténtica Geografía, la Geografía Científica (el Saber por el Saber), la única de la que resulta digno hablar, no aparece hasta el siglo XIX, con los trabajos de Alexander von Humboldt (1769-1859) y con los de sus sucesores en la famosa Universidad de Berlín fundada por su hermano, estadista prusiano de primera fila.

En realidad, pese a lo que digan los universitarios, la geografía es mucho más antigua: ¿acaso los «grandes descubrimientos» no son geografía? ¿O las descripciones de los geógrafos árabes de la Edad Media? La geografía existe desde que existen unos aparatos de Estado, desde que Heródoto (por citar un ejemplo del mundo «occidental»), en el año 446 a. C., ya no cuenta una Historia (o unas historias) sino que procede a una auténtica «investigación» (éste es el título exacto de su obra) en función de los objetivos del «imperialismo» ateniense.

En efecto, hasta el siglo XIX no apareció el discurso geográfico escolar y universitario, destinado esencialmente (al menos desde un punto de vista estadístico) a los jóvenes alumnos. Discurso jerarquizado en función de los grados de la institución escolar, con su sabia culminación, la geografía en tanto que ciencia «desinteresada». En efecto, sólo en el siglo XIX aparece la *geografía de los profesores*, que ha sido presentada como la única geografía de la que conviene hablar.

No obstante, a partir de esta época, *la geografía de los militares*, por muy discreta que se haya hecho, no ha dejado de

existir, con un personal especializado cuyo número no es despreciable; con unos medios considerables, con sus razonamientos y sus métodos, y sigue siendo, al igual que siglos atrás, un temible instrumento de poder. Este conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos muy variados tratados en su relación con el espacio terrestre y con las diferentes prácticas del poder constituye un saber claramente percibido como estratégico por una minoría dirigente; lo utiliza como instrumento de poder. A la geografía de los militares que deciden a partir de los mapas su táctica y su estrategia, a la geografía de los dirigentes del aparato de Estado que estructuran su espacio en provincias, departamentos, distritos, a la geografía de los exploradores (con frecuencia militares) que han preparado la conquista colonial y la «valorización», se ha sumado la geografía de los estados mayores de las grandes firmas y de los grandes bancos que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional. Estos diferentes análisis geográficos, estrechamente unidos a unas prácticas militares, políticas y financieras, constituyen lo que se puede denominar la «geografía de los estados mayores», desde los de los ejércitos a los de los grandes aparatos capitalistas.

Pero esta geografía de los estados mayores es casi totalmente ignorada por todos aquellos que no la practican como instrumento de poder.

Hoy más que nunca, la geografía sirve en primer lugar para hacer la guerra. La mayoría de los geógrafos universitarios imaginan que, a partir de la confección de unos mapas relativamente precisos para todos los países, para todas las regiones, los militares ya no necesitan recurrir a la ciencia geográfica, a los conocimientos dispares que reúne (relieve, clima, vegetación, ríos, distribución de la población, etc.). Nada más falso. En primer lugar, porque las «cosas» se transforman con rapidez: si bien la topografía evoluciona con mucha lentitud, la localización de las instalaciones industriales, el trazado de las vías de circulación, las formas de hábitat se modifican a un ritmo mu-

cho más rápido, y hay que tener en cuenta estos cambios para establecer las tácticas y las estrategias.

Por otra parte, la puesta en práctica de nuevos métodos bélicos implica un análisis muy preciso de las combinaciones geográficas, de las relaciones entre los hombres y las «condiciones naturales» que se pretende precisamente destruir o modificar para hacer inhabitable una región o para iniciar un genocidio. La guerra del Vietnam ofrece numerosas pruebas de que la geografía sirve para hacer la guerra de la manera más total y generalizada. Uno de los ejemplos más conocidos y más dramáticos ha sido la aplicación, en 1965, 1966, 1967 y sobre todo en 1972, de un sistemático plan de destrucción de la red de diques que protegen las llanuras extremadamente pobladas del Vietnam del Norte: atravesadas por ríos tumultuosos, de terribles crecidas, que corren, no por los valles, sino, al contrario, por terrenos altos, por los terraplenes formados por sus aluviones. Estos diques, cuya importancia es, de hecho, absolutamente vital, no podían ser objeto de bombardeos masivos, directos y evidentes, pues la opinión pública internacional lo habría interpretado como la prueba de la perpetración de un genocidio. Era preciso, pues, atacar esa red de diques, de manera precisa y discreta, en determinados lugares esenciales para la protección de los quince millones de hombres que viven en esas pequeñas llanuras rodeadas de montañas. Era preciso que los diques se rompieran en los lugares donde la inundación tendría las más desastrosas consecuencias².

La elección de los lugares que había que bombardear procede de un razonamiento geográfico que implica varios niveles de análisis espacial.

En agosto de 1972, utilizando un conjunto de razonamientos y de análisis que son específicamente geográficos, conseguí demostrar, sin la menor contradicción, la estrategia y la táctica que el estado mayor americano practicaba contra los diques. Si

2. Ver en la revista *Hérodote*, núm. 1, Maspero, 1976: «Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été, 1972)».

una investigación geográfica ha permitido desenmascarar al Pentágono, es porque su estrategia y su táctica se basaban esencialmente en un análisis geográfico. No tuve más que reconstituir, a partir de informaciones principalmente geográficas, el razonamiento elaborado para el Pentágono por otros geógrafos («civiles» o de uniforme, da igual).

El plan de bombardeo de los diques del delta del río Rojo no debe ser considerado como una empresa excepcional que aprovechara unas condiciones geográficas muy especiales, sino, muy al contrario, como una operación que parte de una estrategia de conjunto: la «guerra geográfica» puesta en práctica masivamente en Indochina y sobre todo en el Vietnam del Sur durante más de diez años ha sido llevada con una combinación de medios poderosos y variados. Esta estrategia ha sido frecuentemente denominada «guerra ecológica» (ya sabemos que la ecología es una palabra de moda). Pero, en realidad, hay que referirse a la geografía, pues no se trata únicamente de destruir o alterar las relaciones ecológicas, se trata de modificar en amplísima medida la situación en que viven millares de hombres.

En efecto, no se trata únicamente de destruir la vegetación para obtener unos resultados políticos y militares, de transformar la disposición física de los suelos, de provocar voluntariamente nuevos procesos de erosión, de alterar determinadas redes hidrográficas para modificar la profundidad del nivel de base (para secar los pozos y los arrozales), de destruir los diques: se ha intentado modificar radicalmente la distribución espacial de la población practicando por diversos medios una política de reagrupación en las «aldeas estratégicas» y de urbanización forzada. Estas acciones destructivas no son únicamente la consecuencia involuntaria de la magnitud de los medios de destrucción utilizados actualmente sobre un cierto número de objetivos por la guerra tecnológica e industrial. Son también el resultado de una estrategia deliberada y minuciosa cuyos diferentes elementos se han coordinado científicamente en el tiempo y en el espacio.

La guerra de Indochina señala una nueva etapa en la historia de la guerra y de la geografía: por primera vez han sido utilizados unos métodos de destrucción y de modificación del medio geográfico, tanto en sus aspectos «físicos» como «humanos», para suprimir las condiciones geográficas indispensables para la vida de varias decenas de millones de hombres.

La guerra geográfica, con unos métodos diferentes según las regiones, puede ser aplicada en todos los países.

Afirmar que la geografía sirve fundamentalmente para hacer la guerra no significa sólo que se trata de un saber indispensable para quienes dirigen las operaciones militares. No se trata sólo de desplazar las tropas y sus armamentos una vez iniciada la guerra; se trata asimismo de prepararla, tanto en las fronteras como en el interior, de elegir el emplazamiento de las plazas fuertes, de construir varias líneas de defensa y de organizar las vías de circulación. «El territorio con su espacio y su población no es únicamente la fuente de toda fuerza militar, sino que también forma parte integrante de los factores que actúan sobre la guerra, aunque sólo sea porque constituye el teatro de las operaciones...», escribió Carl von Clausewitz (1780-1831), de quien Lenin pudo decir que era «uno de los escritores militares más profundos... un escritor cuyas ideas fundamentales se han convertido actualmente en el haber de todo pensador». El libro de Clausewitz, *De la guerra*, puede y debe ser leído como un auténtico libro de «geografía activa».

Vauban (1633-1707) no es únicamente uno de los más famosos constructores de fortificaciones, es también uno de los mejores geógrafos de su época, uno de los que mejor conoce el reino, en especial al nivel de las estadísticas y de los mapas; su proyecto de «diezmo real» traduce una concepción global del Estado como algo a reorganizar. Vauban aparece como uno de los primeros teóricos y prácticos franceses de lo que hoy se denomina la ordenación del territorio. Prepararse para la guerra, tanto para la lucha contra otros aparatos de Estado como para la lucha interior contra aquellos que discuten el poder o

quieren apoderarse de él, es organizar el espacio de manera que permita actuar con la mayor eficacia.

En nuestros días la proliferación de discursos que versan sobre la ordenación del territorio, en términos de armonía, de búsqueda de mejores equilibrios, sirve sobre todo para ocultar las medidas que permiten a las empresas capitalistas, especialmente a las más fuertes, aumentar sus beneficios. Hay que darse cuenta de que la ordenación del territorio no tiene como objetivo único la obtención del máximo beneficio, sino también el de organizar estratégicamente el espacio económico, social y político de manera que el aparato de Estado esté capacitado para sofocar los movimientos populares. Si eso resulta escasamente visible en los países más antiguamente industrializados, los planes de organización del espacio están manifiestamente muy influidos por las preocupaciones policíacas y militares en los Estados, como el Irán, cuya industrialización es un fenómeno reciente y rápido.

Hoy importa más que nunca estar atento a esta función política y militar de la geografía, la propia desde el principio. En nuestros días, adquiere una amplitud y unas formas nuevas, debido no únicamente al desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información, sino también a los progresos del conocimiento científico.

DE LA CORTINA DE HUMO DE
LA GEOGRAFÍA DE LOS PROFESORES
A LAS PANTALLAS DE LA GEOGRAFÍA-ESPECTÁCULO

Desde finales del siglo XIX puede considerarse que existen dos geografías:

La primera, de origen antiguo, la geografía de los estados mayores, es un conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos variados referidos al espacio; este saber sincrético es claramente percibido como estratégico por las minorías dirigentes que lo utilizan como instrumento de poder.

La otra geografía, la de los profesores, aparecida hace menos de un siglo, se ha convertido en un discurso *ideológico* que cuenta entre sus funciones *inconscientes* la de ocultar la importancia estratégica de los razonamientos que afectan al espacio. No sólo esta geografía de los profesores está alejada de las prácticas políticas y militares, así como de las decisiones económicas (pues los profesores no participan en absoluto en ellas), sino que disimula a los ojos de la mayoría la eficacia del instrumento de poder constituido por los análisis espaciales. Gracias a ello, la minoría en el poder, muy consciente de su importancia, es la única que los utiliza, en función de sus intereses, y este monopolio del saber es tanto más eficaz en la medida en que la mayoría no presta la menor atención a una disciplina que considera tan totalmente «inútil».

A partir de finales del siglo XIX, primero en Alemania, y

después fundamentalmente en Francia, la geografía de los profesores se ha desplegado como discurso pedagógico de tipo enciclopédico, como discurso científico, enumeración de elementos de conocimiento más o menos unidos entre sí por diferentes tipos de razonamientos dotados todos ellos de un punto común: ocultar su utilidad práctica en la dirección de la guerra o en la organización del Estado.

Entre, por una parte, las lecciones de los manuales escolares, el resumen que dicta el profesor, el curso de geografía en la Universidad (que sirve para formar futuros profesores) y, por otra, las diversas producciones científicas o el amplio discurso constituido por las «grandes» tesis de geografía, es evidente que existen diferencias: las primeras se sitúan al nivel de la *reproducción* de elementos de conocimiento más o menos numerosos, mientras que las segundas corresponden a una *producción de ideas científicas* y de informaciones nuevas, aunque sus autores no imaginen qué utilización podrá darse a la mayoría de ellas. Consideran fundamentalmente sus trabajos como un saber por el saber, y nadie piensa en preguntarse, en una tesis de geografía, para qué, para quién pueden servir (para los que están en el poder) todos esos conocimientos acumulados. Pero dichas tesis y dichas producciones científicas sólo son leídas por una ínfima minoría y su papel social es mucho menor que el de los cursos, de las clases y de los resúmenes. Por consiguiente, no debemos juzgar la función ideológica de la geografía de los profesores tomando únicamente en consideración sus producciones más brillantes o más elaboradas. Socialmente, pese a su carácter elemental, caricaturesco o ridículo, las lecciones aprendidas en el libro de geografía, los resúmenes dictados por el catedrático, todas esas reproducciones caricaturescas y mutiladoras tienen una influencia considerablemente mayor, pues contribuyen a influir duraderamente, desde su juventud, en millones de individuos. En la medida en que esta forma socialmente dominante de la geografía escolar y universitaria enuncia una nomenclatura e inculca unos elementos de conocimiento enumerados sin vinculación entre sí (relieve — el clima — ve-

getación — población...), tiene como resultado no sólo el ocultamiento de la importancia política de todo lo relacionado con el espacio sino también la imposición implícita de la idea de que en la geografía no hay nada que entender, que únicamente precisa memoria...

De todas las disciplinas enseñadas en la escuela, en el instituto, la geografía es la única que aparece como un saber sin aplicación práctica, al margen del sistema de enseñanza. No ocurre lo mismo con la historia, en la que como mínimo se perciben las vinculaciones con la argumentación de la polémica política. La proclamación del carácter exclusivamente escolar y universitario de la geografía, que tiene como corolario la sensación de su inutilidad, es una de las falacias más hábiles y graves que han funcionado con mayor eficacia, pese a su carácter recientísimo, puesto que, como ya hemos dicho, la ocultación de la geografía en tanto que saber político y militar no comienza hasta los finales del siglo XIX. Es sorprendente verificar hasta qué punto se descuida la geografía en unos medios que, no obstante, están preocupados por descubrir todos los engaños y denunciar todas las alienaciones. Los filósofos, que tanto han escrito para juzgar la validez de las ciencias y que hoy exploran la arqueología del saber, mantienen respecto a la geografía un silencio total, cuando esta disciplina habría debido atraer su crítica más que cualquier otra. ¿Indiferencia o complicidad inconsciente?

En cierto modo, la geografía de los profesores funciona como una pantalla de humo que permite disimular a los ojos de todos la eficacia de las estrategias políticas y militares así como de las estrategias económicas y sociales que otra geografía permite que algunos pongan en práctica. La diferencia fundamental entre la geografía de los estados mayores y la de los profesores no reside en la gama de elementos de conocimiento que utilizan. La primera, tanto hoy como antes, recurre a los resultados de las investigaciones científicas emprendidas por los universitarios, tanto si se trata de investigación desinteresada como de la geografía llamada «aplicada». Los militares enume-

ran los mismos tipos de apartados que se enuncian en las clases: relieve-clima-vegetación-ríos-población..., pero con la diferencia fundamental de que saben perfectamente para qué pueden servir esos elementos de conocimiento, mientras que los alumnos y sus profesores no tienen la menor idea.

Conviene analizar los procedimientos que provocan esta ocultación. No es el resultado de un proyecto consciente y voluntario de los profesores de geografía: en efecto, sus tendencias ideológicas están lejos de ser idénticas. Si bien participan en el engaño, ellos también están engañados. Sin embargo, antes de intentar esclarecer este punto, conviene subrayar que la geografía de los profesores no es el único biombo ideológico que permite disimular que el saber relacionado con el espacio es un temible instrumento del poder. En numerosos países, como los Estados Unidos o Inglaterra, la geografía no aparece en los programas de la enseñanza primaria y secundaria, y no por ello las masas son más conscientes de la importancia estratégica de los análisis espaciales. Ello se debe a que existe también otro biombo ideológico. En efecto, los mapas, los manuales y las tesis de geografía están lejos de constituir las únicas formas de representación del espacio; la geografía se ha convertido también en espectáculo: la representación de los paisajes es actualmente una inagotable fuente de inspiración, y ya no únicamente para los pintores, sino también para un gran número de personas. Invade las películas, las revistas ilustradas, los carteles, trátase de investigaciones estéticas o de publicidad. Nunca se han comprado tantas tarjetas postales, ni «tomado» tantas fotografías de paisajes como durante las vacaciones en que se «hace», guía en mano, la Bretaña, España o... el Afganistán. La ideología del turismo convierte la geografía en una de las formas del fenómeno de consumo de masas: multitudes cada vez más numerosas se sienten apoderadas de una auténtica hambre canina de paisajes, fuente de emociones estéticas más o menos codificadas. El mapa, representación formalizada del espacio que sólo unos pocos saben leer y utilizar como instrumento de poder, ha quedado ampliamente eclipsado en la men-

te de todos por la fotografía paisajista. Esta, según los «puntos de vista» y según las distancias focales de las lentes de los objetivos, escamotea las superficies y las distancias del mapa para privilegiar las siluetas topográficas verticales que se recortan, como en un diorama, sobre el fondo del cielo. Es todo un condicionamiento cultural, toda una impregnación que nos incita a todos en la medida en que somos propensos a considerar bellos unos paisajes a los que en otra época no se prestaba atención. (¿Por qué es bello un paisaje? ¿Por qué se le considera bello?)

No sólo hay que ir a ver tal o cual paisaje: la fotografía y el cine reproducirán también incansablemente determinados tipos de imágenes-paisajes que, examinados con más detalle, son otros tantos mensajes, otros tantos discursos mudos, difícilmente descodificables, otros tantos razonamientos que no por haber sido subrepticamente inducidos por el juego de las connotaciones son menos imperativos. La impregnación de la cultura social por las imágenes-mensajes geográficas difundidas e impuestas por los medios de información es, desde el punto de vista histórico, un fenómeno nuevo que nos sitúa en una posición de pasividad, de contemplación estética y que ahuyenta todavía más la idea de que algunos puedan analizar el espacio según determinados métodos a fin de estar capacitados para desplegar unas nuevas estrategias que permitan engañar al enemigo y vencerle.

De este modo, la geografía-espectáculo y la geografía escolar, que actúan con unos métodos tan diferentes que puede resultar paradójico acercarlas y concertar los efectos ideológicos de los westerns y de los manuales de geografía, llegan, sin embargo, a idénticos resultados:

1. Disimular la idea de que el saber geográfico puede ser un poder, de que determinadas representaciones del espacio pueden ser unos medios de acción y unos instrumentos políticos.

2. Imponer la idea de que lo que está relacionado con la geografía no procede de un razonamiento, en especial de un razonamiento estratégico llevado en función de una opción política. El paisaje es algo para contemplar y admirar; la lección de

geografía algo para aprender, pero sin nada que entender. ¿Para qué sirve un mapa? Es una imagen para una agencia de turismo o el trazado del itinerario de las próximas vacaciones.

UN SABER ESTRATEGICO ABANDONADO EN MANOS DE UNOS POCOS

El resultado de la superchería operada por las imágenes de la geografía-espectáculo y las lecciones de los profesores es que una minoría, la que ya posee los restantes poderes militares, policíacos, políticos, administrativos y financieros, es la única que posee también el poder que procura la geografía cuando es entendida como saber estratégico.

Es cierto que en numerosos países, los países socialistas en especial, los mapas a gran escala sólo se hallan en las manos consideradas seguras; las de los inspectores de policía y los oficiales del ejército. Los estudiantes de geografía llegan a realizar los trabajos prácticos en unos mapas imaginarios. Este lujo de precauciones puede parecer actualmente algo ilusorio, si se trata de precauciones contra un enemigo exterior, cuando los satélites proporcionan millares de fotografías que permiten alzar los mapas más detallados (es cierto que los nombres de lugares no constan en las fotos).

Pero es un hecho muy sintomático que en muchos países del Tercer Mundo se haya prohibido la venta de mapas a gran escala a partir del momento en que las tensiones sociales han alcanzado un cierto nivel.

En la guerrilla, una de las fuerzas de los campesinos es la de «conocer» muy bien tácticamente el espacio en que com-

baten, pero, limitados a sí mismos, su capacidad se desmorona en el caso de unas operaciones a nivel estratégico, pues éstas deben ser llevadas a otra escala, en espacios mucho más vastos que sólo pueden representarse de manera cartográfica. En el desarrollo de la guerrilla se salva una etapa muy importante cuando aparece un estado mayor capaz de leer los mapas, obtenidos casi siempre a cambio de grandes sacrificios.

La necesidad de saber leer un mapa se plantea también en las manifestaciones urbanas, la guerrilla urbana, la guerra callejera; en algunos países (socialistas o no), el público no puede adquirir un plano de la ciudad, sino únicamente el esquema de los lugares frecuentados por los turistas; esta medida permite que la policía establezca una división en zonas tanto más eficaz cuanto más dificultosa resulte la representación espacial.

Después de varias experiencias desastrosas, el aprendizaje de la lectura del mapa aparece como una tarea prioritaria para los militantes de un elevado número de países. Sin embargo, en la mayoría de los países de régimen llamado «liberal», la difusión de los mapas, a toda escala, es totalmente libre, así como la de los planos de la ciudad. En efecto, las autoridades han descubierto que podían ponerlos en circulación sin el menor inconveniente, pues los mapas, para quienes no han aprendido a leerlos y a utilizarlos, no tienen mayor sentido que una página escrita para los que no saben leer. No es que el aprendizaje de la lectura de un mapa sea una tarea difícil, pero todavía no se percibe su interés en las prácticas políticas y militares: la libre circulación de mapas en los países de régimen liberal es el corolario de la escasez del número de personas que pueden pretender utilizar contra los poderes establecidos otros tipos de acción que los estipulados en un sistema democrático.

Sin embargo, la importancia del análisis geográfico no se sitúa únicamente en el terreno de la estrategia y de la táctica militares, aunque en determinadas circunstancias sea esencial.

La falta casi total de interés en medios muy extendidos hacia una reflexión de tipo geográfico permite a los estados mayores de las grandes firmas capitalistas desplegar unas estrategias

espaciales cuya eficacia reside, en buena parte, no tanto en el secreto que las rodea como en la despreocupación de los militantes y de los sindicalistas respecto a los fenómenos de localización; como veremos, el análisis de los marxistas, que es fundamentalmente de tipo histórico, descuida casi totalmente la distribución en el espacio de unos fenómenos que explica a nivel teórico. Convendría citar y analizar más a menudo uno de los más famosos ejemplos de estrategia espacial del capitalismo en la región de Lyon respecto al trabajo de la seda, evocado, sin embargo, en todos los manuales de geografía.

En efecto, durante la primera mitad del siglo XIX, los capitalistas de Lyon pusieron en práctica una auténtica estrategia geográfica para romper la fuerza política de los menadores: el trabajo de la seda, hasta entonces concentrado en Lyon, fue dividido en un gran número de operaciones técnicas; éstas fueron diseminadas en un amplio radio en el campo: sólo el «mercader-fabricante» sabía dónde se hallaban los numerosos talleres que trabajaban para él y el personal de cada uno de ellos ignoraba dónde estaban los demás. Gracias a ello, los trabajadores dispersados tenían enormes dificultades para emprender una acción de conjunto. Un buen ejemplo de estrategia geográfica del capitalismo que cada militante debiera meditar; lejos de pertenecer al pasado, esta estrategia es practicada sistemáticamente, desde hace unas décadas, con el desarrollo de los fenómenos del subcontrato y con las políticas de descentralización industrial y de ordenación del territorio. En realidad, una parte considerable del personal que trabaja para tal o cual gran firma industrial no se encuentra en los establecimientos que dependen jurídicamente de dicha firma; se halla disperso en una serie de empresas dependientes: ¿dónde están?, ¿en qué pequeñas ciudades?, ¿en qué campos?, ¿dónde reclutan sus obreros? No sería imposible recoger algunas informaciones, pero como no se presta atención a estos problemas, generalmente se ignoran, para mayor ventaja de los estados mayores de las grandes firmas.

En los sectores «de izquierda» se denuncia regularmente el fracaso de la política de ordenación del territorio, sin intentar

ver que esos «fracasos» (respecto de los objetivos oficialmente proclamados) permiten en la práctica pingües negocios a unas empresas que, en una auténtica estrategia de movimiento, desplazan rápidamente sus inversiones para beneficiarse de las numerosas ventajas concedidas a la instalación de una nueva fábrica revendida o liquidada poco después.

Esta estrategia extremadamente móvil es practicada en unos espacios mucho más vastos por los dirigentes de las multinacionales: invierten y dejan de invertir, en las diferentes regiones de numerosos Estados, para extraer el mayor beneficio de todas las diferencias (salariales, fiscales, monetarias) que existen en los diversos lugares. Es cierto que el sistema de las multinacionales está muy bien analizado, pero sólo al nivel de la teoría: un análisis geográfico preciso de los múltiples puntos controlados por esos pulpos no es imposible y permitiría emprender contra ellos unas acciones coordinadas, denunciar con mucha mayor eficacia sus actuaciones concretas (al mismo tiempo que se perfeccionaría la teoría): el saber geográfico no debe quedar en manos de los dirigentes de los grandes bancos, puede volverse contra ellos siempre que se preste atención a las formas de localización de los fenómenos y se deje de evocarlos en abstracto.

A otra escala, la de los problemas existentes en una ciudad, es sorprendente comprobar hasta qué punto sus habitantes (incluso los mejor formados políticamente) son incapaces de prever las molestas consecuencias que provocará tal plan de urbanismo o cual empresa de renovación, que, sin embargo, les concierne directamente. Los municipios y los promotores son tan conscientes actualmente de esta incapacidad que no titubean en practicar la «concertación» y en presentar los planes de futuros trabajos, pues las objeciones son escasas y de fácil solución. En efecto, las representaciones espaciales sólo tienen auténtico sentido para quienes saben leerlas, y éstos son escasos; de esta manera, la gente no se da cuenta de cómo se le ha engañado hasta el final de las obras, cuando los cambios se han convertido, en buena parte, en irreversibles.

Estos pocos ejemplos, someramente evocados, bastan sin duda

para dar una idea de la gravedad de las consecuencias resultantes de esta miopía, de esta ceguera que a veces muestran tantos militantes respecto del aspecto geográfico de los problemas políticos. Por una parte, estos responsables políticos, estos sindicalistas, juegan un papel importante entre las masas explicando los orígenes históricos de una situación, analizando las contradicciones de una formación social, pero, por otra, descuidan un saber estratégico cuyo monopolio abandonan a una minoría de dirigentes que sabe servirse de él para maniobrar con eficacia.

MIOPIA Y SONAMBULISMO EN EL SENO DE UNA ESPECIALIDAD QUE HA PASADO A SER DIFERENCIAL

Conviene, pues, buscar cuáles pueden ser las causas de esta miopía, de esta falta de interés respecto a los fenómenos geográficos y, sobre todo, entender por qué motivo su significación política escapa generalmente a todo el mundo, salvo a los estados mayores militares o financieros que, en cambio, son perfectamente conscientes de ella.

Deberemos referirnos en primer lugar al conjunto de prácticas sociales y a las diversas representaciones de espacios unidas a ellas.

Para entender cómo es posible plantear hoy este problema, es útil ver su transformación histórica.

Antiguamente, en las épocas en que la mayoría de los hombres seguía viviendo esencialmente en el marco del autoabastecimiento aldeano, la casi totalidad de las prácticas individuales se inscribía en el marco de un espacio único, relativamente limitado: el territorio de la aldea y, en la periferia, los territorios pertenecientes a las aldeas vecinas. Más allá comenzaban unos espacios mal conocidos, ignotos, míticos. Así pues, para expresarse y hablar de sus diferentes prácticas, los hombres se referían antiguamente a la representación de un espacio único que conocían muy concretamente, por experiencia personal.

Pero, con el curso del tiempo, los guerreros y los príncipes necesitaron representarse otros espacios, considerablemente más

vastos, territorios que dominaban o pretendían dominar; los comerciantes también debían conocer los caminos y las distancias de las tierras lejanas donde comerciaban con los demás hombres.

En el caso de estos espacios vastos o difícilmente accesibles, no bastan la experiencia personal, la mirada y el recuerdo. Entonces es cuando el papel del geógrafo-cartógrafo se convierte en esencial: representa, a *escalas diferentes*, unos territorios más o menos amplios; a partir de los «grandes descubrimientos» podrá representar toda la Tierra en un mapa único a *pequeñísima escala*¹, y durante mucho tiempo este mapa constituirá el orgullo de los soberanos que lo posean. Durante siglos, sólo los miembros de las clases dirigentes pudieron aprehender mediante el pensamiento unos espacios demasiado vastos para tenerlos bajo la mirada, y estas representaciones del espacio eran un instrumento esencial de ejercicio del poder sobre unos territorios y unos hombres más o menos alejados. El emperador debe poseer una representación global y precisa del imperio, de sus estructuras espaciales internas (provincias) y de los Estados que lo rodean: necesita, entonces, un mapa a *pequeña escala*. En cambio, para tratar los problemas que se plantean en tal o cual provincia, necesita un mapa a *escala mucho mayor* a fin de poder dar órdenes, a distancia, con una relativa precisión. Pero para la masa de los hombres, dominados, la representación del imperio sólo es mítica y no tienen más visión clara y eficaz que la del territorio de la aldea.

En la actualidad es muy disunto, y la masa de la población se refiere más o menos conscientemente, para unas prácticas muy diversas, a unas representaciones del espacio extremadamente numerosas que, en la mayoría de los casos, siguen siendo muy imprecisas.

1. Recordemos, incluso a los geógrafos que caen con frecuencia en el error, que cuanto más «pequeña» se denomina la escala de un mapa mayor es la superficie de territorio representado; cuanto más «gran escala» se denomina un mapa, más representa de manera detallada un espacio dado.

En efecto, el desarrollo de los intercambios, de la división del trabajo, el crecimiento de las ciudades hacen que el espacio (o los espacios) limitado del que podemos tener un conocimiento concreto corresponda sólo en pequeña parte a nuestras prácticas sociales.

Las personas, cada vez más diferenciadas profesionalmente, están integradas (sin clara conciencia de ello) en múltiples redes de relaciones sociales que funcionan sobre distancias más o menos vastas (relaciones de patrono a empleados, de vendedor a consumidores, de administrador a administrados...). Los organizadores y los responsables de cada una de estas redes, es decir, los que poseen los poderes administrativos y financieros, tienen una idea precisa de su extensión y configuración; cuando un industrial o un comerciante no conoce bien la extensión de su mercado, encarga, para ser más eficaz, un estudio donde se distinguirá la influencia que ejerce (o la que puede ejercer) a nivel local, regional o nacional, teniendo en cuenta las posiciones de sus competidores.

En cambio, en la masa de los trabajadores y de los consumidores, cada uno de ellos sólo tiene un conocimiento muy parcial e impreciso de las múltiples redes de las que depende y de su configuración. En efecto, estas diferentes redes no se disponen en el espacio con unos contornos idénticos, «cubren» unos territorios de dimensiones muy desiguales y sus límites se encabalgan y entrecruzan.

Antiguamente, cada hombre y cada mujer recorría a pie su propio territorio (aquel donde se inscribían todas las actividades del grupo al que pertenecía); se identificaba sin dificultad en este espacio *continuo* en el que ninguno de sus elementos le era desconocido.

Hoy, las personas se desplazan cotidianamente sobre distancias mucho más considerables; sería más exacto decir que son desplazadas pasivamente, bien por los transportes colectivos, bien por medios de circulación individuales, pero sobre unos ejes canalizados, flechas que atraviesan unos espacios ignorados. En estos cotidianos desplazamientos masivos, cada uno acude

de manera más o menos solitaria a su destino concreto; sólo se conocen bien dos lugares, dos barrios aquel donde se duerme y aquel donde se trabaja); entre uno y otro ya no existe para las personas todo un Espacio (es desconocido, sobre todo si se atraviesa en túnel en metro), sino más bien un Tiempo, el tiempo del recorrido, puntuado por la enumeración de los nombres de las estaciones.

En el momento presente resulta una perfecta trivialidad afirmar que lo que está muy lejos en el mapa está muy cerca con tal o cual medio de circulación. La proporcionalidad del tiempo y del espacio recorrido, durante siglos, a ritmo de peatón (o, en el caso de los poderosos, a paso de caballo) comenzó a romperse en el siglo XIX, a partir de determinados ejes en los que el ferrocarril disminuyó unas diez veces las distancias. Hoy nos encontramos con unos espacios totalmente diferentes según seamos peatones o automovilistas (o, con mayor motivo, cuando se toma el avión). En la vida cotidiana, cada persona se refiere más o menos confusamente a unas representaciones de espacio de dimensiones extremadamente diferentes (desde una «esquina» sita a unos centenares de metros hasta grandes partes del planeta) o más bien a unos fragmentos de representación espacial mal conjugados, a un tiempo de escalas muy diferentes y encabalgadas entre sí. Las prácticas sociales se han convertido más o menos confusamente en multiescalares. Antes se vivía totalmente en un mismo lugar, en un espacio limitado pero bien conocido y continuo. Hoy, cada una de nuestras diferentes «actividades» se inscribe en unas migajas de espacio, entre cuyo curso consultamos especialmente nuestros relojes cuando, cada día, se nos hace pasar de una a otra. Si los sonámbulos se desplazan sin saber por qué en un lugar que conocen, nosotros no sabemos *dónde* estamos en los diferentes lugares donde nos toca estar. Actualmente vivimos una *espacialidad diferencial*²

2. Esta expresión fue empleada por Alain Reynaud en *La géographie entre le mythe et la science*, trabajos del Institut de géographie de Reims, 1974. Aquí ha sido utilizada en un sentido notoriamente diferente.

compuesta por una multiplicidad de representaciones espaciales a escalas muy diferentes que corresponden a toda una serie de prácticas y de ideas más o menos dissociadas; cabe distinguir esquemáticamente:

— por una parte, las diferentes representaciones del espacio a que se refieren nuestros diferentes desplazamientos; con gran imprecisión corresponderían para la mayoría de las personas, en el caso de saber leerlas, al mapa del barrio, al del metro, al mapa de la aglomeración donde se efectúan las migraciones diarias, al mapa al 1/100.000 de los desplazamientos del fin de semana o al mapa a pequeñísima escala que representa los grandes ejes de carreteras;

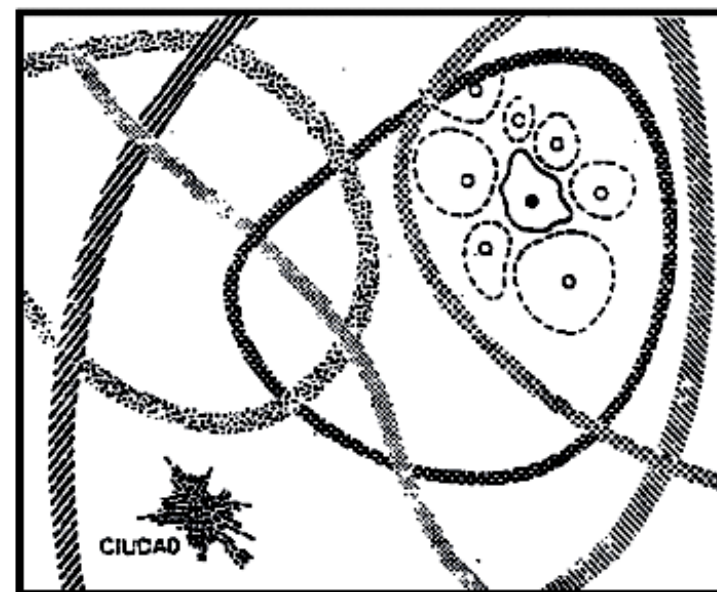
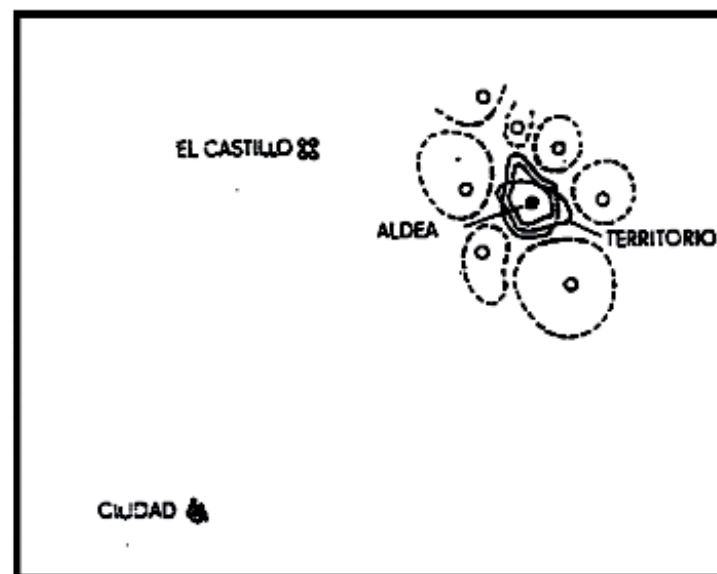
— por otra parte, las configuraciones espaciales de las diferentes redes de que dependemos objetivamente (incluso sin saberlo): las redes de tipo administrativo (municipio, provincia), el «mapa escolar» que determina la admisión de los alumnos en tal o cual escuela, el espacio de comercio de un supermercado, la zona de influencia de tal o cual ciudad, la red de subcontratistas de tal o cual gran empresa, el grupo financiero que la controla;

— finalmente, desde hace unas décadas, el papel creciente de los medios de información impone al ánimo de todos una gama de términos geopolíticos que corresponde a unas representaciones espaciales (la Europa de los nueve, la Europa del

A título de ejemplo teórico, he aquí cómo se pueden ilustrar gráficamente las representaciones espaciales de la mayoría de los aldeanos, en la época del autosabastecimiento: conocían perfectamente el territorio en torno a la aldea, conjuntos espaciales en los que se inscriben todas sus prácticas espaciales; más allá apenas conocen nada.

Debajo, un ejemplo de las diferentes representaciones espaciales de los aldeanos de hoy; el territorio sólo es el espacio de una parte de sus prácticas; dependen de numerosas redes y circunscripciones cuyos perfiles conocen más o menos bien.

Siempre a título de ejemplo teórico, he aquí cómo pueden representarse gráficamente las diferencias entre las varias representaciones geográficas, entre las diferentes maneras de pensar el espacio.



Oeste y la Europa del Este, los países subdesarrollados, los países del Sahel, América latina, la confrontación Este-Oeste o el «diálogo» Norte-Sur, etc.) y toda la serie de paisajes turísticos.

Estas representaciones, a menudo muy imprecisas, pero más o menos familiares, proliferan a medida que los fenómenos relacionables de toda índole se multiplican y amplían y que la «vida moderna», se propaga por la superficie del globo.

El desarrollo de este proceso de espacialidad diferencial se traduce por esta proliferación de las representaciones espaciales, por la multiplicación de las preocupaciones referentes al espacio (aunque sólo sea debido a la multiplicación de los desplazamientos). Pero este espacio del que todo el mundo habla, al que nos referimos en todo momento, es cada vez más difícil de aprehender globalmente para entender sus relaciones con una práctica global.

Se trata, sin duda, de una de las mayores razones por las que los problemas físicos están tan escasamente planteados en función del espacio por los que no poseen el poder. En efecto, los problemas políticos corresponden a toda una gama de redes de dominación que tienen unas configuraciones espaciales muy diversas y que se ejercen sobre unos espacios más o menos considerables (desde el nivel de la aldea o de la comarca hasta la dimensión planetaria).

Cuanto más complejo se ha hecho el sistema político de un Estado, más diversas son las formas de poder y más se encabalgan los límites de las circunscripciones administrativas, electorales y los contornos, más o menos imprecisos y discretos, de las múltiples formas de organización que tienen un papel político; por ejemplo, la función de una red bancaria en una región, los «vedados», las zonas donde se ejerce de manera más o menos oculta una influencia hegemónica, la extensión espacial de una «clientela», etc.

El enfrentamiento de fuerzas a nivel planetario no sólo se desarrolla a través de las estructuras nacionales, sino también en la maraña de los componentes políticos de determinados lugares.

Para reconocerse con cierta facilidad en este encabalgamiento formado en buena parte por informaciones confidenciales, para ser capaz de utilizar éstas con eficacia, no hay necesidad de ser genial; basta fundamentalmente con formar parte del grupo en el poder y de gozar del apoyo de las clases dominantes.

Una de las funciones de las múltiples estructuras del aparato de Estado es recoger permanentemente unas informaciones (ésta es una de las tareas fundamentales de la policía); por su parte, los hombres influyentes también están muy bien informados y se complacen en hacerlo saber «a quien corresponda». En cambio, las relaciones entre las estructuras de poder y las formas de organización del espacio siguen ocultas en buena parte para quienes no están en el poder. Para verlo con mayor claridad, más que intentar romper el secreto que rodea algunas informaciones muy precisas cuyo interés resulta, en último término, bastante coyuntural, hay que disponer de un método que permita organizar una masa confusa de informaciones parciales; accesibles, en su mayoría, tan pronto como se han descubierto las razones por las que conviene prestarles atención.

LA GEOGRAFIA DE LOS PROFESORES:
UN CORTE CON TODA PRACTICA.
¿PARA INCULCAR MEJOR
LA IDEOLOGIA NACIONAL?

La impregnación de la cultura social por un batiburrillo de representaciones espaciales heteróclitas ocasiona que cada vez sea más difícil, al mismo tiempo que más necesario, reconocerse en ellas, pues las prácticas sociales tienen un peso cada vez mayor en la sociedad y en la vida de cada individuo. Tarde o temprano, el desarrollo del proceso de espacialidad diferencial provocará necesariamente el desarrollo, a nivel colectivo, *de un saber pensar el espacio*. O sea, la familiarización de cada individuo con un repertorio conceptual que permite articular en función de diversas prácticas las múltiples representaciones espaciales que conviene diferenciar, sean cuales fueren su configuración y su escala, a fin de disponer de un instrumento de acción y de reflexión. Esta debería ser la razón de ser de la geografía. Durante varios siglos, el desarrollo de los conocimientos geográficos ha ido, en gran medida, estrechamente ligado a las necesidades exclusivas de unas minorías dirigentes cuyos poderes se ejercían sobre unos espacios demasiado vastos para tener un conocimiento directo de ellos; la masa de la población, que vivía entonces del autoabastecimiento aldeano o en el marco de unos intercambios muy limitados espacialmente, no necesitaba conocimientos sobre los espacios alejados.

Hoy, el conjunto de la población vive cada vez más una es-

patialidad diferencial, cosa que implica necesariamente que, antes o después, sea capaz de comportarse de otra manera que, como conjunto de sonámbulos teleguiados o canalizados. Durante siglos, el saber leer, escribir y contar ha sido el patrimonio de las clases dirigentes que obtenían de este monopolio un aumento de poder. Pero las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales en la Europa del siglo XIX como actualmente en los países «subdesarrollados», son las que hacen indispensable que el conjunto de la población sepa leer. Y pasa a ser indispensable que los hombres sepan pensar el espacio.

Hoy, en efecto, los fenómenos relacionables han adquirido tal intensidad, las cantidades de desplazamientos sobre determinados ejes alcanzan tal amplitud, que el estado de miopía colectiva respecto a los fenómenos espaciales comienza a plantear unos problemas graves, aunque esta miopía no carezca de ventajas, por otra parte, para los que poseen un poder. Entre las dificultades de funcionamiento que conocen las sociedades llamadas «de consumo», algunas de las más espectaculares van estrechamente unidas a los problemas de espacialidad diferencial: por ejemplo, la parálisis total de la circulación, durante horas, cuando no durante días, a lo largo de centenares de kilómetros de carretera. Esta situación dramática, que se repite cada vez con mayor frecuencia con motivo de las migraciones estivales, de los fines de semana prolongados, adquiere evidentemente las dimensiones del absurdo, cuando se sabe que hay centenares de kilómetros de carretera libre a una y otra parte del eje paralizado por la hilera interminable de coches. Pero la mayoría de los automovilistas no se atreven a meterse por ellas, o ni siquiera conciben que puedan utilizarse, aunque dispongan de todos los mapas necesarios para guiarse por esa red. Mas no les resultan de ninguna utilidad, porque, pese a la ayuda de múltiples carteles indicadores, ni siquiera saben leer los mapas de carretera, que, sin embargo, son muy sencillos y muy cómodos. ¡Y son los mismos policías quienes acaban por decir que hay que enseñar a la gente a leer un mapa!

El ejemplo de esta incapacidad colectiva en el marco de una

práctica sencilla cuya eficacia resulta, sin embargo, tan inmediatamente evidente, da una idea de la indigencia intelectual en que se encontrarían las personas si se vieran obligadas a construir un razonamiento algo más complejo, al menos directamente ligado a lo concreto.

Ahora bien, todas estas personas saben leer; han ido a la escuela y en ella, como suele decirse, «han dado geografía», especialmente si han llegado a la enseñanza media. La idea de que se pueda plantear el problema de la geografía en relación a los embotellamientos de la carretera es posible que parezca a todo el mundo totalmente absurda, y quizás más que a nadie a la mayoría de los profesores de geografía. Esto da una idea del corte existente entre el discurso de la geografía de los profesores y cualquier práctica espacial, especialmente si es totalmente cotidiana. «La geografía no sirve para nada...»

En Francia, la enseñanza de la geografía se creó a fines del siglo XIX, precisamente en la época en que el proceso de espacialidad diferencial comenzaba a adquirir amplitud para la gran masa de la población. A partir de entonces, la representación colectiva de la geografía está unida hasta tal punto a la escuela que el mapa de Francia o el globo terráqueo figuran siempre en un lugar visible en los grabados que muestran un aula. Se va a la escuela para aprender a leer, a escribir y a contar. ¿Por qué no para aprender a leer un mapa? ¿Por qué no para entender la diferencia entre un mapa a gran escala y un mapa a pequeña escala, y darse cuenta de que no existe únicamente una diferencia de relación matemática con la realidad, sino que además no muestran las mismas cosas? ¿Por qué no aprender a esbozar el plano del pueblo o del barrio? ¿Por qué no representar en el plano de la ciudad los diferentes barrios que se conocen, aquél donde se vive, aquéllos donde los padres van a trabajar, etc.? ¿Por qué no aprender a orientarse, a pasear por un bosque, por el monte, a elegir determinado itinerario para evitar la carretera principal que está atestada? Es posible que todo esto parezca ahora un conjunto de recetas pedagógicas bastante idiotas; sin embargo, sólo muy excepcionalmente se po-

nen en práctica, debido tanto a la presión de los programas como a la propensión de los profesores, sea cual fuere su tendencia ideológica, a reproducir la geografía de sus maestros, que es totalmente distinta. Cabe pensar que esta orientación práctica de la enseñanza de la geografía es totalmente ilusoria y que no podía interesar a nadie a fines del siglo XIX. Se trata, no obstante, de la geografía que habría estado más cercana de la de los militares, justamente el tipo de formación que explica, en buena parte, el éxito del escultismo entre las clases dirigentes. Este conocimiento del terreno, este saber actuar en el terreno (saber leer un mapa, saber seguir una pista...), cuyo interés político y militar es subrayado explícitamente, ha quedado reservado, especialmente en los países anglosajones, a los jóvenes de las clases dirigentes (el verbo *to scout*: explorar).

El discurso geográfico escolar impuesto a todos a fines del siglo XIX y cuyo modelo sigue siendo reproducido hoy, pese a todos los avances en la producción de ideas científicas, se aparta totalmente de cualquier práctica y sobre todo se prohíbe a sí mismo cualquier aplicación práctica. De todas las disciplinas enseñadas en la escuela o en el instituto, la geografía sigue siendo la única que aparece por antonomasia como un saber sin la menor aplicación práctica al margen del sistema de enseñanza. Ni se piensa que el mapa pueda aparecer como instrumento, como instrumento abstracto cuyo código hay que conocer para poder entender personalmente el espacio y dirigirse a él o concebirlo en función de una práctica. Tampoco es concebible que el mapa pueda aparecer como un instrumento de poder que cada uno puede utilizar si sabe leerlo. El mapa debe seguir siendo la prerrogativa del militar, y la autoridad que durante las operaciones ejerce sobre «sus hombres» no procede únicamente del sistema jerárquico, sino del hecho de que sólo él sabe leer el mapa y puede decidir los movimientos, mientras que aquellos que están bajo sus órdenes lo ignoran.

Sin embargo, sobre todo años atrás, el maestro y el profesor obligaban a «hacer» muchos mapas. Pero no eran mapas a gran escala en los que cada individuo puede ver cómo se describe

una realidad espacial que conoce perfectamente, sino unos mapas a escala pequeñísima, sin la menor utilidad en el marco de las prácticas usuales de cada uno de nosotros; se trata, en realidad, de imágenes simbólicas que el alumno debe copiar: años atrás se le prohibía que las calcara, quizás para impregnarse mejor de ellas. La imagen mágica que el alumno debe reproducir innumerables veces, y sobre todo hoy en el manual, es primeramente la de la Patria. Otros mapas representan otros Estados, entidades políticas cuyo esquematismo de caracteres simbólicos contribuye a reforzar la idea de que la nación en que vivimos es un *dato* intangible (¿dado por quién?), presentado como si no se tratase de una construcción histórica sino de un conjunto espacial engendrado por la naturaleza. Es sintomático que el término eminentemente geográfico de «país» haya suplantado en todos los discursos las nociones más políticas de Estado, de nación...

Es probable que este corte radical que el discurso geográfico escolar y universitario establece respecto de toda práctica, este escamoteo de todos los análisis del espacio a gran escala, que es el primer paso para aprehender cartográficamente la «realidad», proceda en buena parte de la preocupación inconsciente de no alejarse de una especie de hechizo patriótico, de no correr el peligro de confrontar la ideología nacional con las contradicciones de la realidad.

Todavía hoy, en todos los Estados, y sobre todo en los nuevos Estados salidos recientemente de la dominación colonial, la enseñanza de la geografía va unida incontestablemente a la ilustración y a la edificación del sentimiento nacional. Guste o no, los argumentos geográficos pesan con fuerza, no sólo en el discurso político (o de los políticos), sino también en la expresión popular de la idea de patria, trátase de los reflejos de una ideología nacionalista invocada por unos coroneles, una pequeña oligarquía, una «burguesía nacional», una burocracia de gran potencia, o los sentimientos del pueblo vietnamita. La idea nacional es algo más que connotaciones geográficas; se formula en gran parte como hecho geográfico. Pero hay maneras muy

diferentes de pensar el espacio. Así pues, la instauración de la enseñanza de la geografía en Francia a fines del siglo XIX (como en la mayoría de países) no tuvo como objetivo la difusión de un cuerpo conceptual que permitiera aprehender *racional* y *estratégicamente* la espacialidad diferencial, pensar mejor el espacio, sino naturalizar «físicamente» los fundamentos de la ideología nacional, sumergirlos en la corteza terrestre; paralelamente, la enseñanza de la historia ha tenido por función relatar las dichas y desdichas de la Patria.

La función del discurso geográfico ha alcanzado tal importancia que durante décadas ha impregnado la parte esencial de las lecturas de millones de niños franceses; después de los catecismos, el famoso *Tour de France de deux enfants* es el libro que ha batido, con gran ventaja sobre los demás, la marca de ediciones: ocho millones de ejemplares a partir de 1877.

Tal como aparece en los manuales anteriores a 1920, es evidente que la geografía de los profesores oculta ya los problemas políticos interiores de la nación, aunque no disimula en absoluto unos sentimientos patrióticos que casi siempre son de la más cabal patriotería. En los libros de enseñanza primaria se llega incluso a indicar el número de acorazados y los efectivos militares de las grandes potencias.

EL ESTABLECIMIENTO DE UN PODEROSO CONCEPTO-OBSTACULO: LA «REGION»

Seguro que habrá quien objete que esta geografía patriótera ha desaparecido hace cincuenta años —cosa que es cierta—, y que desde entonces las lecciones de geografía, al menos en las clases superiores de la enseñanza secundaria, ya no son una enumeración de relieve-clima-vegetación-población, sino un estudio de las diferentes «regiones». También habrá quien afirme, sobre todo, que es inadmisibles acusar a la geografía tomando únicamente en consideración sus formas más elementales y caricaturescas, avatares que afectan a toda «disciplina científica» cuando es enseñada en la escuela o en el instituto. Es cierto que entre las lecciones de los manuales escolares, el resumen que dicta el profesor, los cursos de geografía de la universidad, que sirven para formar futuros profesores, y el amplio discurso de las tesis universitarias de geografía, existen, evidentemente, importantes diferencias. Mientras las primeras formas se sitúan al nivel de la *reproducción* de las ideas, más o menos mutiladas o deformadas, no cabe duda de que las segundas, así como los artículos de las revistas científicas, corresponden a la *producción de ideas* nuevas.

Pese a ello, estas tesis y estas producciones científicas sólo son leídas por una pequeñísima minoría, e ideológicamente su papel parece muy diferente al de los cursos, las lecciones y los

apuntes; no podemos juzgar las funciones de la geografía de los profesores tomando únicamente en consideración las producciones universitarias más brillantes o las investigaciones científicas más elaboradas. Es cierto que son presentadas como «modelos» a los estudiantes, que se convertirán a su vez en profesores. Pero, una vez preceptores, ¿de qué les servirán, no importa cuáles sean su conciencia y su inteligencia (profesionales y políticas)?

Y ¿es seguro, por otra parte, que exista en cuanto a las funciones sociales una diferencia tan fundamental como afirman los geógrafos universitarios entre la geografía de las «grandes tesis», que ha creado el prestigio de la «escuela geográfica francesa», y la geografía de los institutos de la que actualmente los alumnos no quieren ni oír hablar?

Una y otra (a diferencia de la geografía patriótera que no disimulaba sus preocupaciones de política exterior) se caracterizan por la ocultación de todo problema político. Son un saber por el saber; ambas proceden de la obra de Vidal de la Blache (1845-1918), considerado unánimemente como el «padre» de esta «escuela geográfica francesa» famosa en el mundo entero, donde ejerció una gran influencia, tanto por su orientación hacia la «geografía regional» como por la *despolitización* del discurso que imponía. Su papel ideológico ha sido considerable. En cambio, la escuela geográfica alemana, que fue históricamente la primera del mundo, perdió en el período entre las dos guerras su prestigio universitario en el plano internacional en la medida en que se limitaba a las doctrinas de la «geopolítica»; dejaba de ser considerada como «científica».

Con su *Tableau de la géographie de la France* (1905), modelo tantas veces utilizado para tantas tesis, cursos y manuales, o con los 15 tomos de la *Géographie universelle* (A. Colin), en cuya concepción incluyó, Vidal de la Blache introdujo la idea de las descripciones regionales profundas, considerada como la forma más sutil de razonamiento geográfico. Muestra que los paisajes de una «región» son el resultado del encabalgamiento a lo largo de la historia de las influencias humanas y de los da-

tos naturales. Ahora bien, Vidal concede en sus descripciones el espacio mayor a las *permanencias*, a todo lo que existe desde siempre en los paisajes, todo lo que es la herencia duradera de los fenómenos naturales y de las evoluciones históricas antiguas. En cambio, prescinde en ellas de todo lo que procede de la evolución económica y social reciente, en realidad, de todo lo que tenía menos de un siglo y traducía los efectos de la «revolución industrial». Es cierto que Vidal de la Blache combatió la tesis «determinista» según la cual los «datos naturales» (o uno destacado) ejercen una influencia directa y determinante en los «hechos humanos», y confirió un papel mayor a la historia al explicar las diferentes formas con que los hombres se relacionan con los «hechos físicos».

Vidal de la Blache instala, ¡y con qué estilo!, su concepción del «hombre-habitante», que arroja más allá de las fronteras de la reflexión geográfica al hombre en sus relaciones sociales y, con mayor razón, en las relaciones de producción. Además, el «hombre vidaliano» apenas habita las ciudades, vive sobre todo en el campo, es fundamentalmente el habitante de unos paisajes que sus lejanos antepasados modelaron y ordenaron.

Hoy los geógrafos coinciden en estimar que Vidal habló demasiado poco de las ciudades, sólo para evocar su fundación y las primeras etapas de su crecimiento, y que apenas prestó atención a unos fenómenos tan espectaculares como el desarrollo de la industria. Pero la mayoría de los geógrafos actuales consideran que nada impide completar y actualizar el famoso *Tableau géographique de la France* que Vidal trazó en los primeros años del siglo. Y todos aplauden el modelo de análisis que hizo de las diferentes *regiones* francesas: con qué sensibilidad describió la «personalidad», la «individualidad» de la «Champagne», de la «Lorraine», de la «Bretagne», del «Massif central», de los «Alpes», denominaciones que han pasado a ser tan familiares que tenemos la impresión de que se trata de una división existente desde siempre. Ha sido reutilizado y reproducido en todas las monografías que han precisado y completado la descripción del Maestro y en todo el discurso escolar y uni-

versitario. A partir de Vidal, que estableció el plan de una voluminosa *Géographie universelle*, que sus discípulos se encargaron de realizar, la descripción geográfica de cualquier país consistirá en presentar las diferentes «regiones que lo componen» y describirlas una tras otra; este método, que no provocó ninguna crítica, conoce un éxito considerable en todo el mundo y cimienta el prestigio de la escuela geográfica francesa. La geografía regional se impone como la «geografía por excelencia», aunque sólo sea porque asocia estrechamente a un tiempo la «geografía física» con la «geografía humana». La técnica de la geografía regional consiste en *verificar* como evidencia la existencia en un país de un determinado número de regiones y en describirlas una tras otra o en analizar solamente una de ellas, su relieve, su clima, su vegetación, su población, sus ciudades, su agricultura, su industria, etc., considerando a cada una de ellas como un conjunto que contiene otras regiones más pequeñas. Esta técnica impregna actualmente todo el discurso sobre la sociedad, toda la reflexión económica, social y política, proceda de una ideología de «derecha» o de «izquierda». Es uno de los mayores obstáculos que impide plantear los problemas de la espacialidad diferencial, puesto que se admite, sin discusión, una única manera de dividir el espacio.

Los geógrafos que desde hace algunas décadas se preocupan por los problemas económicos, sociales y políticos, en especial bajo la influencia del marxismo, necesitarán mucho tiempo para darse cuenta de que este procedimiento vidaliano, tan admirado y reproducido por muchas personas que nunca han oído hablar de Vidal de la Blache, es, en realidad, un subterfugio especialmente eficaz, pues impide aprehender con eficiencia las características espaciales de las realidades económicas, sociales y políticas. Completar y actualizar el discurso de Vidal de la Blache añadiéndole algunos párrafos sobre la industria, las ciudades y los problemas agrícolas no modifica en nada los axiomas ocultos de su procedimiento (quizás involuntario), a la manera que tuvo de dividir Francia en *regiones*. Si Vidal de la Blache hubiese dicho: «Bien, sería cómodo y útil teniendo en cuenta

tal y cual razón distinguir, en el seno del-territorio francés, tales o cuales subdivisiones, subconjuntos, regiones... a las que doy tal y cual nombre...», no cabe duda que habría sido posible discutir esta división y sus criterios; proponer otras maneras de dividir el territorio, es decir, otras maneras de pensar el espacio. Pero no fue así, Vidal evitó cuidadosamente toda insinuación respecto a esta reflexión metodológica y afirmó sustancialmente desde el comienzo: ahí están tal y cual región que se llaman Bretagne, Lorraine, Champagne, etc.; *existen* como unas «individualidades», unas «personalidades», de la misma manera que existe Francia y el papel del geógrafo consiste en detallar su fisonomía y mostrar que sus rasgos proceden de una armoniosa interacción entre las condiciones naturales y unas herencias históricas muy antiguas.

Nadie se preocupó de decir que las regiones que Vidal de la Blache se complacía en diferenciar no eran unos *datos* (¿datos por quién?, ¿por Dios?) sino una manera de ver las cosas, el fruto del talento del pintor de ese «cuadro geográfico de Francia» (que constituye el tomo I de la *Histoire de France* de Ernest Lavisse).

¿Quién habría tenido la idea (sacrílega) de no pintar Francia como *es*, de dar una configuración diferente a cada uno de los miembros que forman el cuerpo de la Patria? La existencia de estas regiones inventadas por Vidal de la Blache no fue en absoluto discutida en la medida en que sus nombres, en realidad, las apelaciones que les dio, son unas entidades políticas conocidas desde hace tiempo: Bretagne, Lorraine, Champagne (aunque sus fronteras hayan sido móviles), o corresponden a unas realidades visibles en los paisajes (los Alpes...).

Reprochar a Vidal de la Blache no haber expuesto su método puede parecer la consecuencia de un purismo algo anacrónico, y el resultado de la polémica podría ser bien escaso. Si se piensa bien, es mucho más importante de lo que parece.

En efecto, sin la menor duda, y muchas veces sin explicarlo, Vidal atribuye como contornos de las diferentes regiones cuya existencia impone bien una parte de uno de los trazados de los

límites de antiguas provincias, bien tal límite climático, bien la línea que el geólogo traza sobre el mapa para separar afloramientos de terrenos muy diferentes. Dicha división quizás convenga a la clasificación de los elementos del «paisaje» elegido por Vidal porque pueden ser considerados como herencia de (los más) antiguos fenómenos históricos o por su evidente dependencia, unas veces de condiciones geológicas, otras de condiciones climáticas. En realidad, la descripción que Vidal hace de Francia, dando a entender que incluye «todo» lo que es «importante», es el resultado de una *estricta* pero *discreta* selección de los hechos; deja en la sombra lo esencial de los fenómenos económicos, sociales y políticos surgidos de un pasado reciente. Por otra parte, y esto es lo más grave, esta descripción impone una única manera de dividir el espacio y ésta no conviene en absoluto al examen de las características espaciales de numerosos fenómenos urbanos, industriales y políticos, por ejemplo, aquellos precisamente que Vidal se negó a tomar en consideración. Para entenderlos eficazmente habría sido preciso otra división que tuviera en cuenta las líneas de fuerza económicas y los grandes polos urbanos que estructuran el espacio de un país como Francia a partir de la «revolución industrial». Pero el prestigio de la división vidaliana ha hecho que «sus» regiones, las delimitadas por él, fueran consideradas como las únicas configuraciones espaciales posibles y como la expresión por excelencia de una pretendida «síntesis» de todos los factores geográficos. Pero esta síntesis ignoraba muchos de ellos y no de los menos importantes. Los discípulos del Maestro han escrito una serie de monografías, dedicada cada una de ellas a cada una de las regiones o subregiones que había diferenciado: se ha estudiado, por ejemplo, el relieve de la Champagne, el clima de la Champagne, la agricultura de la Champagne, las industrias de la Champagne, las ciudades de la Champagne, etc., sin preguntarse si no habría sido más revelador considerar, por ejemplo, los establecimientos industriales que se encuentran en esta «región» y en otras en función de otro conjunto espacial, teniendo en cuenta sus relaciones financieras. De este modo, las

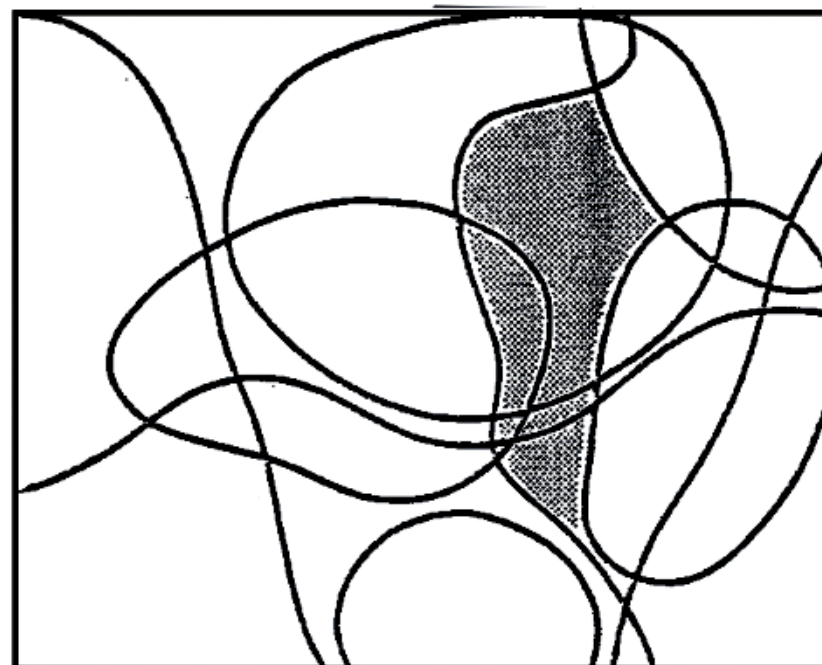
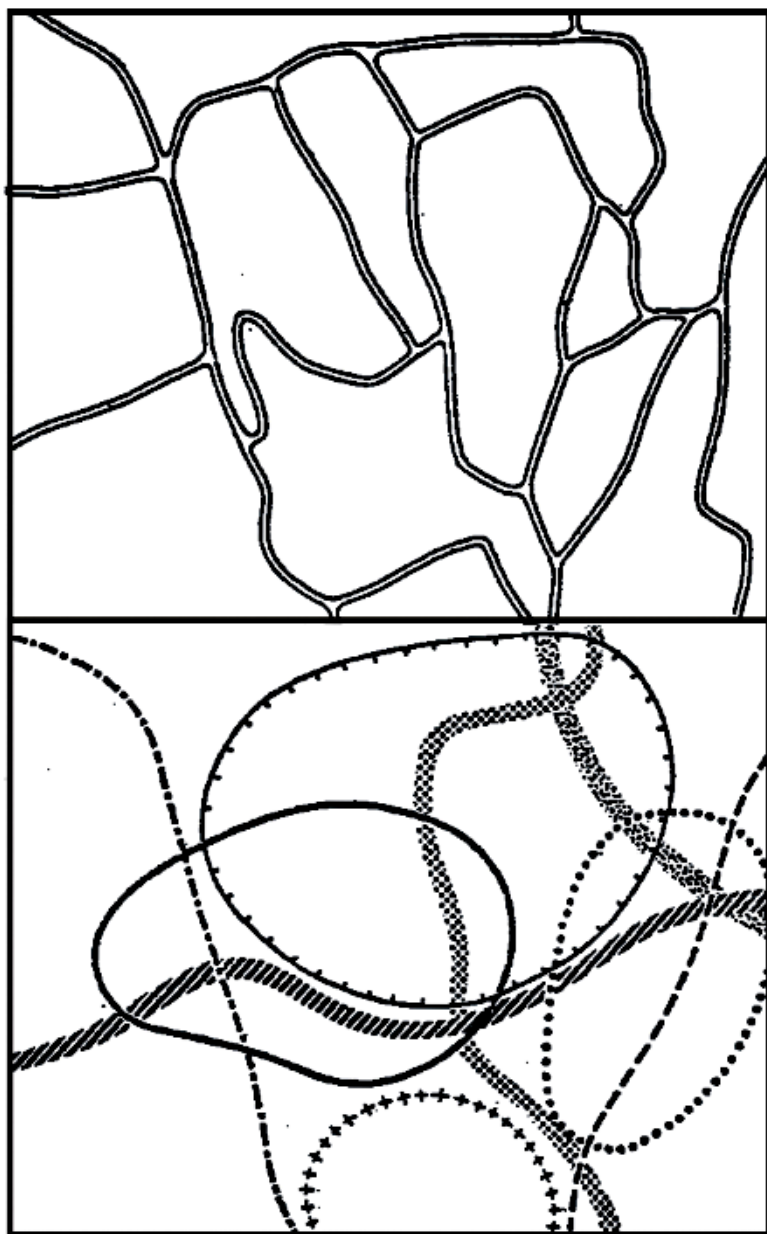


Fig. 1. La división clásica de un espacio en un determinado número de regiones, según las ideas de Vidal de La Blache. Las líneas de contornos más o menos sinuosos separan un cierto número de unidades regionales, cada una de ellas con un nombre propio. Así, el espacio aparece como formado por la yuxtaposición de un cierto número de casillas, y los límites de cada una de ellas son un «dato geográfico». Cada «región» debe ser objeto de un estudio monográfico referido a «sus» diferentes caracteres.

Fig. 2. Representación de un cierto número de conjuntos espaciales, tanto «físicos» como «humanos»; los contornos de estos diferentes conjuntos no coinciden; muy al contrario, se encabaigan; cada fenómeno tomado en consideración debe ser considerado en las particularidades de su configuración espacial. Los diferentes conjuntos espaciales no están designados por unos nombres propios, sino por los elementos y las relaciones características de cada conjunto.

Fig. 3. En puntado, una unidad regional «vidaliana»; al realizar su estudio monográfico, encerrarse en los límites dados de una vez para siempre impide tomar en consideración los diferentes conjuntos espaciales y sus intersecciones.

líneas que no tienen en el fondo una significación geológica o que corresponden a unas demarcaciones políticas largo tiempo desaparecidas son las que determinan la división del espacio y la individualización de las diferentes «regiones» que se considerarán después de manera esencialmente monográfica.

Para la enorme mayoría de los geógrafos, esta manera tradicional de operar no ofrece mayor inconveniente. En última instancia, los límites de la región les importan bien poco. Lo que cuenta para Vidal es analizar de la manera más profunda su «contenido», las interacciones que se han producido en el transcurso de la historia entre hechos físicos y hechos humanos en un cierto espacio «*dado*» de una vez por todas.

Fruto del pensamiento vidaliano, la «región geográfica» considerada como la representación espacial, si no única sí al menos fundamental, entidad supuestamente resultante de la síntesis armoniosa y de las herencias históricas, se ha convertido en un fuerte *concepto-obstáculo* que ha impedido la toma en consideración de otras representaciones espaciales y el examen de sus relaciones.

Esta manera de dividir *a priori* el espacio en un cierto número de «regiones» cuya existencia no hay más que verificar, esta manera de ocultar todas las restantes configuraciones espaciales, a veces muy usuales, han sido difundidas, con gran éxito de opinión, tanto en los manuales escolares como en la literatura y medios de comunicación. Este éxito, cuyo alcance puede entenderse fácilmente viendo tan sólo la abundancia de argumentos geográficos que aducen los movimientos «regionalistas», quizá signifique una especie de reacción inconsciente respecto del encabalgamiento de representaciones espaciales provocadas por el desarrollo de la espacialidad diferencial: la región «vidaliana», imaginada como el fruto de una sutil y lenta combinación de las fuerzas de la Naturaleza y del Pasado, presentada como la expresión de una *permanencia*, de una autenticidad, constituye indudablemente para la mayoría de las personas un medio de «encontrarse» entre la confusión de otras organizaciones espaciales de mayor o menor envergadura. En cualquier

caso, el procedimiento vidaliano, que *niega* al nivel de discurso los problemas que plantea la espacialidad diferencial, tiene por efecto la desviación de cantidad de análisis, pues no se efectúa tomando en consideración la representación espacial que resultaría adecuada. Mientras que etimológicamente una región (cf. *regere*: dominar, regir) es una forma de organización política del espacio y el territorio nacional está organizado en circunscripciones, departamentos, «regiones económicas», cuya justeza y cuyos efectos es posible discutir en términos políticos, la «*región de los geógrafos*», reproducida según el modelo vidaliano, mantiene aquéllas y nos mantiene a nosotros irónicamente en la incapacidad de aprehender los fenómenos económicos y sociales. A medida que su importancia va siendo mejor percibida, la geografía ha aparecido como un saber cada vez más inútil. Pero todo se desarrolla como si hubiera sido útil que se impusiera una manera inútil de pensar el espacio.

EL ESCAMOTEO DEL PROBLEMA CAPITAL
DE LAS ESCALAS, ES DECIR,
DE LA DIFERENCIACION DE LOS NIVELES DE ANALISIS

A partir de Vidal de la Blache, bajo el efecto de las tendencias que contribuyeron al reforzamiento de este modo de pensamiento tanto en Francia como en el extranjero, los geógrafos se lanzaron a la descripción cada vez más minuciosa de cada «región» que se disponían (¿cómo?, ¿por qué?) a distinguir y tomar en consideración.

Como cada «región» se considera un *dato evidente* (y no el resultado de una opción), parece que no hay otra cosa a hacer que observar esta porción de espacio dotada de ciertas particularidades que la hacen diferente de los territorios que la rodean. No hay más que leer el gran libro abierto de la Naturaleza. Pero ¿en qué página se abre? El geógrafo (y a partir de él todos aquellos influidos por su discurso) apenas se preocupa de las ilusiones del saber inmediato y de la experiencia primera. No se pregunta si no será su manera de ver las cosas, la influencia de sus maestros en determinada etapa de su evolución intelectual, algunos presupuestos de los que apenas es consciente, lo que le llevó a decidir acerca de la individualidad de esta «región», es decir, a privilegiar (¿por qué?) unas informaciones por encima de otras.

En tales condiciones, si no pone en cuestión la validez de los límites de la «región» que estudia, todavía se preocupa me-

nos de la *dimensión* del espacio que toma en consideración de manera monográfica. Algunos geógrafos dirigen preferentemente su atención hacia «regiones» pequeñas, describen la superficie de un cantón que agrupa algunas aldeas, mientras que otros estudian territorios considerablemente más vastos, las «regiones tropicales», las «regiones polares», o sea, gran parte de la superficie del globo.

Para la mayoría de los geógrafos, la dimensión del territorio tomado en consideración y los criterios de su elección no parece que deban influir fundamentalmente en sus observaciones y sus razonamientos. Sin embargo, basta con hojear un manual de geografía o la colección de una revista de geografía para darse cuenta de que las ilustraciones cartográficas son de tipo extremadamente diferente, pues los mapas son de escala muy desigual: algunos son planisferios que presentan la totalidad del globo, otros representan un continente; otros un Estado (vasto o pequeño), otros una «región» cuya extensión puede ser variable, otros una aglomeración urbana, un barrio, una aldea y su territorio, una explotación rural y sus dependencias, un claro en el bosque, una charca, una cantera, etc. Estas extensiones de dimensiones tan dispares están representadas por mapas cuyas escalas son muy diferentes: desde los mapas a pequeñísima escala que representan el conjunto del mundo hasta mapas y planos a grandísima escala que representan de manera detallada espacios relativamente poco extensos¹.

1. La escala de un mapa indica la relación de reducción que existe entre una distancia real y su representación en el papel. Cuanto mayor es el denominador de la fracción, más pequeña se denomina una escala. De este modo, un mapa de 1/1.000.000 es de escala más pequeña que otro de 1/10.000, pero el primero representa unas extensiones mucho mayores que el segundo.

Conviene observar que la expresión tan habitual «hacer algo a gran escala», «una operación a gran escala», que implica unos medios poderosos y una acción que se ejerce sobre grandes extensiones o sobre un gran número de personas, tiene un significado inverso al de la expresión cartográfica. Un mapa a gran escala representa una extensión relativamente pequeña. Esta confusión, cuyos orígenes no están claros, les muy frecuente e incurren en ella buen número de geógrafos.

Entre todos estos mapas de escala tan dispar no existen únicamente *diferencias cuantitativas*, según la dimensión del espacio representado, sino también *diferencias cualitativas*, pues un fenómeno sólo puede ser representado a determinada escala; a otras escalas no es representable o su significado se modifica. Se trata de un problema esencial pero difícil.

Ahora bien, la elección de la escala de un mapa se presenta habitualmente como un problema de sentido común o de comodidad al cual apenas se concede importancia y cada geógrafo universitario elige la escala que le conviene, sin ser muy consciente de las razones de esta elección. En cambio, las exigencias prácticas hacen que los militares sepan perfectamente que no se puede decidir la estrategia de conjunto y de las diferentes operaciones con los mismos mapas. La estrategia se elabora a una escala más pequeña que la táctica.

Conviene entender que la gran variedad de las representaciones cartográficas, procedente de las escalas utilizadas, es realmente significativa de las diferencias que existen entre varios tipos de razonamientos geográficos, diferencias que proceden en buena parte de la dimensión tan dispar de los espacios que toman en consideración. Algunos razonamientos sólo pueden elaborarse examinando los diferentes aspectos de un fenómeno en el conjunto del planeta (así ocurre, por ejemplo, en el caso de fenómenos climáticos o económicos). En cambio, otros fenómenos, como los procesos de la erosión, sólo pueden ser convenientemente observados a grandísima escala, en la ladera del lecho de un torrente... Estas observaciones son totalmente triviales para los geógrafos que parecen empeñados en resfirmar una vez más el eclecticismo de sus puntos de vista: a veces, dicen, hay que mirar la tierra con el microscopio y otras desde lo alto de un satélite.

La «realidad» aparece diferente según la escala de los mapas, según los niveles de análisis

En mi opinión, disimulado tras unas prácticas totalmente empíricas que muchas veces se presentan como comodidades pedagógicas, aparece aquí uno de los problemas epistemológicos primordiales de la geografía. En efecto, las combinaciones geográficas que se pueden observar a gran escala no son las que se pueden observar a pequeña escala. La técnica cartográfica denominada de «generalización», que permite trazar un mapa a pequeña escala de una «región» a partir de los mapas a mayor escala que la representan de manera más precisa (pero cada uno de ellos en espacios menos vastos), permite creer que la operación consiste únicamente en abandonar gran número de detalles para representar extensiones más amplias. Pero, como ciertos fenómenos sólo pueden ser aprehendidos si se consideran extensiones amplias, mientras que otros, de naturaleza totalmente distinta, sólo pueden ser entendidos mediante observaciones muy precisas sobre superficies muy reducidas, se deduce de ahí que la operación intelectual consistente en el cambio de escala transforma, y a veces de manera radical, la problemática que se puede establecer y los razonamientos que se pueden formar. El cambio de escala corresponde a un cambio del nivel de análisis y debería corresponder a un cambio del nivel de conceptualización².

La combinación de factores geográficos que aparece cuando se considera un determinado espacio no es la misma que puede observarse en un espacio más pequeño «contenido» en el ante-

2. El pequeño número de geógrafos que han abordado este problema se han preocupado especialmente de la representación de los fenómenos «físicos». Cf. J. TRICART, *La Terre, planète vivante*; O. DOLLFUS, *L'Analyse géographique*; F. DURAND-DASTÈS, el artículo «Climatologie», *Encyclopédie Universelle*; H. ENJALBERT, en *Géographie générale* (Encyclopédie de la Pléiade)...

Pierre George es uno de los escasos geógrafos que han llamado la atención sobre este problema para la representación de los hechos «humanos», cf. *L'Action humaine*, P.U.F.

rior. Así, por ejemplo, lo que se puede observar en el fondo de un valle alpino y los problemas que se pueden plantear a este respecto y las personas que viven en él difiere de lo que se ve cuando se está en una de sus cumbres, y esta visión de las cosas se transforma cuando se contemplan los Alpes desde un avión a 10.000 metros de altura.

Un mismo geógrafo puede proceder al estudio de los problemas de una aldea africana, al análisis de la situación de la región donde se encuentra esta aldea, al examen de los problemas al nivel del Estado en que se inscribe y a la comprensión del «subdesarrollo» al nivel del conjunto del «tercer mundo»; en realidad, este geógrafo habrá realizado unos discursos muy diferentes (aunque sólo sea por el vocabulario) que no siempre se remiten los unos a los otros aun pareciendo excluirse en muchos puntos. Tomemos un último ejemplo cuyo significado se entiende mejor, pues las alusiones referirán con mayor facilidad a unas experiencias familiares en un conjunto cuya diversidad de aspectos captamos por la práctica social: cada vez es más frecuente la referencia a las «realidades urbanas» entendidas como un conjunto global (donde los «factores físicos» no deben ser olvidados, no solamente en lo que hace referencia a los lugares, sino sobre todo y cada vez en mayor medida por los problemas de la «contaminación»). Sin embargo, éstas aparecen de manera muy diferente según se observen a gran escala al nivel de un grupo de edificios (¿cómo ha sido elegido?, ¿dónde se encuentra?), del barrio (¿cuál?), según se considere únicamente el centro de la ciudad o su totalidad o la aglomeración más sus barrios periféricos de extensión variable, según se considere a pequeña escala este conjunto urbano en el marco de su «región» (la cual puede ser considerada de manera más o menos amplia) o en las relaciones que mantiene con otras ciudades más o menos alejadas.

Practicado desde hace unos quince años por los geógrafos, este estudio de las relaciones interurbanas de las «redes urbanas», que hay que situar en un marco nacional e internacional, ha modificado y enriquecido considerablemente la problemática

que se aplicaba a los barrios centrales y viceversa. Cada uno de los diferentes niveles de análisis que cabe distinguir, desde la grandísima hasta la pequeñísima escala, no sólo corresponden a la toma en consideración de conjuntos espaciales más o menos vastos sino también a la definición de las características estructurales, que permiten delimitar sus contornos.

Una etapa primordial en el procedimiento de investigación geográfica: la elección de los diferentes espacios de conceptualización

En el plano del conocimiento, no hay nivel de análisis privilegiado. Ninguno de ellos es suficiente, pues el hecho de tomar en consideración un espacio determinado como campo de observación permitirá aprehender determinados fenómenos y determinadas estructuras pero provocará la deformación o la ocultación de otros fenómenos y de otras estructuras cuyo papel es imposible juzgar *a priori* y que, por consiguiente, no se pueden descuidar. Resulta indispensable, pues, situarse a otros niveles de análisis, tomando en consideración otros espacios. Es necesario, a continuación, realizar la articulación de estas observaciones muy diferentes puesto que son función de lo que se podrían denominar espacios de conceptualización diferentes.

En el plano, no ya del conocimiento, sino de la acción (urbanista o militar) existen unos niveles de análisis que conviene destacar, pues corresponden a espacios operacionales, debido a las estrategias y a las tácticas puestas en práctica.

Hay que procurar no considerar este procedimiento de la investigación geográfica como algo ya construido y garantizado. ¿Cómo elegir los diferentes espacios de conceptualización? ¿Cómo asegurarse de su adecuación al conocimiento de tales fenómenos y de tal estructura? ¿Cuál es el instrumental conceptual que conviene a cada uno de ellos? ¿Cómo operar la articulación de estos diferentes niveles de análisis? ¿A qué nivel iniciar la investigación?

Lo que parece seguro es que en todas las cuestiones que poseen una significación espacial la naturaleza de las observaciones que se pueden efectuar, la problemática que se puede establecer, los razonamientos que se pueden construir, están en función de la dimensión de los espacios tomados en consideración y de los criterios de su selección.

Así pues, el problema de las escalas es primordial para el razonamiento geográfico. Contrariamente a ciertos geógrafos que manifiestan que «se puede estudiar un mismo fenómeno a escalas diferentes», hay que ser consciente de que son fenómenos *diferentes* porque son aprehendidos a unas escalas diferentes.

El mismo problema se plantea, de manera comparable, en el caso de la historia. Así, por ejemplo, la explicación de la jornada del 14 de julio de 1789, vista como un acontecimiento significativo capital, será muy diferente según se intente saber lo que ocurrió exactamente la víspera, la semana o el mes anterior, o si se toman secciones de tiempo más largas como marco de las observaciones y del razonamiento: un año, diez años antes o los tres siglos que precedieron al hundimiento del Antiguo Régimen: la historia de los «tiempos cortos», la historia llamada de acontecimientos, aparece radicalmente diferente de la historia de los «tiempos largos» que permite desvelar el desarrollo de las contradicciones del «feudalismo», tanto al nivel de las infraestructuras como de las sobreestructuras.

De igual manera que los diferentes tiempos del historiador no deben ser confundidos, sino que deben ser vistos en sus *entrelazamientos*³, los diferentes *espacios de conceptualización* a

3. Cf. los «diferentes tiempos» que Louis Althusser propone diferenciar (en *Lire le Capital*, Maspero, 1963, t. 2, p. 47): «Para cada modo de producción existe un tiempo y una historia propios, acompañados de manera específica, del desarrollo de las fuerzas productivas; un tiempo y una historia propios de las relaciones de producción [...]; una historia propia de la superestructura política...; un tiempo y una historia propios [...] de las formaciones científicas [...]. La especificidad de cada uno de estos tiempos, de cada una de estas historias [está basada] en un determinado tipo de articulación en el todo, esto es, en un determinado tipo de *dependencia* respecto del todo. [...] Es decir, la especificidad de estos tiempos

los que debe referirse el geógrafo deben ser el objeto de un esfuerzo de diferenciación y de articulación sistemáticas. Conviene establecer una distinción radical entre el *espacio* en tanto que *objeto real* que sólo se puede conocer a través de un cierto número de presupuestos más o menos deformadores, por medio de un instrumental conceptual más o menos adecuado, y el *espacio*, en tanto que *objeto de conocimiento*, es decir, las diferentes representaciones del espacio real (de los pintores, de los matemáticos, de los astrónomos, de los geógrafos...) que han evolucionado históricamente al compás de descubrimientos progresivos que nunca concluirán (pues la historia no ha concluido). Estas representaciones del espacio son útiles de conocimiento que debemos mejorar y perfeccionar, es decir, que nos permiten entender mejor el mundo y sus transformaciones.

Después de tan larga reflexión sobre este delicado problema de las escalas, de los niveles de análisis y de los espacios de conceptualización, podemos darnos cuenta de hasta qué punto las observaciones y los razonamientos geográficos están en función de la dimensión de espacio tomada en consideración y de los criterios de esta elección. Podremos valorar mejor las consecuencias de la duradera orientación que la obra de Vidal de la Blache parece haber dado a las reflexiones de los geógrafos, tanto en Francia como en muchos otros países.

El mayor mérito que se reconoce a Vidal de la Blache es el de haber mostrado, mediante el profundo análisis monográfico de las «realidades regionales», la complejidad de las interacciones establecidas en el curso de la historia entre los hechos físicos y los hechos humanos. El marco que Vidal da a sus observaciones y a sus reflexiones es la «región», que presenta como la «realidad geográfica» *por excelencia*.

Este método que postula la posibilidad de reconocimiento inmediato de las «individualidades geográficas», esta ilusión o esta estratagema de la familiaridad con lo real que permite creer

y de estas historias es *diferencial*, puesto que está basada en las relaciones diferenciales que existen entre los diferentes niveles del todo».

que la descripción reúne todos los elementos posibles, cuando, en realidad, procede de opciones muy restringidas, permitirá a los geógrafos eludir los problemas epistemológicos fundamentales.

Al situar Vidal de la Blache, gracias a su prestigio y a su talento, la «monografía regional» en la cúspide de la jerarquía de las obras de la geografía universitaria, ha encerrado en cierta manera la investigación geográfica en los límites *dados* de un *único* espacio predilecto.

A partir de ahí, la observación y el razonamiento se encuentran en lo esencial bloqueados en un solo nivel de análisis, el que permite aprehender «la región», espacio de conceptualización único, elegido para poder aprehender las extensiones delimitadas por las antiguas fronteras provinciales y sobre todo los paisajes. Ahora bien, la descripción de los paisajes corresponde en realidad a un determinado nivel de análisis, el que permite aprehender las formas del relieve que se consideran como la arquitectura esencial de esos paisajes. Pero este nivel de análisis no es el que permite aprehender convenientemente los problemas económicos, sociales y políticos.

El hecho de privilegiar determinados niveles del análisis, que corresponden a determinados tipos de espacio de conceptualización, provoca, por las razones citadas anteriormente, la deformación o el ocultamiento de unos factores que sólo pueden ser convenientemente aprehendidos a otros niveles de análisis. Estos factores se hallan subrepticamente descartados del razonamiento gracias a una auténtica filtración de las informaciones que consiste en delimitar *a priori* el tipo de espacio que debe ser preferentemente tomado en consideración. Así pues, sin que aparezcan en el discurso, y, por consiguiente, sin necesidad de justificarlo, se descartan las referencias a un gran número de factores «físicos», económicos, sociales y políticos. Para descubrir su papel en las combinaciones geográficas, habría que situarse a otros niveles de análisis y tomar en consideración unos espacios menos vastos, o más amplios, en función de otros criterios de localización. Pero la «personalidad de la región», entendida como *dato*,

es un concepto dominante que lo obstaculiza todo. Permite seguir un discurso fácilmente coherente, puesto que corresponde a un único nivel de análisis. Además, la evocación de las «individualidades regionales» puede adornarse con los atractivos literarios de múltiples imágenes antropomórficas.

Todo lo que ha contribuido a enmascarar el problema de la elección de las escalas de observación y de representación y el problema de la articulación de los diferentes niveles de análisis ha tenido graves consecuencias para la evolución de la geografía universitaria y para la reflexión teórica sobre los problemas espaciales. Una vez más, todo esto no implica únicamente a los geógrafos, sino también al conjunto de los ciudadanos, pues, en la medida en que el discurso de los profesores de geografía ha impregnado ampliamente la opinión, las deficiencias de este discurso se han constituido en obstáculo para una toma de conciencia eficaz de los problemas geográficos en muy amplios medios.

LAS «SORPRENDENTES» CARENCIAS EPISTEMOLOGICAS DE LA GEOGRAFIA UNIVERSITARIA

Hace muy pocos años que se ha descubierto la ausencia casi total durante décadas de toda reflexión teórica en la corporación de los geógrafos universitarios. Mientras que esta disciplina habría debido incitar a amplios debates epistemológicos, aunque sólo fuera por su posición de gozne entre las ciencias naturales y ciencias sociales y por la cantidad de «préstamos» que pide a múltiples ciencias, los geógrafos han demostrado un total desprecio por las «consideraciones abstractas» y a menudo se han vanagloriado de un «espíritu a ras de suelo». Hasta estos últimos años, las escasas declaraciones teóricas reservadas a los maestros llegados a la cumbre de su carrera han versado sobre su deseo de ver mantenida la «unidad» de la geografía: unidad afirmada en el plano de los principios entre una geografía «física» y una geografía «humana» que están, en realidad, cada vez más separadas en la práctica universitaria.

Mientras que, en las restantes disciplinas, hace mucho tiempo que se considera indispensable definir una problemática, los geógrafos han seguido actuando como si no tuvieran más que leer sin problemas «el gran libro abierto de la naturaleza».

Entretanto, la mayoría de los geógrafos teorizan lo menos posible y se contentan con afirmar sin vergüenza que «la geografía es la ciencia de la síntesis», admitiendo en alguna ocasión que

«la geografía no puede definirse por su objeto ni por sus métodos, sino más bien por su punto de vista»¹. Estas declaraciones manifiestan simultáneamente un indudable desconocimiento de los caracteres no menos sintéticos de las disciplinas a las que recurren los geógrafos, su aislamiento (pues tales afirmaciones habrían debido provocar un clamor de indignación) y su despreocupación por los problemas teóricos, incluso los más fundamentales que han debido abordar todas las ciencias, algunas de ellas desde hace mucho tiempo. Por otra parte, cantidad de geógrafos no esconden sus prevenciones respecto a unas «consideraciones abstractas» (especialmente las de los economistas y de los sociólogos) y se vanaglorian de su predilección por lo «concreto». ¿No han llegado a proclamar algunos de ellos «la geografía, ciencia de lo concreto», sin sospechar las sonrisas que dicha declaración provoca, al menos, cuando es oída fuera del medio de los geógrafos, cosa por otra parte poco frecuente? Pero por someras que puedan resultar, estas declaraciones «epistemológicas» que proceden de maestros que han llegado a la cumbre de su carrera han sido relativamente escasas hasta estos últimos años, y los geógrafos rara vez se preguntan qué puede ser la geografía. Uno de ellos², y no de los menos famosos, ha calificado, ante sus colegas reunidos en coloquio, la geografía de «espíritu a ras de suelo».

Sólo desde hace unos años un cierto número de geógrafos ha comenzado a tomar conciencia de los problemas que plantea la geografía. Ha resultado de ello una serie de reflexiones³

1. El artículo «Géographie», *Encyclopédie Universelle*.

2. J. LABASSE, *L'Organisation de l'Espace*, Hermann.

3. Citemos, por ejemplo: J. BEAUJEU-GARNIER, *La Géographie: méthodes et problèmes*, Masson, 1972; P. CLAVAL, *La Pensée géographique*, Paris, 1973; O. DOLLFUS, *L'Espace géographique*, P.U.F., 1970, y *L'Analyse géographique*, P.U.F., 1971; P. GEORGE, *Les Méthodes de la géographie*, P.U.F., 1970; A. MEYNIER, *Histoire de la pensée géographique en France*, P.U.F.; M. SANTOS, *Le Métier de géographe en pays sous-développé*, Ophrys, 1971; ALAIN REYNAUD, *L'Épistémologie de la géomorphologie*, Masson, 1971, y *La Géographie entre le mythe et la science*, 1975.

sobre su disciplina, pero todas han eludido hasta ahora el papel de la geografía como instrumento del poder político y militar.

Este rechazo de la reflexión epistemológica que ha caracterizado durante tanto tiempo a los geógrafos, especialmente en Francia, es tanto más sorprendente cuanto que los geógrafos utilizan las adquisiciones de numerosas disciplinas muy diferentes por sus métodos y su instrumental conceptual. En efecto, ¿acaso los geógrafos no hablan a un tiempo de geología y de sociología, de climatología y de economía, de demografía y de hidrología, de etnología y de botánica, etc.? Diríase que por ahora este comportamiento entrometido no ha ocasionado grandes problemas: es cierto que sucede con frecuencia que tanto el economista como el geólogo se ríen algo de la competencia de los geógrafos (evidentemente, el geógrafo es un mal geólogo y un mediocre economista), pero el sincretismo geográfico no es en absoluto criticado globalmente como tal, en nombre de unos principios epistemológicos básicos. Una de las tareas fundamentales de la geografía es el estudio de las interacciones espaciales entre unos fenómenos analizados por unas ciencias muy diferentes entre sí. Eso implica la preocupación constante por las especificidades epistemológicas de cada una de ellas. Ahora bien, los geógrafos muestran precisamente la actitud contraria. Así que, por el momento, tienen que limitarse a yuxtaponer estos diversos elementos extraídos de discursos diferentes.

El escaso interés que los geógrafos demuestran hacia las cuestiones epistemológicas o, más modestamente, metodológicas, es tanto más sorprendente cuanto que deben prolongar y transformar constantemente los trabajos de los diferentes especialistas. En efecto, de estos discursos tan diferentes el geógrafo extrae unos elementos en la medida en que puede referirlos a la porción determinada del espacio terrestre que quiere describir, en tanto que lugar de interacción de diversos fenómenos. Ahora bien, estos especialistas cuyos trabajos intenta utilizar el geógrafo no poseen necesariamente unas referencias espaciales idénticas y trabajan a escalas diferentes. En función de los métodos de su propia disciplina, o para otras exigencias, cada uno de

ellos se refiere explícita o implícitamente (pues para ellos el marco espacial no es esencial) bien a un espacio más vasto, bien mucho más pequeño, bien a un determinado número de puntos que corresponden a la «región» que estudia el geógrafo. Este, pues, debe «sacar partido» de documentos diferentes, tanto por los cuerpos conceptuales que han permitido elaborarlos como por sus correspondientes espaciales. Para describir una determinada porción del espacio terrestre, el geógrafo se ve obligado, por consiguiente, a realizar una gama de razonamientos que se aproxima con mayor o menor torpeza al método de cada una de las disciplinas utilizadas.

Esta tarea tan compleja y delicada, fundamental en el proceso geográfico, debería haber sido normalmente una razón suficientemente poderosa para que los geógrafos llegaran a preocuparse de las características epistemológicas de las ciencias cuyos trabajos tenían que interpretar y completar. En realidad, en la mayoría de los casos no ha sido así, y los geógrafos intentan salvar la situación, con mayor o menor fortuna, a fuerza de intuición y de experiencia, de la manera más empírica, tomando de los discursos de las demás disciplinas lo que les parece útil o digno de interés, sin tener en ningún momento claramente establecidas las razones de estas opciones.

La misma indiferencia respecto a los criterios de las selecciones operadas en las descripciones de los paisajes, que ocupan un gran lugar en la literatura geográfica, y en las descripciones de las diferentes situaciones geográficas: el geógrafo elige entre la enorme masa de signos los que le parecen significativos, sin haberse nunca interrogado realmente sobre las razones de esta elección.

Elige de igual manera entre toda una gama de espacios: su dimensión va desde la de una aldea hasta la del planeta; en tal o cual momento de su descripción razonada pasa a referirse a otros espacios más grandes o más pequeños; comienza por situar unos fenómenos, después otros, pero sin decir por qué deja de lado importantes aspectos de la «realidad». Basta con observar las diferencias que existen entre las descripciones de espacios

idénticas efectuadas por geógrafos diferentes para medir la parte de subjetividad que existe en unos trabajos que ellos consideran objetivos. Es cierto que toda percepción, toda observación, es una serie de elecciones, pero lo típico del método científico es intentar establecer, metódicamente, los criterios de selección y las funciones de estos criterios. Con su aspecto enciclopédico, lo que no excluye, sin embargo, curiosas lagunas, la geografía puede aparecer como una de las formas típicas de un saber precientífico cuya supervivencia sólo puede explicarse por el lugar que ocupa en las instituciones escolares o universitarias.

Estas carencias habrían debido incitar a los filósofos epistemológicos a tomar la geografía como blanco. Sin embargo, pese a unos ejemplos casi olvidados, el de Kant, que, por otra parte, fue durante un tiempo profesor de geografía, los filósofos demuestran una indiferencia casi total respecto a la geografía. Pero la indiferencia despreciativa de los filósofos hacia la geografía le ha asegurado en la práctica una especie de inmunidad que ha reforzado su estatuto de discurso pedagógico o de saber institucionalizado por la universidad. Evidentemente, en la medida en que los filósofos se interesan por las ciencias para encontrar en ellas un objeto, un pretexto para filosofar o un trampolín hacia la verdad, parece claro que la geografía apenas tiene interés para ellos. Se han interesado por el tiempo pero muy poco por el espacio, aunque ambas categorías vayan estrechamente ligadas. Los «arqueólogos del saber», que examinan con toda clase de cuidados diferentes provincias del pensamiento precientífico, no prestan la menor atención a la geografía. Ello se debe sin duda a que su interés se dirige principalmente hacia los cortes epistemológicos que han permitido la aparición de las ciencias actuales y la geografía todavía no ha conocido probablemente esa ruptura fundamental.

Sin embargo, la indiferencia de los filósofos respecto a la geografía resulta extremadamente sorprendente en cuanto se piensa en la cantidad y en las dimensiones de los problemas epistemológicos que plantea, pese a las apariencias, el discurso de los geógrafos. Así, por ejemplo (aunque no puede decirse que

hayan intentado ponerse de acuerdo sobre una definición de la geografía), proclaman casi unánimemente que una de sus mayores razones de ser es el estudio de las interacciones entre lo que denominan los «hechos físicos» y los «hechos humanos»: la geografía no depende exclusivamente de las «ciencias naturales» ni únicamente de lo que se ha convenido en denominar «ciencias sociales». Por esta razón, la existencia de esta geografía, incluso bajo la forma modesta y criticable de un saber institucionalizado con pretensiones científicas, pone en discusión el corte fundamental entre naturaleza y cultura, corte que determina de entrada la organización del sistema de las ciencias.

Es significativo verificar que los geógrafos también habrían podido afirmarse en la encrucijada de los tres conjuntos del saber, el de las ciencias de la materia, el de las ciencias de la vida y el de las ciencias sociales. Pero se refieren implícitamente a esta dicotomía filosófica que se pretende radical entre el ámbito de las cosas y el ámbito de los hombres para pretender fundar el estatuto de la geografía: un gozne entre el conocimiento de los hechos físicos, es decir, «la naturaleza», y el de los hechos humanos. Sean cuales fueren las maneras de caracterizar la geografía que han tenido los geógrafos, «ciencia de los paisajes», «ciencia de los medios naturales para una ecología de la especie humana», «ciencia de las formas de la diferenciación espacial», «ciencia del espacio» o «geo-análisis», aparece en todas ellas la preocupación por estudiar las interacciones entre los «hechos humanos» (que incumben específicamente a las ciencias humanas sociales o económicas) y los «datos naturales» (que pertenecen a las ciencias de la materia y a las de la vida).

Respecto a los diferentes sistemas de las ciencias, la geografía es un problema, pero los filósofos no le han prestado atención, aunque no cabe duda de que tenían más de un argumento para recusarla.

Actualmente, esta relación de exclusión entre naturaleza y sociedad, que está en el origen de la organización del saber, comienza a ser discutida por los filósofos. Para ello exponen unos argumentos nuevos que corresponden en notable proporción a

lo que llevan décadas diciendo, si bien de una manera muy distinta, gran número de geógrafos. Ahora bien, estos filósofos⁴, aunque estén al corriente de los trabajos de un gran número de disciplinas científicas muy especializadas, no hacen la menor alusión a lo que la geografía podría aportar a su tesis, aunque hayan leído las obras famosas de algunos geógrafos.

Una práctica universitaria que es cada vez más la negación del proyecto unitario

La verificación del silencio que recae sobre la geografía posee algún interés, aunque el estatuto que le atribuyen los geógrafos ponga en cuestión implícitamente la organización general de los conocimientos. Pero este silencio resulta todavía más sorprendente cuando se descubre una evidencia: mientras proclaman casi unánimemente que la razón de ser de la geografía es el estudio de las interacciones entre «hechos físicos» y «hechos humanos», la práctica de los geógrafos apenas parece preocuparse de tales interacciones. Unos se ocupan sólo de la «geografía física» (que llega a constituir lo esencial de la disciplina en algunos sistemas de enseñanza, como el de la URSS, por ejemplo), mientras que otros se ocupan esencialmente de la «geografía humana». Así pues, la práctica de la mayoría de los geógrafos aparece como la negación de los principios que afirman.

Esta institucionalización del corte entre «geografía física» y «geografía humana» (tanto al nivel de división de los cursos, de los manuales, de los programas del instituto y de la facultad, como al de criterios de reclutamiento de los investigadores y de los profesores de la enseñanza superior) podía ser un poderoso argumento que permitiría a filósofos y otros demostrar el carácter falaz del proyecto de una geografía unitaria o considerada punto de unión. Pero éstos se han abstenido de toda

4. Por ejemplo, SERGE MOSCOVICI, *Essai sur l'Histoire humaine de la nature*, 1968; *La Société contre nature*, 1972.

crítica o comentario; como si fuera preferible no hablar en absoluto de la geografía.

Este corte entre los «geógrafos físicos» y los «geógrafos humanos» se acentúa a medida que unos deben «seguir» los progresos de las ciencias físicas y naturales, que cada día son más precisas, y los otros intentan aplicar los nuevos métodos de las ciencias sociales. La separación entre ambos grupos de geógrafos alcanza tales dimensiones que algunos han reclamado el abandono explícito del proyecto de la geografía unitaria para poder beneficiarse de los progresos de una división del trabajo científico.

Es significativo que, tanto en su enseñanza como en su investigación, los geógrafos hayan descuidado durante tanto tiempo el estudio de los suelos y de las formaciones vegetales que hoy constituyen por excelencia, en la mayor parte de los continentes, el resultado de esas interacciones entre hechos «físicos» y «humanos», interacciones que, sin embargo, siguen presentándose como razón de ser de la geografía. De igual manera, el geógrafo apenas concede interés a los problemas del «entorno» y de la «contaminación», aunque también éstos sean resultado de dichas interacciones entre «medio natural» y actividades humanas. En cambio, por la tradición de una práctica no menos significativa, los geógrafos conceden un interés especialísimo a las estructuras geológicas, que, sin embargo, sólo intervienen muy indirecta y accesoriamente en las famosas «interacciones»...

Es cierto que existe la «geografía regional», ese tercer pedazo resultante de la división oficializada de la geografía. Esta geografía regional, encargada de mantener «la unidad» de la geografía, reúne en torno a tal o cual parte del espacio terrestre unos elementos diversos extraídos de los discursos del geólogo, del climatólogo, del hidrólogo, del botánico, etc., así como de los del demógrafo, el etnólogo, el economista y el sociólogo. La diversidad de estos préstamos se considera habitualmente como la prueba de un método que aprehendería efectivamente las interacciones entre unos fenómenos estudiados específicamente por diferentes especialistas. Ahora bien, es preciso verificar que en

la mayoría de los casos, en la mayor parte de los cursos y de los manuales de «geografía regional», este análisis de las interacciones es, en realidad, una enumeración hecha en un cierto orden (1. relieve, 2. clima, 3. vegetación, 4. río, 5. población, etc.) de los diferentes elementos del discurso sacados de las demás disciplinas y puestos uno junto al otro. Esta yuxtaposición, esta enumeración, manifiesta en los manuales de la enseñanza secundaria, en los cursos de la enseñanza superior, en los artículos geográficos de las enciclopedias, aparece también, aunque a veces con menos evidencia y pese al talento de geógrafos de gran renombre, en las grandes líneas que recorren las tesis de geografía regional que han creado la fama de la escuela geográfica francesa.

¿Cómo podría ocurrir de otra manera cuando la «geografía general», que proporciona la parte esencial del instrumental conceptual utilizado en los estudios de «geografía regional», lleva décadas caracterizándose por el corte cada vez más marcado entre geografía «física» y geografía «humana»? Este corte tiene por efecto hacer si no imposible al menos sí muy difícil este análisis de las interacciones entre los factores de diversas naturalezas que pretenden efectuar los geógrafos.

El corte entre «geografía física» y «geografía humana», que se manifiesta todavía con más fragmentación en el discurso enciclopédico de la «geografía regional», la negación en la práctica de la enseñanza y de la investigación del proyecto que pretenden seguir los geógrafos no traduce únicamente las dificultades reales de su empresa, sino también y sobre todo su desconfianza, cuando no su rechazo, respecto a toda reflexión epistemológica. De igual manera que creen aprehender directamente lo que denominan, de manera muy sintomática, los «datos» geográficos, sin preocuparse de los presupuestos de sus observaciones, confundiendo de este modo el objeto real y el objeto de conocimiento, los geógrafos consideran asimismo que los diversos elementos que extraen del discurso de los diferentes especialistas son simples «datos». Sin embargo, el geólogo, el climatólogo, el botánico, el demógrafo, el economista, el sociólogo, cuyos tra-

bajos utiliza parcialmente la geografía, han puesto respectivamente en práctica un método y un instrumental conceptual que son específicos de una ciencia concreta cuyos objetivos no son los de la geografía. El geógrafo, que apenas se preocupa de la construcción de los conceptos y que utiliza constantemente unas nociones extremadamente desvaídas (región, país...), utiliza las producciones de restantes disciplinas, sin plantearse respecto a ellas más preguntas de las que se plantea respecto a la geografía.

AUSENCIA DE POLEMICA ENTRE GEOGRAFOS.
AUSENCIA DE VIGILANCIA
RESPECTO A LA GEOGRAFIA

Esta carencia epistemológica que demuestran los geógrafos traduce, sin duda, aunque de manera muy inconsciente, el originario malestar epistemológico de la geografía de los profesores, la transformación de un saber estratégico en un discurso apolítico e «inútil». Eso procede en buena parte de la influencia de las ideas vidalianas.

La transformación de un saber que ha sido explícitamente político en un discurso que niega su significación política, que acepta la renuncia a la eficacia y que se aísla de las ciencias sociales, puede parecer una operación de imposible realización, al menos no sin violentísimas polémicas. Pues bien, no se manifestaron en absoluto.

Sin embargo, pese a cuanto se diga, Vidal de la Blache no fue el primer «gran» geógrafo francés. Antes que él estuvo Elisée Reclus (1830-1905), cuya obra conoció un éxito considerable, tanto en Francia como en el extranjero, entre un público amplísimo, al margen de los sistemas escolares, desde los medios cultivados de la alta burguesía hasta los grupos de extrema izquierda. Para el gran pensador anarquista, la geografía no sólo no puede ignorar los problemas políticos, sino que permite plantearlos mejor, cuando no revelar su importancia.

No obstante, el antiguo comunero, extrañado de Francia, no

pudo crear una «escuela», y su nombre fue cuidadosamente olvidado en la Universidad, especialmente por los que «enquebraron» desvergonzadamente las múltiples obras de su «geografía universal», en ocasiones para utilizar numerosos pasajes de ellas en la que estaba situada bajo el patrocinio de Vidal.

Este fue en Francia el primer maestro de la geografía de los profesores; sin rivales, eligió sus discípulos, que, instalados en sus cátedras de provincias, hicieron lo mismo, ciñéndose a la fiel reproducción de las orientaciones fundamentales, procurando sobre todo, pero de manera inconsciente, que ninguna reflexión teórica pudiera ponerles en tela de juicio.

De todos modos, esta carencia epistemológica de los geógrafos no puede explicarse únicamente por el mecanismo de reproducción de las ideas de los maestros en el sistema universitario, ni por el carácter más fuertemente engañoso de su posición teórica.

En las restantes disciplinas el sistema universitario no ha impedido las polémicas. En geografía, existen conflictos personales, pero no problemas (o bien pocos...). Así pues, cuando después de 1950 un geógrafo como Pierre George comenzó a tender puentes con la sociología y la economía, emprendió el estudio de unos fenómenos industriales y urbanos que estaban ocultos desde Vidal y, «peor todavía» podría decirse, mostró la importancia de la distinción entre países capitalistas y países socialistas, su orientación que atacaba radicalmente, sin embargo, la geografía vidaliana, suscitó más de un enfado personal pero ningún debate teórico.

La indolencia de los geógrafos respecto a los problemas teóricos, indolencia que de unos años a esta parte algunos han sustituido por una alergia en ocasiones brutal, va acompañada de su preocupación por evitar cualquier polémica que pudiera desembocar en un problema teórico.

Por consiguiente, lo más seguro es abstenerse de cualquier debate. Se da por supuesto que cada investigador, elevado al grado de doctor, es el que mejor conoce «su» región. En una época en que sólo había un reducidísimo número de profesores

de geografía en las facultades, el sistema de las cátedras dio durante largo tiempo a cada maestro el monopolio en el ámbito de su universidad de tal o cual gran parte de la geografía, cosa que limitaba las divergencias de opinión: para uno, la geografía física, para otro, la geografía humana, para un tercero, la «regional».

No se puede entender la influencia ejercida por el pensamiento de Vidal de la Blache si nos limitamos a considerar sus efectos negativos; también debemos destacar sus aspectos positivos, pues éstos son los que han permitido, en gran medida, su papel preponderante hasta una época bien reciente.

La escuela geográfica francesa, cuyo padre fundador es Vidal de la Blache, intentó desmarcarse de la geografía alemana y muy especialmente del pensamiento de Ratzel. Y con razón, pues este último aparecía evidentemente como una legitimación del expansionismo del Reich. Sin embargo, aunque la obra de Ratzel sea desconocida en Francia, algunas de las ideas que había desarrollado reaparecen en la geografía humana francesa.

Con el *Tableau de la géographie de la France* y con las grandes tesis que inspiró, o los quince tomos de *La Géographie universelle* (A. Colin) en cuya concepción tanto influyó, Vidal de la Blache introdujo la idea de las minuciosas descripciones regionales consideradas como la forma más perfecta del razonamiento geográfico. Evidentemente, el método vidaliano de descripción regional es mucho mejor que el de Reclus: si bien este último se encuentra mucho más a sus anchas cuando toma el Estado como espacio de conceptualización, sus descripciones de las regiones francesas resultan singularmente pobres. Vidal mostró que los paisajes de una región son el resultado del encabalgamiento, a lo largo de la historia, de las influencias humanas y los datos naturales. Los paisajes que pinta y analiza son esencialmente una herencia histórica. En consecuencia, Vidal de la Blache combatió vigorosamente la tesis «determinista» según la cual los «datos naturales» (o algunos de ellos) ejercen una influencia directa y determinante sobre los «hechos huma-

nos» y confieren un papel mayor a la historia para explicar las relaciones entre los hombres y los «hechos físicos».

La obra de Vidal de la Blache no se limita a las descripciones regionales, y su método, muy diferente en lo que se refiere a la geografía general¹, presenta un gran interés. Fue especialmente fértil su noción de «tipo de vida», es decir, el conjunto de los medios por los que los grupos humanos que siguen viviendo en una economía cerrada se proveen para su subsistencia en el marco de los diferentes medios naturales. Esta forma de organización sólo afecta hoy a unos efectivos cada vez más reducidos, y en la época de Vidal de la Blache no se aplicaba ya más que a lo que hoy se denomina «países desarrollados».

Sin embargo, los geógrafos universitarios prestaron mucha mayor atención a la aportación de Vidal en el análisis regional.

La riqueza de la aportación de Vidal de la Blache ha sido sobradamente destacada tanto en Francia como en el extranjero; pero las dificultades en que hoy se halla sumida esta geografía que marcó tan profundamente obligan a que nos decidamos a considerar su aportación como contradictoria.

Su pensamiento señala la ruptura entre la geografía y las ciencias sociales, a la vez que amplía el abanico de los «hechos humanos» tomados en consideración por el razonamiento geográfico. «La geografía es la ciencia de los lugares y no la de los hombres», llegó a escribir. Y no es que se desinteresara de la «geografía humana»; para él es lo esencial, pero procura separarla claramente de las ciencias sociales, como lo demuestra la polémica (excesivamente poco conocida) que le enfrentó a Durkheim. Para Vidal de la Blache, la geografía humana es esencialmente el estudio de las formas de habitar, la distribución espacial de la población. La concepción vidaliana de la geografía, que estudia al hombre en tanto que *habitante* de determinados lugares, sitúa en realidad el estudio de los «hechos humanos» en la dependencia del análisis de los hechos físicos. Es cierto que

1. VIDAL DE LA BLACHE, *Principes de géographie humaine*, 1921, 325 pp.

más o menos transformados por las acciones de los hombres, pero «físicos» a fin de cuentas, pues, pese a la abundancia de referencias a la historia, los marcos espaciales y los lugares son concebidos esencialmente como unos marcos físicos («espacios naturales», «medios geográficos», regiones naturales o delimitadas por unos datos naturales).

De igual manera, hasta una época relativamente reciente, la problemática puesta en práctica por los geógrafos para el estudio de las sociedades humanas no procedía, en lo esencial, de las ciencias sociales, sino de las ciencias naturales, aquellas a las que se recurre para el estudio del medio físico. Así pues, el corte entre «geografía física» y «geografía humana» no era tan evidente como hoy y podía seguir siendo afirmada la unidad de la geografía; ciertamente, a cambio de un determinado número de engaños y de silencios, pues el discurso geográfico se esfuerza en evacuar los «hechos humanos» que dependen con excesiva evidencia de las ciencias económicas y sociales. Durante mucho tiempo, los geógrafos se han preocupado casi exclusivamente del hábitat rural y de la agricultura (influencia del clima). Las ciudades sólo se aludían en relación a su ubicación topográfica original y a su situación respecto a las principales diferencias de relieve de la región que las rodeaba. En cuanto al estudio de la industria, era, si no sistemáticamente ignorado, sí reducido, al menos, a la enumeración de localizaciones de los centros industriales en función de los yacimientos de materias primas.

Es cierto que para explicar estos silencios se pudo decir que los geógrafos de aquel tiempo, y el primero de ellos Vidal de la Blache, todavía no habían tomado conciencia del papel de las industrias y de las grandes aglomeraciones urbanas. Sin embargo, Elisée Reclus, que publicó unos veinte años antes un conjunto de obras que alcanzaron gran éxito y que a continuación fueron abundantemente utilizadas, concede un gran lugar a las ciudades, a las industrias y a los problemas económicos, sociales y políticos que posteriormente serán elucidados. Reclus toma el Estado como espacio de conceptualización preferencial, lo que le permite aprehender estos problemas. En cambio, su manera de

exponer las diferentes secciones de una geografía regional, en especial la francesa, es muy torpe en comparación con las síntesis descriptivas que Vidal de la Blache establecerá para las diferentes «personalidades» regionales que distingue. Es justamente la precisión del análisis geográfico al nivel de esas monografías regionales lo que permitirá hacer olvidar la importancia de la aportación de Reclus. También es cierto que el antiguo comunero, pensador de la anarquía, vivía en el exilio, mientras que el señor Vidal de la Blache, profesor de la Sorbona y miembro de la Academia de ciencias morales y políticas, comparte las ideas de Maurice Barrès².

Otras disciplinas, la historia y la economía por ejemplo, han conocido obstáculos del mismo tipo, y ello no ha impedido, sin embargo, la aparición y el desarrollo de las polémicas y de las discusiones teóricas que las ocupan desde hace tiempo. Hay tipos de debates que ya están concluidos cuando todavía no han comenzado a plantearse en la geografía.

Ahora bien, y este es un punto muy importante, las polémicas que se han desarrollado y que siguen desarrollándose en la historia o en las ciencias sociales se sitúan a un nivel político, en relación con los problemas de toda la sociedad y no en el exclusivo marco universitario.

La historia lleva tiempo siendo polémica. Se critican sus fuentes; se manifiestan desacuerdos con tal o cual explicación; cantidad de políticos publican sus memorias y a veces se convierten en historiadores. Ocurre, sobre todo, que la historia se ha convertido en la trama de la polémica política. Con el desarrollo del marxismo, la historia, la economía política y las demás ciencias sociales se han transformado profundamente, y, en estos campos, polémica política y debate científico han ido todavía más estrechamente asociados. Debido a su alcance político, las teorías de los historiadores y de los economistas han sido objeto de una vigilancia constante y de un debate perma-

2. Cf. P. CLAVAL y J.-P. NARDY, *Pour le cinquantenaire de la mort de Vidal de la Blache*, Annales Université de Besançon, 1968.

nente que se ha desarrollado primero fuera de la Universidad y después en el mismo interior de los medios universitarios. Los progresos de la historia y de las ciencias sociales son en gran medida el fruto de las luchas de clases.

Hasta una época muy reciente, nada parecido ocurría con la geografía: no solamente no se producía ninguna polémica de fondo entre geógrafos, sino que sobre todo no se ejercía ninguna vigilancia respecto a sus declaraciones por parte de los especialistas de otras disciplinas o por parte de aquellos que se plantean problemas políticos.

Esta falta de vigilancia respecto a la geografía es tanto más sorprendente cuanto que cada vez se utiliza más su lenguaje, no solamente en la información, sino también en numerosas disciplinas científicas. Todo el mundo habla de «país» y de «región» sin preocuparse lo más mínimo del carácter extremadamente impreciso de estas nociones elásticas y resbaladizas y de las molestas consecuencias que para el rigor del razonamiento pueden derivarse de su utilización. Bien mirado, es sorprendente verificar con qué ingenuidad, con qué falta de espíritu crítico, el historiador, el economista o el sociólogo utilizan los argumentos geográficos en su propio discurso: evocados, por añadidura, con cierta condescendencia, los «datos geográficos» son aceptados sin la menor discusión, como si no quedara más remedio que inclinarse ante los «imperativos geográficos». Ahora bien, los «datos» geográficos no son ofrecidos por Dios, sino por un geógrafo que, no contento con aprehenderlos a una cierta escala, los ha elegido y clasificado en un cierto orden; otro geógrafo, que estudiara la misma región o abordara el mismo problema a otra escala, ofrecería probablemente unos «datos» bastante diferentes. En cuanto a los famosos «imperativos» geográficos, a los que tan aficionados son, por ejemplo, los economistas, los geógrafos saben perfectamente (en especial a partir de Vidal de la Blache, pues fue una de sus aportaciones más positivas) que los hombres se acomodan a ellos de manera muy diferente, y que no existe un «determinismo» estricto, sino más bien un «posibilismo».

La escasa precaución con que los especialistas de otras disciplinas, los historiadores y los economistas en especial, utilizan el argumento geográfico, cosa que, por otra parte, tiene como efecto la desviación de su propio razonamiento, traduce la falta de vigilancia respecto al discurso geográfico. En efecto, no perciben sus incidencias políticas ni su función ideológica. El argumento geográfico aparece como «neutro» u «objetivo», como si procediera de las ciencias naturales o de las ciencias exactas. Se diría que todo ocurre como si una especie de conspiración del silencio se cerniera en torno a la geografía, para poder utilizar, sin necesidad de plantearse ningún problema, los argumentos algo triviales ofrecidos por esta disciplina inofensiva y poco brillante. Es cierto que los tediosos recuerdos que se conservan de las lecciones de geografía no incitan a asomarse con interés a los problemas de esta «ciencia». Pero ¿cómo es posible que hasta el momento ningún filósofo haya querido ajustar las cuentas a esta vieja disciplina que ha dejado tan malos recuerdos a tantos colegas? ¿Cómo es posible que ningún historiador, obligado no solamente a tragarse la geografía para obtener su diploma y ganar sus oposiciones, sino también a enseñarla en el instituto, no haya discutido esta disciplina que le ha sido impuesta? El método de los geógrafos no podría seguir siendo el que todavía es si hubiera sido objeto de polémicas y de debates.

La institucionalización de la geografía de los profesores en tanto que discurso pedagógico «inútil» sistemáticamente despolitizado no ha favorecido el desarrollo de la vigilancia respecto a los geógrafos. Y, sin embargo, era absolutamente necesaria. ¿Cómo es posible que los historiadores y todos aquellos que se han enfrentado al problema del Estado no se hayan dado cuenta de que también la geografía aprehende el Estado y a través de una de sus características esenciales, su estructura espacial, su extensión, sus fronteras? En realidad, parece que este silencio cómplice que sigue rodeando la geografía, de la que se utilizan numerosos clichés y argumentos, plantea un problema mucho más profundo todavía.

La geografía es una representación del mundo. Pero no se habla de ella en los medios preocupados, sin embargo, por desenmascarar todos los engaños y denunciar todas las alienaciones. Los filósofos, que tanto han escrito para enjuiciar la validez de las ciencias, y que siguen explorando hoy la arqueología del saber, continúan manteniendo respecto a la geografía un silencio total, cuando esta disciplina habría debido atraer su crítica más que cualquier otra. ¿Indiferencia? ¿Ausencia de debate a arbitrar entre los geógrafos? ¿No se tratará más bien de inconsciente complicidad?

Evidentemente, es inútil destacar la importancia de las transformaciones que el marxismo ha provocado en la historia, en la economía política y en las demás ciencias sociales. No solamente ha aportado una problemática y un instrumental conceptual, sino que también ha determinado en gran medida el desarrollo de una polémica epistemológica y de una vigilancia respecto de los trabajos de los historiadores y de los economistas; esta polémica y esta vigilancia se manifestaron al principio fuera de la Universidad, en los medios más politizados, y después también en el interior del mundo universitario. Ahora bien, nada parecido ha ocurrido hasta ahora en el caso de la geografía, aunque se trate de un saber cuya significación económica, social y política es considerable. Evidentemente, si se considera la geografía como procedente en lo esencial de las ciencias naturales, la debilidad, por no decir la ausencia de toda relación con el marxismo, no plantearía tantos problemas. Pero tanto si es un discurso falaz cuya función es considerable, como si es un saber estratégico cuyo papel no es menor, la geografía tiene por objeto las prácticas sociales (políticas, militares, económicas, ideológicas...) *en relación* al espacio terrestre.

La debilidad del papel del análisis marxista en geografía no es menos sorprendente. Hay que comprobar en primer lugar el silencio, el «vacío» respecto a los problemas espaciales que caracteriza la obra de Marx. Es evidente que dicha verificación levanta una muralla de escudos para defenderle: muy pocos son los que dicen que la geografía es una cosa demasiado ridícula para que Marx se haya interesado por ella. Alguna que otra vez, en las obras de juventud, e incluso en los *Grundrisse*, se ha referido a los problemas del espacio, y sobre todo en los escritos que se refieren a cuestiones militares (cosa que es una prueba más de la función estratégica de la geografía; a este respecto, siempre a propósito de las cuestiones militares, las reflexiones de Mao Tse-tung son especialmente importantes). También estuvo especialmente atento a los problemas de relación ciudad-campo, pero descuidando una gran parte de los problemas geográficos. Se refiere con frecuencia a la Naturaleza (y Engels to-

davía más), pero también excluyendo totalmente la dimensión espacial. La escasa preocupación que Marx demuestra respecto a los problemas espaciales desaparece por completo con la formalización definitiva de la crítica de la economía política, tal como aparece en el primer tomo de *El Capital*. En la misma medida en que Marx organiza su razonamiento en referencia constante al tiempo, con lo que llega a reorganizar la historia, se muestra indiferente por los problemas del espacio. Sin embargo, en tanto que filósofo y fuertemente influido por Hegel, tenía que ser consciente de las estrechas relaciones que existen entre el tiempo y el espacio.

Lo que más sorprende no es tanto la falta de interés de Marx por los problemas geográficos como la disyunción entre sus textos teóricos más acabados, *El Capital* en primer lugar, y sus textos más circunstanciales, militares o político-estratégicos. Lo que sorprende, en el seno mismo de los textos más acabados, no es tanto la ausencia de interés por los problemas geográficos como la irrupción en una problemática globalmente espacial de razonamientos geográficos, groseramente deterministas.

La tradición marxista heredará esta dualidad: Plejanov abusa del argumento geográfico. Lenin, Trotski y Mao Tse-tung, enfrentados a los problemas de la guerra revolucionaria y a las tareas de gobierno, explotarán las intrusiones teóricas de Marx en el campo del pensamiento estratégico (y completarán, por otra parte, su bagaje conceptual con la lectura de Clausewitz). Finalmente, la economía política marxista recuperará los esquemas espaciales de *El Capital*, hasta, muy recientemente, precipitarse en las metáforas espaciales más resbaladizas, como centro y periferia.

Situemos aparte a Rosa Luxemburg y Gramsci, cuyo conjunto de textos (no solamente político-estratégicos) se refieren a una problemática espacial: crítica del libro II y cuestión nacional en el caso de la Luxemburgo, herencia de la filosofía de la historia italiana, relaciones entre Estado, territorio, dominación y hegemonía a través de la historia de la unidad nacional en el caso de Gramsci. También habría que preguntarse sobre la res-

ponsabilidad del estalinismo en esta esterilización del pensamiento marxista.

El silencio de Marx respecto a la geografía es difícil de explicar dado que en la época en que escribe los problemas espaciales ya están en el primer plano de las preocupaciones políticas de los militares prusianos y de los industriales del Ruhr, la geografía en tanto que representación racional del mundo ya ha tomado vuelo en la Universidad de Berlín, de la que constituye uno de sus más bellos ornamentos, y el sistema capitalista se organiza a escala internacional dominando formaciones sociales extremadamente diferentes, según los países.

Después de él, sus continuadores no dejarán de estudiar el desarrollo del capitalismo, no sólo en el «centro» sino también en la «periferia»; pero estas alegorías espaciales no carecen de peligro y amenazan con favorecer la desviación del razonador.

El escaso interés que Marx muestra respecto a los problemas geográficos sigue teniendo actualmente graves consecuencias. Para los marxistas, lo esencial de la argumentación política, tratase de problemas regionales, nacionales o internacionales, se define en relación al tiempo, se expresa en términos históricos, pero rara vez se refiere al espacio y aun así de una manera muy alusiva y descuidada. Sin embargo, el espacio es el terreno estratégico por excelencia, el lugar, el territorio donde se enfrentan las fuerzas encontradas y donde se desarrollan las luchas actuales.

Las dificultades del análisis marxista en geografía

No obstante, el papel del análisis marxista en geografía no debe apreciarse únicamente en función del contenido de la obra de Marx y de sus continuadores —la geografía no constituía evidentemente su preocupación esencial— ni en función de la argumentación de los militantes a quienes inspiran; hay que examinar también la práctica actual de los geógrafos «de izquierda»: durante mucho tiempo han permanecido bajo la influencia real-

mente hegemónica de la herencia vidaliana, pero a partir de la Segunda Guerra mundial se congregó en la Universidad un número creciente de geógrafos que, aunque todavía muy minoritario, ha sido más o menos fuertemente influido por el pensamiento marxista: algunos de ellos desempeñan un papel científico eminente. Sin embargo, la influencia marxista en la geografía parece a las claras menos profunda que en otras disciplinas como la filosofía, la historia, la sociología o la economía política, donde existen desde hace bastante tiempo auténticas escuelas marxistas, conocidas y brillantes, aunque correspondan a un escaso número de personas.

Ahora bien, en el momento presente es obligatorio admitir que, si bien existen algunos geógrafos marxistas, todavía no existe realmente una geografía marxista. Es muy probable que esté a punto de aparecer. Aunque entre las ciencias sociales, la geografía es el sector que más cuesta desarrollar al análisis marxista. Evidentemente, a diferencia de los especialistas de las restantes disciplinas, que encuentran en las obras de los grandes teóricos del marxismo material para numerosas citas, para amplios comentarios, para múltiples reflexiones polémicas y exégesis, ¡los geógrafos marxistas no tienen muchas páginas ilustres en las que inspirarse!

Sin embargo, durante más o menos dos décadas, los geógrafos «de izquierda» han podido considerarse como los únicos que superaban y criticaban los límites de la geografía vidaliana. Fueron los primeros en rechazar el corte que establecía respecto a las ciencias sociales y en abordar el estudio de los fenómenos urbanos e industriales; pero ninguno de ellos se refirió entonces explícitamente a las tesis marxistas. Hoy ya no son los únicos que superan la geografía vidaliana. En efecto, desde hace algunos años se ha desarrollado con algún éxito entre los geógrafos universitarios una corriente neoliberal, modernista, fuertemente inspirada en la sociología anglosajona y en los métodos cuantitativistas practicados por los geógrafos americanos. En igual medida que la geografía vidaliana rechazaba el contacto con las ciencias sociales, los partidarios de esta «New Geography» se

complacen en mantenerlo, y con ello arrebatan a los geógrafos influidos por el marxismo el sentimiento tranquilizador de que son los únicos que pueden invocar el papel de los factores económicos, sociales y políticos. Ante la ofensiva de esta corriente modernista neoliberal, que llega incluso a establecer una especie de verificación de la «esterilidad» del marxismo en materia de análisis espacial, los geógrafos de influencia marxista se han visto obligados a plantearse un cierto número de problemas que hasta entonces habían eludido.

Uno de los más antiguos síntomas de las dificultades de los «geógrafos marxistas» ha sido la orientación de algunos de ellos, y no precisamente los menos importantes, hacia el estudio casi exclusivo de los problemas de geografía física y muy especialmente de geomorfología, que está claro que dependen en escasa medida de una problemática marxista. Estos geógrafos han abandonado poco a poco el estudio de los problemas humanos que, sin embargo, habrían debido retener teniendo en cuenta sus ideas políticas. Así es como Jean Dresch, cuya actividad anti-colonialista fue considerable, el mismo que en 1945 redactó con Michel Leiris el informe sobre el trabajo forzado en el África Occidental francesa y que inició en los años cincuenta toda una serie de investigaciones muy importantes sobre geografía humana (sobre la geografía de los capitales en los países coloniales), dedica después lo esencial de su actividad a la geomorfología. Es cierto que para gran cantidad de investigadores de las ciencias exactas, físicas y naturales, el marxismo determina sus opiniones y su práctica política, pero no su problemática científica. Ocurre de otra manera en el caso de las ciencias sociales, en las que problemática política y práctica científica van estrechamente unidas. También constituye un problema el deslizamiento de los geógrafos marxistas que abandonan la concepción unitaria de la geografía (la aprehensión de los fenómenos físicos en función de la práctica social) y se dedican al análisis exclusivo de las formas de relieve consideradas en sí mismas. Aunque sigan reclamando para sí la geografía, se han pasado en realidad a la geomorfología, saber que es más conveniente considerar como

una ciencia nueva y autónoma, esencialmente vinculada a las ciencias físicas y naturales.

Otra dificultad, más extendida, del análisis marxista en geografía se manifiesta en numerosos trabajos que dependen principalmente de la geografía humana: se caracterizan por el amplísimo espacio concedido a una reflexión histórica centrada en el análisis de las relaciones de producción y de las luchas de clase. Este discurso de tipo marxista, y que no es necesariamente original, se sobrepone con frecuencia pura y simplemente a un discurso de geografía totalmente clásico: el análisis marxista de los problemas espaciales es eludido por un discurso que, en realidad, pertenece a la historia o a la economía política. Esta desviación, en cierto modo, hacia la reproducción de discursos que están mejor contruidos y cuya significación política es más clara, plantea, pensándolo bien, el problema de la responsabilidad de los geógrafos; sobre todo de aquellos que, por su referencia al marxismo, deberían considerar como un deber personal la participación de la manera más eficaz en las luchas sociales. Conviene observar que este lugar importante que ocupa el discurso histórico en el seno del discurso geográfico no es específico, evidentemente, de los geógrafos de influencia marxista. En la medida en que los geógrafos se han dado cuenta de que la situación que describen es el resultado de toda una serie de evoluciones que se combinan (la de las formas de relieve, la de la población, la de las diferentes actividades económicas...), el método histórico ocupa inevitablemente un gran lugar en la explicación geográfica.

Pero estas explicaciones históricas tienden a convertirse en un fin en sí, en la medida en que los geógrafos, marxistas o no, se han aislado de toda práctica.

En el fondo, al reproducir a partir o en lugar de un discurso de geografía de tipo vidaliano otro discurso de tipo historia-ciencias sociales, la mayor parte de los geógrafos de influencia marxista no se preocupan demasiado por saber si lo que hacen es «geografía»; piensan, sin duda, que aunque su explicación sea más o menos «geográfica» es una ocasión de referirse al mar-

xismo y que eso no carece de utilidad, especialmente en un medio tan «despolitizado» como el de la geografía donde hoy siguen planteándose muchos menos problemas que en otras disciplinas (trátese de estudiantes o de enseñantes).

De todos modos, esta desviación de los geógrafos de influencia marxista hacia la reproducción de un discurso historia-ciencias sociales tiene un doble inconveniente: por una parte, este discurso histórico no pone claramente en cuestión el discurso de la geografía vidaliana sino que, al contrario, acaba más bien de completarlo y coronarlo, y, en consecuencia, le permite seguir funcionando en tanto que medio de bloqueo y de mixtificación; por otra parte, este discurso histórico permite seguir eludiendo los problemas teóricos que hay que plantear en geografía. Eso contribuye a mantener en amplios medios la idea de una geografía como discurso pedagógico «inútil» pero inocuo.

¿COMIENZOS DE UNA GEOGRAFÍA MARXISTA O FIN DE LA GEOGRAFÍA?

Así pues, no existe todavía una geografía marxista teóricamente fundada y que ponga realmente en cuestión la ideología actual de la geografía de los profesores. La afirmación de que todavía no existe una geografía marxista puede provocar vivas reacciones entre quienes participan, y en ocasiones refiriéndose explícitamente al marxismo, en toda una serie de investigaciones sobre los problemas urbanos. Es evidente que estos problemas, con los fenómenos de segregación social, de apropiación del terreno, de contradicción entre el interés general y los apetitos particulares, etc., participan, de manera particularmente clara, de la problemática marxista, que ha demostrado sobradamente su eficacia en este terreno.

Sin embargo, por importante que sea el análisis marxista de los fenómenos urbanos, no puede sustituir por sí solo a la geografía marxista. En primer lugar, estas investigaciones pueden ser justamente reivindicadas por los sociólogos y los urbanistas. Está claro que no pretendemos hacer corporativismo universitario, pero de poco sirve para hacer avanzar críticamente los problemas de los geógrafos el atribuirles investigaciones que, en realidad, pertenecen a otras disciplinas cuyo estatuto epistemológico está mucho más adelantado que el de la geografía.

Por otra parte, los geógrafos de influencia marxista no son

los únicos que estudian los problemas urbanos. Otros geógrafos, así como otros sociólogos u otros economistas, que nada tienen que ver con el marxismo y que ni siquiera intentan parecer «de izquierda», efectúan también este análisis de las diversas formas de la crisis urbana: sin referirse sistemáticamente a las contradicciones del sistema capitalista, sin llevar a su destrucción, también hablan de «dominación», de segregación social, etc. Los marxistas dirán de estos geógrafos que son «inconsecuentes»... En cualquier caso, está claro que el análisis de los problemas urbanos depende en gran medida de un instrumental conceptual marxista o marxiano.

Buen número de marxistas geógrafos, los mismos que han emprendido tan brillantes análisis de los fenómenos urbanos, consideran que basta con utilizar el aparato conceptual del marxismo en todo lo que depende de las ciudades para obtener la base de una geografía marxista. ¿Acaso las aglomeraciones urbanas no agruparán unos efectivos humanos cada vez más numerosos y mayoritarios? ¿Acaso las ciudades no ejercen un papel de polarización y de estructuración sobre los espacios rurales, en los que las influencias urbanas son cada vez más fuertes? Estos geógrafos estiman, además, que ya poseen la base de una geografía marxista, que pueden referirse a numerosos textos «básicos», los que Marx dedicó a los problemas de la propiedad del suelo, a las ciudades, a las relaciones entre la ciudad y el campo que están en el origen del sistema capitalista.

Esta posición de los geógrafos marxistas, que consiste en suponer que ya no hay cuestiones teóricas fundamentales a debatir a partir del momento en que se refieren de manera metódica al marxismo, no deja de plantear algunos problemas.

En primer lugar, pese al creciente papel de las ciudades en la vida económica y social y en la organización del espacio, la geografía entendida a la vez como discurso ideológico, análisis científico o saber estratégico toma en consideración otros muchos espacios además de los de la ciudad o de los que justamente cabe considerar como estructurados por una red de ciudades. Hay que tomar en consideración, por ejemplo, y esto es

muy importante, unos espacios de envergadura planetaria en los que los métodos del análisis urbano ya no son eficaces. Así pues, el estudio geográfico de los fenómenos urbanos, aunque esté llevado a diferentes niveles de análisis, parece que sólo puede constituir una parte de la geografía, sobre todo si se la considera como saber estratégico o análisis científico, proceda o no del marxismo. Transfiriendo y extrapolando *únicamente* una problemática, que no cabe duda explica eficazmente unas estructuras económicas y sociales, no avanzaremos en los métodos del análisis del espacio, que siguen planteando unos graves problemas, difíciles de captar de manera conveniente.

Por otra parte, considerar que el análisis marxista de los hechos urbanos constituye la base de una geografía marxista plantea otro problema: en efecto, los geógrafos, influidos o no por el marxismo, han llegado tardíamente al estudio urbano, y no son, ni mucho menos, los únicos que se ocupan de él. Los sociólogos y los urbanistas son mucho más numerosos, e incluso los economistas se dedican a la economía urbana. Los geógrafos parecen diluirse en ese conjunto de ciencias sociales, sin poder ni siquiera pretender que son los especialistas del análisis espacial, puesto que los urbanistas alzan y dibujan numerosos mapas y planos, cosa que, por falta de práctica, la mayoría de geógrafos no sabe hacer.

Los sociólogos juegan con la «producción» de los múltiples espacios sociales y mentales; los economistas hacen economía espacial, los historiadores geo-historia, mientras que los ecólogos se apoderan de las relaciones hombre-naturaleza.

Para muchos geógrafos universitarios, la ocupación de los problemas espaciales por unas disciplinas más brillantes, más influyentes, más de moda, es la causa principal y la mayor manifestación de la crisis de la geografía. Sin embargo, estas disciplinas «rivales» que «invaden» el terreno de los geógrafos tratan unos problemas que ellos apenas habían abordado hasta el momento.

Esta dilución, desaparición en realidad, de la geografía, es aceptada en la práctica, cuando no explícitamente, por algunos

geógrafos que, sobre todo en el caso de los estudios urbanos, se deslizan hacia la sociología en nombre de lo «interdisciplinal». Es cierto que esto posee las ventajas tan elogiadas, pero presenta asimismo el inconveniente, en especial para unas disciplinas como la geografía cuyo estatuto epistemológico es impreciso, de constituir una excelente coartada para seguir eludiendo los problemas teóricos específicos.

Buen número de geógrafos marxistas, de tendencias que llamaremos más o menos «izquierdistas», afirman que geografía, sociología, economía, historia, etc., no son más que unas etiquetas universitarias y desean su desaparición para que se realice, finalmente, una síntesis de las ciencias sociales que, en su opinión, debería estar fuertemente influenciada por el marxismo, cuando no situada bajo su égida...

Si consideran útil sacrificar la geografía en el altar de lo interdisciplinal, deberían darse cuenta de que la abertura sobre las ciencias sociales ya no es el patrimonio de los geógrafos marxistas, y, sobre todo, que el análisis de las diferentes formas de la crisis urbana, del barraquismo, de las formas de segregación, de los acaparamientos del suelo, de la contaminación, ya no corre a cargo únicamente de geógrafos marxistas preocupados por denunciar las taras del sistema capitalista y desenmascarar su funcionamiento.

¿Sería, pues, el destino de la geografía universitaria el de desaparecer por dilución en un conjunto de ciencias sociales de las que los geógrafos se han mantenido tanto tiempo y tan enojosamente al margen? Marxistas o no, acudirán a unirse a los sociólogos, a los economistas, a los urbanistas, etc., en el gran coro de discursos sobre el espacio.

Esta crisis de la geografía ¿no sería sino el anuncio de un aplazamiento que concluiría con una vieja división universitaria y con una disciplina que sólo se habría individualizado gracias a las especiales condiciones culturales de algunos países europeos a fines del siglo XIX?

¿Sólo quedaría de la geografía la porción alimenticia de los institutos de enseñanza media? Y ni siquiera ésta, puesto que

algunos ministros amantes de «reformas» y de «cambio» ya se han apresurado a sustituir el discurso de la geografía, que algunos consideran como una prueba del arcaísmo de la enseñanza secundaria francesa, por el discurso de las ciencias sociales.

Sin embargo, la geografía no parece dispuesta a desaparecer en tanto que disciplina universitaria o científica: se ha desarrollado muchísimo desde hace algún tiempo en países donde apenas había tenido importancia hasta entonces como disciplina de enseñanza. De la misma manera que el discurso de los geógrafos universitarios ha estado largo tiempo separado de cualquier práctica, esta nueva floración de la geografía va estrechamente unida a unas investigaciones «aplicadas» y a unas consideraciones más o menos explícitamente estratégicas.

DEL DESARROLLO DE LA GEOGRAFIA APLICADA A LA NEW GEOGRAPHY

Especialmente en Francia y en Alemania (y en los demás países que han experimentado la influencia cultural francesa o alemana), la geografía figura desde fines del siglo XIX en los programas de la enseñanza media y ocupa un lugar notable en las universidades, donde la formación de profesores de instituto sigue siendo su función principal. En otros países, especialmente en los Estados Unidos, la geografía, carente de salidas en la enseñanza media, casi no ha tenido una existencia universitaria hasta una época reciente. En cambio, las «sociedades geográficas» tienen allí gran actividad; presididas a menudo, como la «National Geographic Society», por presidentes de grandes firmas o por almirantes jubilados, difunden desde hace tiempo revistas muy bien ilustradas que reflejan los gustos pintorescos y las preocupaciones políticas del momento.

Pero desde hace unas décadas, la investigación geográfica se ha desarrollado rápidamente en los Estados Unidos con medios bastante considerables, tanto en los organismos universitarios como en el marco de otras estructuras. En efecto, esta geografía que no va unida al funcionamiento de una máquina de fabricar profesores parece cada vez más útil a quienes dirigen las grandes firmas y el aparato de Estado. Pues son ellos quienes no sólo

proponen los contratos de investigación, sino quienes conceden los medios materiales y las facilidades de acceso a las informaciones confidenciales. A diferencia de la geografía universitaria, cuyas investigaciones y enseñanza han sido concebidas como un saber por el saber, radicalmente separado de toda práctica, las investigaciones de geografía «aplicada» se emprenden en función de objetivos económicos, sociales, urbanistas, militares más o menos explícitos, bien para proponer una solución técnica más o menos parcial, bien para ofrecer unas informaciones que permitan alcanzar una acción.

En los Estados Unidos, las investigaciones de geografía «aplicada» se han desarrollado en primer lugar en la prolongación de los estudios de mercados realizados por los economistas, que, por razones de eficacia, se vieron obligados a aprehender la dimensión espacial, factor evidentemente esencial en los Estados Unidos. Muy pronto se impuso la idea de que había que analizar las zonas de influencia de las grandes ciudades y el radio de influencia de los servicios implantados en cada una de ellas. Por otra parte, operaciones de desarrollo regional, como la del famoso Tennessee Valley Authority, iniciada antes de la Segunda Guerra mundial, mostraron el interés de un análisis geográfico. Finalmente, la extensión planetaria de los intereses americanos, el hecho de tener que prever intervenciones rápidas en los lugares más diversos, hicieron que la investigación geográfica fuera considerada un instrumento indispensable. Las fotografías aéreas, y sobre todo las tomadas desde los satélites, ofrecen centenares de miles de documentos que hay que analizar y «tratar»: la operación «Skylab», que duró varias semanas, ha acumulado una documentación extraordinariamente variada y precisa sobre un gran número de fenómenos «naturales» y «humanos» en toda la superficie del globo. Algo que basta para tener empleados durante años a millares de geógrafos.

Son unas razones parecidas las que han provocado, de un tiempo a esta parte, el desarrollo de una investigación geográfica *global* en la URSS: hasta entonces, sólo tenía derecho de ciudadanía la geografía física, pero la geografía humana, que

permanecía ignorada cuando no vista con suspicacia hasta estos últimos tiempos, comienza también a desarrollarse.

En Francia, las investigaciones de geografía aplicada cada vez son más numerosas desde hace unos diez años, aunque no dispongan de los medios de la geografía americana, que son a la medida de los del imperialismo americano. Pero ocurre también que las investigaciones de «geografía aplicada» en Francia, en tanto corren a cargo de geógrafos formados en la Universidad, se inscriben en un contexto intelectual bastante diferente. En efecto, existe desde hace unas décadas una investigación universitaria en geografía diferente, con objetivos y métodos muy diferentes. Y, pese a lo que algunos digan ahora, su interés no se mide únicamente por el papel que ocupa dentro del ritual universitario para acceder a los diferentes niveles de la jerarquía. Evidentemente, debido a la indolencia epistemológica en que se han sumergido durante tanto tiempo los geógrafos, la elección de los temas que ha desarrollado esta investigación casi nunca ha estado en función de su alcance teórico. Más aún, encerrada en su papel ideológico, la geografía universitaria apenas podía orientar sus investigaciones hacia problemas de gran utilidad práctica.

Para que fuera de otro modo, para que la geografía se preguntara cómo se podría actuar en tal o cual región, cómo se podría modificar la situación para alcanzar tales o cuales objetivos, hubiera sido preciso que se planteara ese tipo de problemas, que se estableciera un programa de investigación en función de objetivos que se habrían definido. Pero, ¿quién es ese *se*? En último término, los que poseen el poder, los estados mayores del aparato de Estado o de las grandes firmas. No es el geógrafo quien ordena y emprende esta operación. El geógrafo sólo es el que reúne los conocimientos necesarios para la elaboración de los planes de ordenación y las estrategias de acción, decididas en definitiva por el político. Durante décadas, los geógrafos universitarios no han sido solicitados por nadie (bien porque han sido mantenidos al margen de estas investigaciones, bien porque el poder no haya considerado oportuno emprenderlas) y por consiguiente sus investigaciones han tenido por único objetivo el saber

por el saber, sin más, sin ninguna clase de interés. A falta de tener que investigar, de cómo se podría llevar a cabo tal acción en tal región (¿cuáles son los diferentes «datos» favorables y desfavorables, incluidos aquellos que apenas parecen tener interés «científico», pero que pueden tenerlo estratégico?), los geógrafos han quedado reducidos a preguntarse cómo se han situado históricamente y cómo se combina cierto número de factores físicos y humanos, aunque sólo aquellos a los que se había convenido en dar un interés «científico» (en función del ejemplo de los maestros). De ahí las enormes lagunas que caracterizan las descripciones de inspiración vidaliana.

Es evidente que las investigaciones aplicadas prescinden de un gran número de temas que la corporación de los geógrafos universitarios considera interesantes científicamente, y se refieren, en cambio, a cuestiones consideradas muy prosaicas. Al menos, en una primera época, han sido consideradas como más o menos subalternas por los maestros de la Universidad y la mayoría de ellos se han abstenido, en principio, de intervenir personalmente en ellas. Pero ahora existe realmente una auténtica competición por «arrancar» contratos de los diversos organismos gubernamentales e internacionales. Los créditos que dispensan permiten a algunos catedráticos rodearse de un «equipo» cuyo número demuestra la influencia del patrón. Sin embargo, estos contratos no son buscados únicamente por los medios financieros que procuran, al margen de la universidad o del prestigio que confieren. Permiten la puesta en práctica de medios importantes y la posibilidad de reunir una abundante información, cosa imprescindible para poder abordar finalmente algunos temas cuyo interés científico es evidente.

El interés creciente que los catedráticos de la geografía universitaria ponen en los problemas de geografía aplicada les ha llevado a darse cuenta de las insuficiencias de... sus estudiantes.

En efecto, la formación que éstos recibían en el ambiente de la geografía vidaliana (y sobre todo en función de las futuras tareas de enseñanza) les hacía poco aptos para participar últimamente en investigaciones de geografía aplicada. De igual manera,

organismos como la D.A.T.A.R., cuya actividad está dedicada en gran parte al análisis geográfico, en función de una política de ordenación del territorio, siguen empleando pocos geógrafos y muchos economistas. A ello se debe que los maestros de la geografía universitaria abandonen las antiguas prevenciones respecto a las ciencias sociales para incitar a sus alumnos a competir con los sociólogos y los economistas, imitando sus métodos.

Así pues, los límites que imponía la reproducción del modelo vidaliano, la barrera que se había esforzado en levantar del lado de las ciencias sociales, están hoy cada vez más ampliamente superados, sin que por ello los defensores de esta corriente «modernista» emprendan una crítica a fondo de la geografía llamada «tradicional» y, sobre todo, sin que acaben de plantearse ciertos problemas epistemológicos fundamentales.

Las necesidades de investigación de geografía aplicada han llevado en buena parte a un conjunto de reflexiones y de trabajos teóricos que pronto ha sido bautizado «New Geography», principalmente en los Estados Unidos y otros países en que la geografía escolar y universitaria no se había desarrollado mucho. Esta ha sido presentada por sus partidarios como el resultado de una ruptura epistemológica respecto al discurso literario y subjetivo de la geografía «tradicional» y como el paso de la geografía al rango de las ciencias exactas. En efecto, esta «New Geography», que también se llama «geografía cuantitativa», está basada en la formulación matemática de sus razonamientos y en una formalización muy profunda, en términos de modelo matemático. En la misma medida que el discurso de la geografía universitaria podía privilegiar el examen de algunos factores considerados científicamente interesantes, y podía evocar sus combinaciones en términos cualitativos, los métodos de la geografía aplicada obligan a tomar en consideración un elevadísimo número de factores: no solamente hay que disponer para cada uno de ellos de un gran número de datos estadísticos convenientemente repartidos en el espacio y en el tiempo, sino establecer también un sistema de ponderación de sus papeles respectivos para llegar a la presentación estadística del resultado de sus interacciones en

las diferentes casillas trazadas en el mapa del espacio en cuestión. Por tratar un gran número de datos, los métodos de análisis factorial necesitan potentes ordenadores.

Esta geografía «moderna», procedente de la otra orilla del Atlántico, orgullosa de sus formulaciones matemáticas y del recurso sistemático a los ordenadores, tiene mucho prestigio. El clan de sus adeptos se piensa que las reticencias que provoca entre los herederos de la escuela geográfica francesa, cuyo renombre se marchita, se deben a la debilidad de su nivel matemático. La geografía «aplicada», la geografía «cuantitativa», la New Geography, ¿resolverán por sí solas en la medida en que se propaguen (en Francia sólo influyen todavía a una pequeña minoría de universitarios), los problemas de la geografía?

¿GEOGRAFOS MAS O MENOS PROLETARIZADOS PARA INVESTIGACIONES PARCELARIAS CONFISCADAS POR EL PODER?

Para los geógrafos encerrados hasta ahora en su función ideológica profesoral, la investigación aplicada es la posibilidad de sentirse útiles en algo, sentimiento muy profundo en algunos de ellos. ¿Tienen la sensación de reanudar la tradición de los geógrafos y de restablecer simultáneamente unas relaciones con el poder y unas relaciones entre saber y acción? ¿Es el hecho de que la geografía sea una representación del mundo lo que les incita a jugar un poco a demiurgos?

Lo que seduce a la mayoría de los geógrafos en la geografía «aplicada» es la ocasión de dejar de ser «profesores» y de tener otros interlocutores que los estudiantes o los alumnos; la geografía «cuantitativa», todavía más prestigiosa, tendría aún más adeptos de no ser por la dificultad de las matemáticas.

La experiencia que procura la multiplicación de las investigaciones de geografía «aplicada», sacando a los geógrafos de la función ideológica en que están encerrados, ¿puede permitirles resolver los problemas de la geografía, es decir, no sólo los problemas de los geógrafos en el plano de la producción de las ideas, sino también el problema del saber geográfico, el saber pensar el espacio en el seno de la Sociedad? En el actual estado de cosas, seguro que no. En primer lugar, si bien se puede hablar de manera general de la «geografía aplicada» como de un

conjunto de investigaciones, no hay que olvidar que se trata, concretamente, de una multiplicidad de investigaciones que no están coordinadas al nivel de quienes las efectúan; y no es porque se refieran, cosa inevitable, a problemas extremadamente variados y a espacios de dimensión extremadamente dispar (desde la monografía de aldea o de explotación agrícola hasta el estudio referido a varios millones de kilómetros cuadrados, como en el caso de los problemas del Sabel), ni porque sean efectuadas por un gran número de investigadores que casi siempre intervienen en tareas relativamente limitadas.

Es cierto que estos investigadores disponen de medios materiales y de facilidades de información que no tendrían para una investigación universitaria, pero por los términos del contrato que han firmado ya no son libres de llevar la investigación a su gusto ni, sobre todo, de dar a conocer los resultados. Estos pertenecen por contrato al administrador, a la oficina de estudios, a la empresa, al organismo internacional, que se reservan el derecho de mantenerlos secretos o de difundirlos de manera más o menos confidencial. Es muy baja la proporción de los trabajos de geografía aplicada que son objeto de publicación.

Por las mismas razones, la mayoría de los geógrafos que participan en investigaciones de este tipo se ignoran entre sí y, sobre todo, cosa que es más grave, no pueden comunicarse los resultados de sus investigaciones ni comparar sus métodos. Algunos investigadores ni siquiera acaban de saber qué utilización se dará efectivamente a su trabajo. Así pues, la experiencia que puede sacar cada geógrafo comprometido en este tipo de investigación se halla limitada y sin capacidad de producir efectos.

La investigación «aplicada» se convierte en un mercado donde unos y otros intentan situarse y hacerse ver de la mejor manera posible por los dadores de fondos. Apenas se habla entre colegas de los contratos obtenidos, pues no se quiere explicar la remuneración que se ha cobrado ni indicar a los demás el camino seguido para obtenerla. Se evita especialmente dar a conocer los resultados de una investigación, a menos que se esté debidamente autorizado por el organismo propietario, pues se teme, si no un

proceso, sí al menos que esta indiscreción comprometa para siempre la ocasión de obtener nuevos contratos... Incluso cuando unos investigadores se han reagrupado en un gran organismo de investigación aplicada como el O.R.S.T.O.M. (Oficina de la investigación científica y técnica de ultramar), es sabido que están sometidos a un control muy estricto y que sus trabajos son objeto de una difusión muy restringida.

A diferencia de la investigación universitaria cuyos resultados se publican normalmente bajo el nombre de quien los ha obtenido —y esta personalización de las ideas producidas cuenta mucho al igual que para todos los intelectuales—, la investigación en geografía aplicada siría al investigador en un estatuto muy diferente, el de todos los asalariados que pierden todo derecho sobre los frutos de su trabajo tan pronto como han sido pagados. Se trata, en el fondo, de una especie de proletarización. Es cierto que esto apenas ocurre en el caso de los que son universitarios de elevado rango, pero el término no es en absoluto exagerado para los estudiantes más o menos avanzados que son utilizados a menudo como mano de obra por el «patrón-profesor» que ha firmado el contrato. El sistema jerárquico universitario, construido sobre la base de relación de dominación y de dependencia en el plano del saber, comienza a combinarse con auténticas relaciones de explotación.

Poco a poco, el conjunto de las actividades de investigaciones tiende a ser realizado únicamente en condiciones que impiden la difusión de sus resultados: únicamente investigando *por cuenta* de tal o cual organismo se puede disponer no únicamente de determinados medios materiales sino sobre todo de la posibilidad de acceder a la información.

Es cierto que un determinado número de trabajos de geografía aplicada, que han gozado de medios considerables, son objeto de publicación por el organismo que los había financiado, bajo el nombre de quien ha dirigido las investigaciones (y sin olvidar los de quienes han participado en ellas). Muy bien, pero con ello se encuentran prácticamente descalificados unos trabajos universitarios que han sido efectuados individualmente, sin la ayuda

de un personal numeroso, sin ordenador y sobre todo sin posibilidad de acceder a una documentación que los organismos estatales reservan cada vez más a las investigaciones que pueden controlar directamente.

El desarrollo de las investigaciones de la geografía cuantitativa va en el mismo sentido; implica una masa de datos estadísticos y de medios de tratamiento muy costosos. Unos y otros dependen en la práctica del aparato de Estado o de las grandes firmas. Lo que implica que esta «New Geography» cuantitativa, respecto a la cual la geografía tradicional parece ridícula, queda prácticamente vedada para los investigadores que no son del gusto de los detentadores del poder.

Es evidente que la puesta en práctica de los métodos de análisis cuantitativo hace indispensable un esfuerzo de clarificación teórica. La utilización sistemática de los ordenadores y de unas reservas de datos considerables reunidos para múltiples fines permite disponer con gran rapidez de informaciones muy precisas en cuanto a las configuraciones espaciales de un grandísimo número de conjuntos y subconjuntos y a sus relaciones. Pero el progreso de los métodos de análisis espacial y el desarrollo de la geografía «aplicada» provocan, contradictoriamente, una transformación del estatuto de los geógrafos y del papel de sus investigaciones. La posición universitaria de intelectual independiente, que vincula su nombre a los resultados de una investigación que ha elegido y realizado en tanto que obra científica personal (y en ocasiones obra maestra), que puede dar a conocer con mayor o menor amplitud, tiende a sustituirse por un estado de empleado, de técnico científico bajo contrato, a menudo a título temporero, para efectuar anónimamente una investigación más o menos parcelaria por cuenta de un organismo público o privado que determina su objeto y su marco espacial y que posee los resultados a título de propiedad exclusiva.

Mientras que los resultados de las investigaciones científicas y técnicas, por ejemplo en física, química, electrónica, etc., incluidas las efectuadas en el marco de las empresas privadas, son objeto de numerosas publicaciones (después, claro está, del re-

gistro de la propiedad industrial), cosa que permite a cada investigador situar su investigación muy especializada en el marco de la disciplina que le concierne (esta circulación de ideas corresponde, además, a los intereses de las empresas), la gran mayoría de los trabajos de geografía aplicada son confidenciales, precisamente porque se trata de análisis espacial.

En efecto, mientras los fenómenos económicos y sociales son objeto de abundantes publicaciones y estadísticas, desde el momento en que se trata de análisis sectoriales referidos al conjunto de las circunscripciones del Estado, el análisis de la situación global de tal región o de tal lugar (y más aún los proyectos referentes a tal parte del territorio) son confidenciales, bajo el pretexto de que cada uno de ellos sólo interesa a un reducidísimo número de personas. En realidad, se debe especialmente a que los resultados de estas investigaciones constituyen informaciones eminentemente políticas; que estas informaciones sean confidenciales no se debe tanto al deseo de evitar su difusión en los medios «científicos» como al de evitar que los grupos de poblaciones que viven en tal lugar, en tal región que ha constituido el objeto de estas investigaciones, las conozcan por algún canal. Para los «encuestados» situados en unas situaciones cuyas características y cuyos factores no perciben totalmente, los resultados de estas investigaciones tendrían una importancia considerable: les permitirían ver mejor lo que pasa concretamente en ellos y estar informados de lo que puede pasar.

Por dicho motivo, todas estas historias de geografía «aplicada» y «cuantitativa» no conciernen únicamente a los geógrafos (y a los que los emplean), sino a todos los ciudadanos. Es grave para el desarrollo de una sociedad democrática que sea únicamente la minoría en el poder la conocedora de cómo la situación se transforma concretamente en las múltiples partes del territorio y de cómo se puede intervenir en estos cambios.

La geografía «aplicada» o la geografía «cuantitativa» no deben ser discutidas por sus condiciones intrínsecas; la orientación de la primera y los métodos de la segunda son indiscutiblemente

te positivos y, por otra parte, no es posible frenar su desarrollo. Pero deben denunciarse sus ineluctables consecuencias políticas: el hecho de que estén orientadas en función de las exclusivas preocupaciones del poder y de que sus resultados sean apropiados por quienes poseen las palancas de mando de las organizaciones burocráticas y financieras confiere simultáneamente un papel especialmente importante a la investigación universitaria (pese a sus insuficiencias), en la medida en que sus resultados son no solamente publicados y discutidos entre «especialistas» sino que pueden alcanzar también por diferentes canales círculos mucho más amplios.

Alguien puede objetar que a partir del hecho de que la geografía produce un saber estratégico es irremediable que la minoría en el poder acapare este saber. ¿Acaso, tradicionalmente, antes del desarrollo de la «geografía de los profesores», los geógrafos no dependían directamente de los «estados mayores» y los resultados de sus trabajos no incurrían en el secreto más estricto? ¡Sí!, pero se trataba de técnicos poco numerosos, y sobre todo militares.

Hoy es muy diferente: los «estados mayores» militares, administrativos y financieros siguen teniendo sus propios servicios de investigación, de documentación geográfica, encargados de las tareas más especiales. Pero ahora existe un número de geógrafos mucho mayor que antes, y, sobre todo, la mayoría de ellos posee el estatuto social de universitario, de científico, y ya no depende directa y totalmente de los «estados mayores». Debido al aumento del número de estudiantes, la cantidad de geógrafos que enseñan en la Universidad ha crecido rápidamente en los últimos años —en Francia, y refiriéndome únicamente a los enseñantes titulares, eran 23 en 1920, 71 en 1955, 544 en 1972— y ellos son los que efectúan una buena parte de las investigaciones de geografía aplicada, los que dirigen los diferentes servicios de la administración o los organismos privados. Estos geógrafos, rodeados de los discípulos más jóvenes, de los estudiantes más o menos avanzados, están en el seno de la Universidad, que ya no se limita a ser como antes una máquina

de fabricar profesores; el aumento del número de estudiantes, el papel de los medios de información, la evolución política la han convertido asimismo en uno de los principales lugares de discusiones y de contestación. Es necesario, por tanto, que los geógrafos tomen consciencia de los problemas que plantea la evolución de la investigación: en beneficio propio, por esta tendencia a la «proletarización», y también, de todos los ciudadanos, por las consecuencias del acaparamiento de los resultados en beneficio de unos pocos.

Es inevitable que los geógrafos tengan relaciones con el poder, y estas relaciones son necesarias para que la geografía no sea únicamente un discurso ideológico y aparezca en tanto que saber estratégico. Pero estas relaciones no tienen que ser necesariamente serviles, pueden ser contradictorias y, en algunos casos, antagónicas.

Para algunas personas plantearse el problema de la ciencia y del poder conduce a invocar la necesidad de un cambio radical y absoluto del conjunto de la sociedad, y, en especial, la supresión de una de las formas básicas de la organización social, la división del trabajo. Una vez dicho eso, como no es algo que tenga que ocurrir mañana, ya no hacen nada...

Pero más que esperar que sobrevengan las condiciones de un cambio total es importante dar desde ahora un primer paso. Es especialmente importante en el caso de la geografía, porque puede ser un saber estratégico y porque se multiplican rápidamente en favor del poder las investigaciones geográficas cuyo carácter estratégico es evidente.

Conviene preguntarse por qué la geografía «aplicada» se desarrolla cada vez más desde hace dos o tres décadas. No es únicamente el resultado de una moda de los dirigentes o el efecto del celo de los geógrafos en contribuir al bien público.

Es cierto que se puede decir que desde el momento en que se trazan caminos, ferrocarriles o se crean ciudades, se hace geografía «aplicada», y que son principalmente los militares, los ingenieros, los hombres de negocios, los que han acumulado un conjunto de informaciones, de mapas y de razonamientos para dominar el espacio y actuar. Esta fase, que corresponde al des-

cubrimiento y a la organización de espacios hasta entonces mal conocidos y mal controlados por quienes detentan el poder, ha ido cambiando lentamente en la mayoría de los países. (Duró hasta fines del siglo XIX en los «países nuevos», hasta la mitad del siglo XX en la U.R.S.S., y está en su apogeo en China.)

Hoy, en la mayoría de países, las investigaciones de «geografía aplicada» recaen principalmente sobre espacios donde desde hace algún tiempo se *manifiestan dificultades* de tipo vario. Esta «manifestación de dificultades» es una expresión ambigua que encubre relaciones de causalidad complejas: bien sea que el gobierno se siente obligado a «considerar» unos fenómenos ya antiguos, debido a su brutal agravación, debido a una toma de conciencia casi general, bien que los dirigentes entiendan que una determinada región «sufre» un problema «específico», que, en realidad, es mucho más general. En cualquier caso, las investigaciones de geografía están directa o indirectamente en función de «problemas», de «dificultades», de «malestares», de «desequilibrios» que el gobierno debe resolver y superar. Hay que observar que estas investigaciones ya no corren directamente a cargo de los administrativos, de los políticos o de los prácticos, sino que son obra de los «especialistas», geógrafos (convertidos en ocasiones en planificadores espaciales) que tienen un estatuto de «científicos». Estos son ajenos, en gran medida, a los organismos políticos y administrativos para quienes se realizan esos estudios y que tendrán, al menos en principio, que tomar unas decisiones en consecuencia.

Este recurso a «científicos» que no deben tomar la decisión política ni decidir acerca de las prescripciones técnicas, traduce en los detentadores del poder (todos a un tiempo):

— la necesidad de tener una idea precisa de la situación cuando aparezcan dificultades nuevas cuyas causas no se acaban de entender;

— la idea de que un análisis «científico» puede ayudar sin la menor duda a encontrar una solución y que una mejor «ordenación» del espacio puede ser un remedio;

— el deseo de una coartada: para hacer creer que uno se ocupa de un problema, se decide efectuar una investigación;

— la preocupación de disimular bajo unas razones de interés general expuestas científicamente (por ejemplo, las desigualdades regionales) unas estrategias muy lucrativas para determinados intereses particulares.

Ocurre también que, en la mayoría de países, los problemas y las dificultades proliferan y varían según los lugares. Como las cosas evolucionan con rapidez, hay que hacer nuevas investigaciones.

Es importante darse cuenta de que estas investigaciones que se multiplican son realizadas separadamente en toda una serie de lugares y de regiones, sobre unos problemas muy diferentes, por unos geógrafos que se desconocen, para unos organismos diferentes que, en cambio, sí que están directa o indirectamente en contacto recíproco. En realidad, estas investigaciones van unidas a la multiplicación de las tensiones, de las dificultades dispares, de los desequilibrios variados. Se manifiestan en unas regiones cada vez más numerosas de la superficie del globo, ya no uniformemente sino de una manera cada vez más diferenciada. La mejor manera de explicar globalmente la aparición y el empeoramiento de todos estos síntomas negativos en la mayoría de los países es plantear la hipótesis de una *crisis* que toma formas diferentes según los lugares. Según los casos observados y las tendencias ideológicas, se sitúa de entrada como manifestación capital de esta crisis:

— bien la destrucción de la biosfera por los resultados de un crecimiento industrial que lleva un siglo de crecimiento y que ha tomado una amplitud considerable en las dos últimas décadas;

— bien la degradación de las potencialidades alimenticias en los sectores del mundo donde vive la mayor parte de la humanidad;

— bien el desencadenamiento desde hace unos treinta años

en gran número de países de un crecimiento demográfico prodigioso que hará cuadruplicar el número de hombres en menos de un siglo;

— bien la extensión y la acumulación de enormes aglomeraciones urbanas en las que se concentran los bienes, los servicios y las poblaciones;

— bien la acentuación dramática de las desigualdades entre los hombres que viven en las diferentes regiones del mundo, entre las cuales cada vez son más estrechas las relaciones de dominación y de dependencia;

— bien el enfrentamiento directo o indirecto de las grandes potencias que intentan ampliar los espacios sobre los que ejercen su hegemonía, y que acumulan sin descanso un formidable potencial de destrucción.

Pero todos estos problemas, todos estos peligros, inéditos, aunque sólo sea por la amplitud que acaban de tomar, aparecen cada vez más relacionados entre sí. Se imponen como los síntomas principales de una crisis global. Pero por catastróficos que puedan resultar en determinados lugares, estos síntomas negativos van unidos también a unas transformaciones positivas y a un conjunto de progreso: la disminución de la mortandad y de las enfermedades, los progresos del alfabetismo, el desarrollo científico y técnico, la conquista de la independencia nacional para un gran número de pueblos dominados, los retrocesos de los métodos más arcaicos de opresión, los avances del socialismo, aun cuando éstos establezcan en nombre del progreso formas de autoridad más eficaces.

Esta crisis global procede del desarrollo de varias grandes contradicciones; no llega a ser el Apocalipsis, sino una crisis dialéctica global de dimensión planetaria que ha comenzado a perfilarse con la revolución industrial en Europa, y que se ha ampliado a medida que se desarrollaba el sistema capitalista; no deja de afectar de rebote a los países socialistas que, además, conocen sus contradicciones específicas.

Esta crisis dialéctica no sólo se acelera en el tiempo, sino

que también se desarrolla en el espacio. No se manifiesta de manera uniforme en la superficie del globo, sino que, muy al contrario, toma formas cada vez más diferenciadas aunque más estrechamente unidas entre sí. Este proceso de diferenciación todavía ha sido muy mal analizado. Se alude a él verificando, de manera extremadamente esquemática, los contrastes que existen entre los países llamados «desarrollados» y los países llamados «subdesarrollados». Pero esta diferenciación, que va unida a los efectos contradictorios de fenómenos relacionales cada vez más rápidos y acuciantes, no sólo se manifiesta a nivel planetario, en el seno del «tercer mundo» o en el de los países más industrializados, sino también en el marco de cada Estado y en el marco de las diferentes «regiones» que resulta útil distinguir en cada uno de ellos. Esta diferenciación no se señala únicamente por indicadores económicos a los cuales, gracias a los economistas, se ha adquirido la costumbre de referirse. Se manifiesta también en el plano de cada uno de los diferentes grandes tipos de contradicciones que se considera útil distinguir (por ejemplo, las contradicciones demográficas, las contradicciones polución, las contradicciones políticas, etc.). Su propagación y sus interacciones ya no se efectúan únicamente en unas formas de organización económica y social ya muy diferenciadas, sino también en un espacio en el que la diversidad de las condiciones naturales y ecológicas es todavía más compleja debido a las transformaciones provocadas por los métodos de explotación practicados en él. Para entender los diferentes aspectos de este encabalgamiento, cuyos elementos conocen ritmos de evolución más o menos rápidos, hay que distinguir varios niveles de análisis espacial, pues las contradicciones no se manifiestan de igual manera cuando son estudiadas a gran escala en un espacio limitado (tal como la gente las sufre directamente) que a una escala menor, en que deben ser entendidas de manera más abstracta.

En este campo de investigación todo está por hacer, pues si bien somos capaces de verificar algunos aspectos de la diferenciación, en el plano de tal o cual contradicción, todavía estamos

lejos de entender cómo funciona, en el espacio, este proceso diferencial global. ¿Por qué un lugar, una región, un país, está más o menos afectado que el espacio vecino por una determinada combinación de estas contradicciones diferenciadas? No sabemos gran cosa sobre todo esto, a excepción de algunos casos muy concretos, y tampoco disponemos todavía de un método aproximativo o de un instrumental conceptual ni siquiera rudimentario.

**¡MUERA LA GEOGRAFIA TECNOCRATICA!...»
ES MUY FACIL DE DECIR**

Para entender cómo evolucionan las formas de diferenciación espacial de la crisis dialéctica global, no sirve demasiado pensar en la investigación «aplicada» ni en la investigación «cuantitativa». Por muy perceptibles que sean, la mayoría de los síntomas de esta crisis son demasiado mal conocidos como para que podamos cuantificarlos en unas superficies suficientemente amplias. Por otra parte, el conjunto de las reflexiones teóricas indispensables para construir el instrumental conceptual necesario para el desvelamiento de este problema no será verosíblemente asumido por unos contratos de investigación «aplicada»; y aunque así fuera, es más que probable que los resultados de esta investigación teórica no serían publicados, o, en el caso de serlo, deberían ser objeto de profundas críticas y discusiones. La construcción de este instrumental conceptual es tanto más necesaria cuanto que el disponible por los geógrafos es pobrísimo, teniendo en cuenta las tradiciones de carencias epistemológicas de esta disciplina. Y aunque dispusieran de un bagaje teórico sustancial, como en otras disciplinas, también deberían hacer el esfuerzo de transformarlo para que pudiera aprehender convenientemente, a diferentes niveles de análisis espacial, las interacciones de unos fenómenos tan nuevos y en una evolución tan rápida. Pero este trabajo de discusión teórica, que en geografía tendrá al me-

nos la ventaja de no ir demasiado cargado con la exégesis de textos ilustres (cuando no sagrados), no puede progresar si no es emprendido en relación estrecha con el trabajo «de campo». La diversidad de los fenómenos percibidos por el procedimiento empírico permite modificar y poner en cuestión el instrumental teórico, que a su vez permite organizar la observación de los hechos. Así pues, siempre que sea posible, el trabajo de construcción teórica debe ir unido a la práctica, incluso en el marco de investigaciones de geografía «aplicada».

Todo eso muestra la importancia de unas tareas que no pueden ser asumidas por los contratos de la geografía «aplicada», ni por los medios de la geografía «cuantitativa», y cuya responsabilidad asume en cierto modo la investigación de tipo universitario, pese a la insuficiencia de sus medios y su dispersión sobre otros temas de investigaciones.

Para los geógrafos que se atribuyen, o se atribuirán, como tarea contribuir a la comprensión de esta crisis global, explicando la diversidad de sus aspectos, las motivaciones no son estrictamente «científicas». Esta preocupación por los problemas mayores de nuestro tiempo va estrechamente unida a unas preocupaciones políticas. Es también la preocupación por ser de alguna utilidad a los demás hombres. Se trata en cierto modo de una investigación científica militante, inscribese en el marco universitario o en el de la geografía aplicada.

En la medida en que puede explicar la situación actual a nivel mundial, con su multiplicidad de tensiones, de enfrentamientos, de desequilibrios, de distorsiones, con sus múltiples contradicciones, como una situación de crisis dialéctica global; en la medida en que estas contradicciones van unidas al desarrollo del sistema capitalista, el análisis de tipo marxista se impone cada vez más claramente como la mejor explicación, no sólo en un plano global sino también en la diversidad de sus aspectos regionales.

Evidentemente, los geógrafos pertenecientes a la corriente llamada «modernista», que también se puede denominar tecnocrática, son los mejor situados en la carrera de los contratos

de «geografía aplicada». Pero los geógrafos de influencia marxista tampoco hacen ascos a los contratos y no siempre están proscritos en las oficinas de estudios y en los organismos que encargan las investigaciones, sobre todo en aquellos donde hay un director lúcido.

Cabe decir incluso que, muchas veces, cuanto más corresponde el objeto de la investigación a tensiones políticas graves mayor es el número de geógrafos marxistas (de sociólogos marxistas, de urbanistas marxistas) que obtienen el contrato de investigaciones que permitirá su análisis.

Claro está, no se confían estas investigaciones de manera deliberada a los marxistas, que aparecen más o menos marxianos en la exposición de su programa de investigaciones, pero su problemática se impone como la más eficaz, como la más pertinente y, por otra parte, la encuesta de un investigador marxista no tarda en alcanzar la simpatía de la población estudiada: gracias a todo ello, los resultados son mejores...

Sin embargo, las investigaciones de una buena parte de los geógrafos marxistas no se efectúan en función de contratos, sino en el marco del sistema universitario; si bien no siempre la preparación de una tesis se combina con unas actividades políticas, sí, al menos, lo hace con la expresión de una simpatía política hacia las poblaciones estudiadas. A raíz de su publicación, los resultados de estos análisis marxistas comienzan desde hace unos años a ser menos oscuros respecto a la problemática que los ha inspirado. Esta tendencia aparece todavía más pronunciada en los sociólogos y etnólogos que proclaman su oposición radical al sistema capitalista y al imperialismo.

Es evidente que estas declaraciones son audaces (aunque sólo procuren a sus autores pequeñas molestias, al menos en el estado actual del sistema universitario de las democracias liberales; en otros lugares, está claro que los riesgos son mucho mayores), pretenden ser ejemplares contribuciones de intelectuales a la lucha de clases. A primera vista, diríase que la audiencia de estas obras no debería superar los límites del público universitario «de izquierda», preocupado sobre todo por la problemática

y la teoría y tan poco atento a las informaciones que contienen como a las realidades concretas. En lo que se refiere a la teorización, los geógrafos marxistas están lejos de alcanzar las sutilezas y los virtuosismos de los sociólogos. ¿Podría decirse que estas obras no parecen tener otra función que la de contribuir algo, involuntariamente, a la transformación del marxismo en un discurso de tipo universitario, reservado a unos intelectuales lo bastante instruidos en las obras de Marx, de Lenin, de Rosa Luxemburgo como para poder figurar dignamente en las exégesis polémicas con que se enfrentan los defensores de los diferentes grupos rivales?

En realidad, todos los libros y artículos de geografía, y de manera especial los que se refieren explícitamente al marxismo, tienen otros lectores, y mucho más atentos, que los de los medios universitarios «de izquierda». Se trata de los servicios de documentación de los grandes aparatos de Estado y de los principales grupos capitalistas. Todo lo que es producción de ideas, de informaciones, manera nueva de aprehender un problema, es descuartizado, fichado y colocado en los ordenadores que permiten reunir, dividir y combinar casi instantáneamente elementos de saber procedentes de fuentes extremadamente diferentes.

Hay que darse cuenta de que las monografías que geógrafos, antropólogos y sociólogos han dedicado a tales o cuales poblaciones del tercer mundo, a un grupo étnico, a una tribu, a una región, a un barrio, a un suburbio, etc., constituyen informaciones de considerable interés para los servicios de informaciones políticas y militares de las grandes potencias, con la C.I.A. y el Pentágono, evidentemente, en primerísimo lugar. Estas informaciones, almacenadas desde hace tiempo y sistemáticamente actualizadas, permitirían, si fuera necesario, intervenir eficaz y rápidamente en cualquier punto del mundo.

No se trata únicamente de intervenir en las regiones mal conocidas del tercer mundo, sino en el propio seno de las grandes aglomeraciones de los países más industrializados. De este modo, en los últimos años, los estallidos de rebelión en gran

número de ciudades americanas de los *ghettos* negros han ido seguidos de una aparición masiva de estudios sociológicos, psicológicos, geográficos y económicos, y ello gracias a los créditos concedidos por el gobierno federal y diversas fundaciones. Los investigadores «de izquierda» han aportado al análisis del problema una contribución mayor, debido a su simpatía hacia la causa de los negros, a las relaciones que mantenían en los *ghettos* y también debido a su problemática. Estos científicos progresistas han trabajado sin regatear esfuerzos para denunciar la segregación racial, pero al mismo tiempo han ofrecido al gobierno de los Estados Unidos las informaciones que le han permitido elaborar contra los movimientos negros una estrategia (económica, social, financiera y policíaca...) relativamente eficaz.

Hoy más que nunca, el saber es una forma de poder, y todo lo referente al análisis espacial debe ser considerado peligroso, pues la geografía sirve fundamentalmente para hacer la guerra. No sólo en el pasado sino también hoy, y probablemente más que nunca; así, por ejemplo, han sido las investigaciones teóricas de la *New Geography*, donde los geógrafos de extrema izquierda han desempeñado un papel muy importante, las que han permitido el perfeccionamiento de las técnicas de cartografía automática y su aplicación en lo que se ha denominado la «guerra electrónica» del Vietnam: el ordenador establece de manera casi instantánea los mapas de todos los movimientos detectados por los instrumentos automáticos. Eso permite unas intervenciones extremadamente rápidas.

De igual manera, el análisis de las formas de diferenciación espacial de la crisis constituye un saber estratégico extremadamente útil y por consiguiente extremadamente peligroso. Pese a su repugnancia ideológica respecto al marxismo, los dirigentes de las grandes firmas y de los grandes aparatos de Estado capitalista son también «realistas». Recuerdan, por ejemplo, que pudieron frenar las crisis clásicas de superproducción a partir del momento en que el Dr. Keynes aceptó implícitamente el análisis de Marx para proponer una estrategia «anticíclica», y se dieron cuenta de que la reforma agraria reclamada desde hace

tanto tiempo por las fuerzas de izquierda en numerosos países tampoco funcionaría mal. En realidad, los dirigentes de los aparatos de Estado y los grandes grupos capitalistas necesitan cada vez más un análisis marxista, aunque sólo sea para entender el «terreno» y las intenciones del adversario. Pero les resulta muy difícil, por razones evidentes de estrategia ideológica, incitar a los que trabajan para ellos a asimilar el marxismo para poder analizar eficazmente las situaciones y sus evoluciones contradictorias. Por dicho motivo, es necesario, para los que hemos convenido en llamar los estados mayores, si no apelar a unos investigadores marxistas, sí, al menos, dejarles producir para utilizar sus trabajos.

De manera más o menos consciente, para intentar conjurar esta «utilización» de sus investigaciones, desde hace unos años, geógrafos, sociólogos y antropólogos marxistas inician sus obras con las proclamas anticapitalistas y antiimperialistas más radicales, como si éstas pudieran disuadir a los agentes del poder de tomar en consideración los resultados de unas investigaciones que llegan después de tales afirmaciones revolucionarias. Pero estas proclamas no modifican en nada el hecho de que las investigaciones en ciencias sociales y en geografía ofrezcan a las minorías dirigentes unas informaciones aún más preciosas porque proceden de un análisis marxista. Aunque no sea inútil, es fácil proclamar, sustancialmente: «¡Muera la geografía tecnocrática!». Sin embargo, es difícil no hacerla. En efecto, no se trata tanto de un problema moral, planteado únicamente al nivel del investigador en sus relaciones con el poder, como del control, de la reagrupación, por la minoría en el poder, de unas informaciones y de unos hechos que conciernen a todos los ciudadanos.

Este problema afecta evidentemente al conjunto de los que participan en las actividades de investigación, sobre todo en el campo de las ciencias sociales. Pero se plantea en términos especiales para la geografía, pues la parte politizada de la opinión, vigilante respecto a unas informaciones económicas y sociales, no percibe en absoluto la importancia estratégica del saber relativo al espacio y se despreocupa de él. Esto favorece conside-

rablemente el proceso tecnocrático y el acaparamiento del saber por unos pocos.

Este problema concierne, en realidad, a todos los geógrafos, pero de momento todavía no se lo plantean de manera seria ni siquiera aquellos que deberían estar particularmente atentos a las contradicciones entre el interés general y los manejos del grupo en el poder. No será con los términos extremadamente simplistas y cómodos con que lo evocan como podrán resolverlo. No basta que una investigación esté situada bajo los auspicios de Marx para que resuelva el problema y para que *ipso facto* sea contraria a los intereses de los detentadores del poder; esto es así en los países donde el marxismo sigue siendo patrimonio de la oposición; con mayor razón, pues, en aquellos en que es dominante.

LAS MUJERES Y LOS HOMBRES QUE SON «OBJETO» DE ESTUDIOS

Los geógrafos, al menos aquellos que se interrogan por razones políticas, morales o religiosas acerca del papel que desempeñan respecto a otros hombres, deben darse cuenta de que están en una grave contradicción.

En efecto, el problema no está únicamente entre el investigador y el poder sino entre el investigador, el poder y los que viven en el espacio a que se refiere la investigación, es decir, los hombres y las mujeres que son, como suele decirse, «objetos» de estudio. El geógrafo debe ser muy consciente de que al analizar los espacios ofrece al poder informaciones que permiten actuar sobre los hombres que viven en esos espacios. La contradicción puede esquematizarse de la siguiente manera: cuanto más capaz de aprehender unas realidades ha sido una investigación (y, en especial, cuanto mejor explica las diversas contradicciones, refiriéndose más o menos explícitamente a un análisis marxista) mayor es el valor científico de esta investigación y de más preciosas informaciones dispondrá el poder para actuar de manera eficaz sobre el grupo estudiado: teóricamente, esto redundaría en el bien de éste o en función del interés general, pero, en la práctica casi siempre ocurre al revés.

Así pues, el geógrafo debería preguntarse para qué puede servir y en qué contexto político se inscribe la investigación que

emprende o que se le pide que emprenda; debería incluso rechazarla (al menos rechazar la entrega de los resultados) en los casos en que, de manera manifiesta, las informaciones que proporciona sirvan para expoliar o apiastar una población, en especial aquella que ha estudiado.

Es preciso que el geógrafo comprenda que, en realidad, no es un *voyeur* impotente sino, quiera o no, un *agente de información* al servicio del poder, y nada podrán hacer por modificar esta situación sus declaraciones revolucionarias o sus preocupaciones morales. Es preciso que comprenda que su investigación puede tener consecuencias gravísimas, aunque presente un carácter parcial (pues sus resultados pueden combinarse con los de otras investigaciones), aunque sólo se refiera a las características físicas de un espacio (a partir de las conclusiones de los geomorfólogos respecto a la erosión, centenares de millares de personas de numerosos países fueron expulsadas de los lugares donde vivían para llevar a cabo una repoblación forestal y unos trabajos de defensa y de restauración del suelo). El geógrafo debe recordar constantemente que la geografía es un saber estratégico y que un saber estratégico es peligroso.

Este problema moral, y sobre todo político, debería ir indisolublemente unido a la práctica científica. No se plantea únicamente a quienes están más o menos influidos por el marxismo, sino a todos los que cuestionan su oficio y el papel que desempeña éste en la sociedad. Cada geógrafo debe tomar conciencia de sus responsabilidades respecto a los hombres y mujeres que viven en el espacio que estudia y que son, directa o indirectamente, «objeto» de su investigación. Cuanto más vasto es el espacio considerado, más numeroso es el grupo¹ que forman, más estudiado a pequeña escala, de manera abstracta, a través de datos estadísticos, y con mayor ímpetu parecen diluirse las responsabilidades del geógrafo: ha habido y habrá tantas otras investigaciones sobre esta región...; en tal caso, sólo

1. Este término utilizado con tanta frecuencia posee evidentemente una significación muy variable y ambigua.

su conciencia de los problemas políticos a nivel general puede llevarle a no olvidar las consecuencias políticas implícitas en sus trabajos. Insistiremos en el tema.

En cambio, cuando la investigación se realiza a gran escala, cuando se refiere a un espacio relativamente restringido donde vive un grupo de hombres y mujeres relativamente poco numeroso, el geógrafo no debería poder eludir sus responsabilidades. No obstante, es lo que hace casi siempre, pues entre él y sus encuestados se han establecido unas relaciones personales a las que debe gran parte de los resultados de su investigación: todo geógrafo «de campo» (este término tiene un valor tan importante para los geógrafos como para los militares) sabe perfectamente que no puede realizar su investigación sin la simpatía de las personas que viven allí; y además se esfuerza en suscitarla: no sólo responden a sus preguntas, le dan explicaciones, le conducen a los lugares que quiere visitar, sino que también lo acogen, lo albergan y comparten con él su comida, reservándole la mejor parte. En esta fase del trabajo «de campo», el geógrafo depende en gran medida de los hombres que habitan este espacio. Pero tanto al espacio como a los hombres los traza como un «objeto» de estudio, sobre todo cuando traduce todas esas concreciones, todas las personas que conoce, en abstracciones, en cifras, en mapas, en informaciones.

El geógrafo debe llegar a ser consciente de que estas informaciones, resultado de su investigación, permitirán a la administración, a los dirigentes de los bancos, llegado el caso al ejército... en una palabra, al poder, controlar mejor a los hombres y a las mujeres que han sido el objeto de sus investigaciones, dominarlos más profundamente, expoliarlos y en determinados casos apiastarlos. Pero casi siempre la toma de conciencia de las responsabilidades es evadida por el sentimiento de satisfacción —en el fondo se trata de una sensación de poder— que brinda la construcción de una abstracción que aprehende un espacio y las personas que viven en él.

En realidad, la simpatía, ampliamente recompensada a su vez, que les ha demostrado el geógrafo cuando estaba entre

ellos es un abuso de confianza. Pero no se trata de acomodarse a unos sentimientos de duda o de remordimiento, sino de ver la manera de superar esta contradicción. Puesto que la investigación del geógrafo culmina en la producción de un saber estratégico, puesto que puede existir una contradicción (en un plazo más o menos breve) entre los intereses de la población que ha sido el objeto de las investigaciones y los de una minoría capaz de utilizar en beneficio propio los resultados de estas investigaciones, hay que hallar el medio para que esta población disponga también del saber estratégico, a fin de que pueda organizarse mejor y defenderse.

A primera vista, este proyecto puede parecer utópico y no faltarán quienes se rían de él. ¿Cómo una «población» en su conjunto podría interesarse por unos conocimientos científicos, y en cualquier caso cómo sería capaz de asimilarlos? Si se quiere transmitir a las personas un saber que les concierne específicamente, ¿qué enseñarles que ellos ya no sepan mejor que nadie? En realidad, cabe defender que este proyecto no es tan utópico como parece, y que es indudable que en numerosos casos puede realizarse; no se trata de intentar unas «experiencias» ni de ensayar la aplicación de una idea mediante algunas recetas de animación de grupo. El esbozo de este proyecto resulta de la experiencia adquirida en un cierto número de acciones por unas personas que se vieron metidas en ellas por diferentes razones (investigación científica o actividad militante) sin una idea *a priori*. Descubrieron después (y no sin sorpresa) que grupos de hombres situados en condiciones tan diferentes como los campesinos africanos y los obreros franceses habían podido respectivamente poner en práctica de manera útil, mediante acciones al fin y al cabo políticas (fuera cual fuese su formulación), un saber resultante de una investigación que les concernía directamente, y en la que, de hecho, habían participado estrechamente.

Pues no se trata de actuar desde un principio como suele hacerse habitualmente en la «extracción» de un saber a partir de un grupo «objeto», sometido a encuesta, observado, sondeado, cuestionado en función de una problemática que ignora, e infor-

marle después de los resultados *obtenidos* por los procedimientos clásicos de la investigación, comunicarles las informaciones que se han podido «sacar» de los interrogatorios que ha sufrido. Es sintomático que la mayoría de las expresiones comúnmente utilizadas para hablar de las acciones de investigación coincidan con el vocabulario de la extracción mineral o de la investigación policíaca. Al fin y al cabo, y no se trata en absoluto de una caricatura, el problema no está en enviar al jefe de la aldea, en el caso de que sepa leer, o al responsable sindical un recorte del artículo o el libro que se ha escrito una vez en casa. Aunque esta manera de actuar —conforme al ritual de los intercambios entre universitarios—, pese a su ingenuidad (supone que la gente lee escritos redactados según los cánones del estilo científico) y su ineficacia, sea mejor que nada, significa al menos considerar a las personas con quienes se ha vivido como hombres y mujeres reales y no como unos «objetos de conocimiento».

¡Cuán diferentes serían los textos geográficos (al igual que los que se refieren a las ciencias sociales) si el investigador, antes de regresar a casa, tuviera que leerlos y explicarlos a las personas que viven en el espacio que ha estudiado y que, de una manera u otra, están vinculadas por su investigación! Pero casi nunca las personas que han acogido al geógrafo, que han contestado a sus múltiples preguntas, que le han guiado por el lugar, que le han ayudado de diferentes maneras, sabrán lo que ha sacado de ellas; en cambio, comunicará directamente (o no) todas las informaciones que ha obtenido a los que las utilizarán para situar de la mejor manera posible las fuerzas de que disponen en el territorio que ha estudiado, sobre las personas que viven en él y cuyas características, especialmente aquellas que revelan las maneras de organizarse espacialmente, ha revelado y *expuesto* la investigación. No es, pues, una metáfora la afirmación de que, gracias a este hecho, el grupo que ha sido objeto de investigación está todavía más *expuesto* a las maniobras de las fuerzas económicas y políticas que se han organizado fuertemente en unos espacios mucho más considerables. Aunque a veces queden muy lejos, quienes dirigen estas fuerzas dispo-

nen sobre el grupo y para actuar contra él de informaciones más eficaces que el propio conocimiento que el grupo posee de sí mismo. Pues este conocimiento implícito y maquinal —las diferentes maneras de utilizar el grupo su territorio— sigue todavía estrechamente confundido con unas prácticas usuales comunes a todos los miembros del grupo y circunscrito a un espacio más o menos limitado. Pese a su riqueza, y en la medida en que no ha sido transformado, este saber espontáneo no puede servirle para comprender y afrontar situaciones nuevas que proceden de empresas llevadas desde el exterior sobre espacios mucho más vastos en función de objetivos o de estrategias que siguen ocultos a la mayoría. Sin embargo, en gran parte de este conocimiento, hasta entonces informulado, vinculado a la vida cotidiana, extraerá el geógrafo mediante su encuesta, en función de una determinada problemática, las informaciones que una vez formuladas, formalizadas y cartografiadas, se convertirán en instrumentos eficaces para unas acciones que serán emprendidas sobre ese grupo, según estrategias y objetivos que ignora. Sea o no consciente de ello el geógrafo, son esas estrategias y esos objetivos los que orientan en gran medida la problemática que pone en práctica y que le incitan a interesarse por una cosa más que por otra.

Es preciso que las personas sepan el motivo de las investigaciones de que son objeto

Para que un grupo de hombres y de mujeres que viven en un espacio que será objeto, al igual que ellos, de una investigación geográfica, puedan tener conocimiento de los resultados que ofrecerá, de nada sirve recibir unos cursos *a posteriori* que les expliquen lo que son; es preciso que estén capacitados para participar en el desarrollo de la operación de producción de un saber a partir de lo que viven. Para ello, es preciso que sean puestos al corriente de las razones por las que se ha emprendido esta investigación, de lo que quizás ocurrirá entre ellos,

teniendo en cuenta lo que ocurre en otras partes y los proyectos del poder. Una de las primeras reglas de esta deontología del geógrafo de campo, que habría que imponer para que deje de ser un espía y evitarle que sea un sinvergüenza más o menos inconsciente, consistiría en que explique por qué está ahí, por qué se interesa en esto y en aquello, en tal forma de terreno o en tales maneras de regar la tierra, etc., ya que las personas se sentirían inmediatamente interesadas por los motivos de estas investigaciones pues muy pronto se darían cuenta de que es algo que les concierne en sumo grado. Se requiere poco tiempo para que el análisis geográfico se les aparezca realmente en su papel estratégico. Es evidente que esta manera de actuar plantea problemas, pues el geógrafo aparecerá como agente del poder. Pero ¿acaso no se le plantea el problema del poder acabada su investigación? ¿Quién utilizará sus resultados? De esta manera, el problema se plantea desde el principio, y en términos definitivamente políticos, en el seno del grupo «objeto de la investigación», que lo discutirá y entenderá los proyectos del poder y las contradicciones que acarrea. A partir del momento en que haya comenzado a exponer sus objetivos, el geógrafo deberá explicar y definir sus posiciones frente a las contradicciones que puede provocar la puesta en práctica de los proyectos del poder.

Es cierto que una vez revelados los objetivos de una determinada investigación al grupo que debe ser su objeto, ésta no podrá llevarse a cabo y el geógrafo deberá partir. En determinados casos, resultantes de un mal entendimiento, esto puede ser lamentable. Pero las más de las veces será para bien y gracias a ello no podrán practicarse ciertas fechorías. Pensándolo detenidamente, es totalmente justo que un grupo se niegue a ser estudiado y que se oponga a que se analice su manera de utilizar el espacio en que vive.

En cambio, los resultados de una investigación en la que un grupo ha decidido participar con conocimiento de causa son una extrema riqueza, tanto desde un punto de vista puramente científico como en el plano cultural y político. Un cierto número de ejemplos, tanto en las sociedades altamente industrializadas

como en las del tercer mundo, demuestra que no nos referimos a una utopía. Debido precisamente al carácter eminentemente estratégico del razonamiento geográfico a partir del momento en que va unido a una práctica, unos grupos relativamente poco numerosos (de unos centenares a unos millares de personas), conscientes de ocupar un espacio delimitado sobre el cual tienen unos derechos, pueden participar realmente en una investigación sobre las formas de organización espacial de sus actividades y sobre los cambios positivos y negativos susceptibles de operarse en ellas a partir del momento en que han entendido que el saber que sacan de dicha investigación les permitirá organizarse y defenderse mejor. Este saber resulta en gran medida de la transformación de la explicitación, bajo el efecto de las preguntas del geógrafo, del conocimiento colectivo de la situación local, que hasta entonces no estaba formulado. Pero el saber integra también las informaciones ofrecidas por el geógrafo sobre lo que ocurre en otras partes y sobre los fenómenos que sólo pueden ser aprehendidos tomando en consideración unos espacios mucho más extensos.

Resulta evidente que este saber no pasa al grupo en su conjunto, de la misma manera que tampoco es la totalidad del grupo la que participa en esta investigación, sino una parte de sus miembros, teniendo en cuenta sus estructuras y sus contradicciones; éstas pueden ser muy variadas y el geógrafo debe tomarlas en consideración, debido a la extrema diversidad de los grupos que puede verse obligado a diferenciar en el caso de un análisis a gran escala. Es preciso, obviamente, que cada «grupo» posea una relativa coherencia y conciencia de su mayor o menor autonomía social y espacial, en el seno de la formación social más vasta y del espacio más extenso.

Los problemas que plantea la investigación geográfica respecto a la utilización de sus resultados son bastante diferentes cuando se aplica a unos espacios mucho más vastos (región, Estado) y a unos efectivos demasiado numerosos para que el geógrafo pueda aprehenderlos de otra manera que de manera abstracta y estadística. Pero el problema de la responsabilidad de

los geógrafos también debe plantearse en el caso de las investigaciones a pequeña escala cuyos resultados tienen una no menor importancia estratégica, si bien en términos colectivos dada la multiplicidad de las investigaciones que emanan de un gran número de investigadores. La transmisión hacia lo que se ha convenido en denominar las «masas» de un saber cuya función política es muy importante globalmente sólo puede ser un proceso a largo plazo; sólo puede efectuarse bajo la influencia de quienes ejercen una acción política, si se sienten inclinados a ejercer una acción de vigilancia respecto a los problemas espaciales, y bajo la influencia de los geógrafos de la enseñanza media en la medida en que hayan tomado conciencia de la superchería que reproducen. El papel de unos y otros es fundamental. Se trata de romper la indiferencia general respecto a la geografía, considerada como un discurso pedagógico aburrido e inútil, de denunciar su función ideológica engañosa, de invitar a la vigilancia respecto a sus afirmaciones de evidencia, de denunciar con mil ejemplos la importancia del razonamiento geográfico en tanto que saber estratégico. Pero llegar a eso parece imposible cuando los alumnos de los institutos no quieren ni oír hablar de geografía y los militantes, que también han sufrido la geografía en la escuela, sólo entienden el análisis marxista en términos históricos y no prestan el menor interés a la dimensión geográfica de los fenómenos políticos. Sin embargo, no todo está perdido.

LOS ESTUDIANTES MEDIOS COMIENZAN A DAR PUNTAPIES AL BIOMBO IDEOLOGICO

Es posible que la crisis de la geografía de los profesores indique que la pantalla de humo comienza a disiparse y que la importancia estratégica de los problemas espaciales esté a punto de ser descubierta por la mayoría de personas. Resulta obvio que el hastío existente en las escuelas y en los institutos respecto a la geografía procede del malestar general de la enseñanza; pero ¿por qué motivo la geografía es tan especialmente discutida? Cabe decir que se trata de un problema bastante reciente: en el pasado, esta disciplina suscitaba un interés evidente, pese a unas prácticas pedagógicas que hoy parecen totalmente absurdas. Después provocó un cierto aburrimiento que aumentó pese a que los manuales de geografía estuvieran cada vez mejor ilustrados y adquirieran incluso la forma de revistas ilustradas. Desde hace unos años, el rechazo se manifiesta en unas actitudes que no hacen precisamente la vida fácil a los profesores de geografía. Algunos de ellos acusan a la televisión y al cine de competencia desleal, de «demagogia pedagógica», y los hacen responsables de sus males. ¿Se debe a que los medios de información muestran imágenes de todos los países, de todos los paisajes, de manera tan seductora que los alumnos, hastiados de todo, no quieren seguir «dando geografía» en clase? ¿Es realmente la geografía-espectáculo la causa principal de las dificultades de los

profesores de geografía de enseñanza media? Sin embargo, nunca se han comprado tantas «guías» y enciclopedias geográficas como ahora (en especial las que aparecen bajo forma de fascículos periódicos), aunque estas obras de éxito apenas resulten diferentes por la forma y por el fondo de los manuales tan detestados.

Mucho más que la geografía-espectáculo, con el despliegue de sus paisajes, es la actualidad que, día a día, relatan los diarios, la radio y la televisión, junto con la creciente politización de los jóvenes, la causa principal de esta crisis de la geografía.

La actualidad está constituida por una serie de acontecimientos ocurridos en las cuatro esquinas del mundo y su evocación obliga a situarlos en el país donde acaban de producirse, pero también en una cadena más o menos compleja de causalidades que, en realidad, es un razonamiento geo-político. En ocasiones puede ocurrir que un acontecimiento de geografía física se convierta en fenómeno político: el tifón de Bengala, los terremotos del Perú, la sequía del Sahel.

Es precisamente el creciente interés, y no el desinterés por lo que pasa en el conjunto del mundo lo que determina en buena parte las dificultades de los profesores de geografía. Es evidente que en el caso de la geografía la relación pedagógica ha sufrido una profunda alteración, porque el maestro ya no posee, como ocurría antes y como sigue ocurriendo en otras disciplinas, el monopolio de la información. Antiguamente, el curso de geografía, aunque fuera un discurso-catálogo que ahora parecería una caricatura inventada por colegiales izquierdistas, suscitaba interés, pues era el único que ofrecía la información; hoy, maestro y alumnos reciben al mismo tiempo, al compás de la actualidad, una masa de embarulladas informaciones geográficas. Geografía a trozos, ocasional, espectacular sin duda, pero al fin y al cabo geografía. ¿Por qué en clase los alumnos ya no quieren oír hablar de geografía? ¿Por la repetición, porque ya «está dicho»? Aseguraría que no.

La actualidad de los medios de información es un discurso político impregnado de representaciones y de causalidades que

en el fondo son geográficas; y éstos son argumentos políticos. Sin embargo, la geografía de los profesores continúa eliminando, al igual que en el pasado, la dimensión política. Ahora bien, esta eliminación no es voluntaria: la practican tanto el profesor reaccionario como los enseñantes que son, en cambio, militantes de extrema izquierda. Mientras que el discurso del historiador es espontáneamente político (de derechas... de izquierdas...), el discurso del profesor de geografía evade la política, y ello por unas razones que el enseñante no percibe pues son difíciles de entender. Para conseguirlo, sería preciso que pudiera plantear los problemas políticos en función de las múltiples configuraciones espaciales y a las diferentes escalas de espacialidad diferencial. Pero la formación que ha recibido en la Universidad, con los conceptos-obstáculos de la geografía vidaliana, se lo impide, y la falta de referencia a una práctica cualquiera, incitada por los programas de enseñanza, permite que pueda seguir ignorando ese bloqueo. Cuando quiere hablar de política, no consigue hacerlo sin distanciarse del discurso que mantiene en tanto que profesor de geografía. Al igual que el profesor, los alumnos y los estudiantes tampoco entienden cómo y por qué el discurso geográfico escolar y universitario funciona como un procedimiento de exclusión de lo político; y por ello sus reacciones son más confusas y más hostiles. Es como si se les robara algo, pero no saben qué. Cuanto más interesados están por los problemas políticos de nuestro tiempo más frustrados y más incómodos se sienten. En cuanto a los profesores, se sienten profundamente desdichados e intentan hacer la menor geografía posible y pasan a las ciencias sociales o a la ecología, que tienen el prestigio del discurso político.

En la facultad, entre los estudiantes de historia, que siguen obligados a hacer geografía, los militantes manifiestan su hostilidad en términos políticos: «¡La geografía, ciencia reaccionaria!». Comprueban que la mayoría de los enseñantes de geografía eluden la política, incluso los de «izquierda» (con lo que acaban por dudar de la sinceridad de sus opiniones). Pero ni unos ni otros entienden realmente el motivo, pues el análisis de

la espacialidad diferencial no es cosa fácil. Se presiente o se comprueba el engaño, pero todavía no se ven sus procedimientos.

En el odio, los comienzos, finalmente, de una gran polémica epistemológica

Este cuestionamiento, este odio respecto a la geografía, ya no corre a cargo únicamente de los alumnos o de los estudiantes que están obligados a estudiarla. Se manifiesta también en disciplinas universitarias en las que hasta el momento se había mirado la geografía con una total indiferencia, teñida a menudo de desdén. De unos años a esta parte, la indiferencia es sustituida, cada vez más, por una agresividad menospreciadora. Este estado de espíritu aparece principalmente en las disciplinas que han extendido y aplicado sus preocupaciones específicas a la toma en consideración del espacio: en los economistas que se han dedicado a la economía espacial y al análisis de las «regiones», en los sociólogos que, en el estudio de los problemas urbanos, dilatan el campo de su estudio mucho más allá de los barrios periféricos; en los ecólogos, tan de moda en los últimos tiempos, que se han apoderado de las relaciones hombre-naturaleza; en los urbanistas que estructuran unos espacios cada vez más considerables, y en algunos historiadores que quieren estudiar la historia inmediata (sin preocupación por el «retroceso histórico») y que también se lanzan con la geohistoria al discurso sobre el espacio. Jamás se ha escrito tanto respecto al espacio. Ahora bien, son especialmente los que ahora «explotan» diversas partes del terreno que los geógrafos creían reservado para sí (sin haber prestado gran interés a estos campos dejados hasta ahora en barbecho) quienes más hostiles se muestran respecto a la geografía. A primera vista, esta actitud podría ser el resultado de las luchas de influencia (aunque sólo fuera para repartirse los escasos presupuestos universitarios). Pero si se examinan con mayor detenimiento, las cosas no son tan sencillas. La agresividad despreciativa de numerosos especialistas de

las ciencias sociales se manifiesta tan pronto como su discurso es objeto de observaciones por parte de los geógrafos, sobre todo si proceden de geógrafos que han emprendido un análisis crítico de su disciplina y de sus carencias.

Pues, paradójicamente, muchas veces todos los brillantes discursos que sociólogos, economistas y ecólogos mantienen respecto al espacio concuerdan mucho mejor con la geografía más «tradicional», pues se refieren, sin darse cuenta, a las maneras de ver (o de no ver) que les fueron inculcadas anteriormente en la enseñanza media, y que siguen pesando sobre ellos mediante las imágenes de la geografía-espectáculo, multiplicadas por los órganos de información. Y cuando unos geógrafos comienzan a plantear un cierto número de problemas vinculados al análisis del espacio, la geografía, hasta entonces tolerada, comienza a ser recusada por los especialistas de las «ciencias peciales» en tanto que discurso pedagógico imbécil, como si no pudiera ser otra cosa que imbécil.

Pero este sentimiento de malestar respecto a la geografía, sobre todo cuando comienza a salir de la anestesia, es percibido también, y conviene no engañarse, por economistas y sociólogos valiosos, marxistas o muy inuidos por el marxismo. Es indudable que su acritud traduce en un primer momento el sospecho de descubrir que se han engañado, que los razonamientos geográficos son mucho menos elementales de lo que creían. Refleja también una sensación de inquietud; inquietud de tener que darse cuenta de que los términos vagos, y aparentemente inocentes, de que se dispone para evocar la espacialidad de los fenómenos naturales, políticos, económicos y sociales son elásticos y resbaladizos y desconciertan a unos razonamientos más dotados de rigor conceptual; inquietud de tener que comprobar que en cualquier caso, y no solamente debido a la influencia de los medios de información, se ven obligados a recurrir cada vez más a representaciones espaciales, aunque se supongan engañosas, para describir actualmente las prácticas sociales más superfusas o los fenómenos más graves. Así hay que referirse al espacio para expresar el «subdesarrollo» (plantado

en términos de *países desarrollados-países subdesarrollados*); el imperialismo es representado por la alegoría espacial del «centro» y de la «periferia». La proliferación de los términos que hacen referencia a espacios omnidimensionales, la multiplicación de las imágenes que los muestran con una gama de connotaciones extremadamente variadas, traducen la ausencia de un concepto de espacio metódicamente construido al mismo tiempo que su necesidad. Todo ocurre como si las reflexiones que habrían debido culminar en la producción de ese concepto de espacio hubieran sido bloqueadas, debido a la gravedad de la baza política e ideológica, por un rechazo colectivo e inconsciente de pensar sobre ellas. Todos sabemos cuántas polémicas ha habido y habrá en cuanto a la apropiación del espacio, tanto entre los Estados como entre los miembros de las diferentes clases, pero estas polémicas no han hecho avanzar la reflexión sobre el espacio. Ello puede deberse a que, pese a su antagonismo, los diferentes pretendientes se refieren a una misma concepción del espacio, cosa que deja totalmente de lado el problema de la espacialidad diferencial. El caso es que solamente hoy se comienza a tomar conciencia con mayor o menor claridad de que estos múltiples términos e imágenes, cómodos, indispensables o cargados de valor estético que proliferan desde hace unas cuantas décadas, forman un conjunto engañoso. Esta toma de conciencia es lo que provoca la crisis de la geografía.

Si una geografía (la de los profesores), después de haber sido olvidada durante tanto tiempo, es rechazada actualmente por los alumnos (es evidente que sus motivaciones son muy confusas) y si comienza a ser puesta en discusión por especialistas de otras disciplinas (sin que tampoco ellos lo vean muy claro), no es únicamente porque ya no parezca capaz de ofrecer una descripción del mundo que satisfaga nuestras preocupaciones actuales, sino también porque acabamos de darnos cuenta, aunque todavía muy confusamente, de que es una especie de pantalla que nos impide aprehender convenientemente unos problemas graves en sus configuraciones espaciales, y presenciamos ahora que

son una de sus características fundamentales, por ser la más estratégica.

Los órganos de información, que reproducen incansablemente las imágenes de una geografía-espectáculo o que difunden unas informaciones que proceden de todos los puntos del planeta, contribuyen ampliamente a esta toma de conciencia. Esta impregnación de la cultura social por unas imágenes espaciales y unos elementos de un saber geográfico (cosa que, históricamente es un fenómeno nuevo), procede en gran parte de los artificios de la moda y del espectáculo (incluida la orquestación del tema naturaleza-contaminación); pero traduce también la creciente amplitud de la crisis dialéctica global que cada vez se plantea más en términos geográficos.

Para los geógrafos, esta crisis de la geografía y su descrédito son conceptuados negativamente, pues parecen significar el final de su papel; esta denigración ciega es especialmente sensible y penosa para quienes enseñan geografía en los colegios y en los institutos. Y, sin embargo, esta crisis de la geografía puede tener unos efectos extremadamente positivos y no únicamente para los geógrafos. En efecto, anuncia la liquidación no de *la* geografía, sino de *una* geografía, de una forma especialmente confusa de discursos respecto al espacio, hasta el punto de aparecer como un saber totalmente inútil en el que no hay nada que entender. No resulta engañoso este discurso únicamente porque sea sobre todo (y no únicamente) el de los profesores (engañoso tanto para ellos como para quienes lo escuchan), sino por unas razones que les superan en mucho y que en realidad incumben a toda la sociedad, donde la reflexión sobre la geografía ha estado bloqueada durante tanto tiempo. La crisis de la geografía de los profesores indica que las cosas están a punto de cambiar, tanto para ellos como para todo el mundo.

SABER PENSAR EL ESPACIO PARA SABER ORGANIZARSE EN EL, PARA SABER COMBATIR EN EL

El desarrollo del proceso de espacialidad diferencial unido a las transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas, sobre todo a partir del siglo XIX, se traduce por la proliferación de toda suerte de representaciones espaciales, más o menos confusas, que tienen unos vínculos más o menos estrechos con diversas prácticas, o que son imágenes impuestas por los medios de información. El encabalgamiento en la mente de las personas de estas representaciones hace que cada vez les sea más difícil encontrarse en ellas, al mismo tiempo que resulta cada vez más necesario, aunque sólo sea debido a la multiplicación de los fenómenos relacionables. Así pues, es importante disponer de un método para ver más claro y de un instrumental de ideas para poner orden en la confusión de la espacialidad diferencial.

En primer lugar, para comenzar a salir de la vaguedad y de la confusión, cabe considerar las múltiples representaciones espaciales como otros tantos *conjuntos* (y subconjuntos) que tienen respectivamente una cierta configuración espacial. Cada uno de esos *conjuntos espaciales* está constituido por *elementos* que mantienen entre sí *relaciones* más o menos complejas.

El proceso de espacialidad diferencial corresponde a la necesidad de referirse a conjuntos cada vez más numerosos (mejor

o peor contruidos) para poder orientarse, ir a trabajar, desplazarse, distraerse, concebir una estrategia, etc. Constituyen el instrumental indispensable para pensar y para expresarse. Mientras que anteriormente cada hombre, viviendo en un régimen de autoabastecimiento, podía dar cuenta (y darse cuenta) de la mayor parte de sus prácticas, al referirse a un reducidísimo número de conjuntos espaciales (en lo esencial, el territorio de su comunidad), hoy, para vivir en sociedad, se debe utilizar un número enorme de conjuntos espaciales, mejor o peor contruidos. Se trata de un auténtico instrumental conceptual, que representa grandes diferencias de riqueza y de eficacia según los medios sociales. En las clases dirigentes es donde, por decirlo de algún modo, está mejor dotado, más diversificado y mejor estructurado. En cambio, en las categorías sociales más desfavorecidas aparece más confuso y menos diferenciado. Estas diferencias corresponden a grandes desigualdades de eficacia social. Hay quienes saben concebir su acción sobre espacios vastos, además de tener los medios para hacerlo, y existen, por otra parte, los «perdedores» que, en un sentido literal, ni siquiera saben dónde están.

Cabe imaginar una representación de estos diferentes instrumentales conceptuales, que sirven para pensar el espacio y aprehender con mayor o menor claridad la espacialidad diferencial, cartografiando o esbozando sobre una serie de hojas de papel transparente superpuestas los diferentes conjuntos espaciales que una persona, o un grupo de personas, conozca más o menos, bien porque se refieran a ellos para tal o cual práctica, bien porque los imaginen bajo la influencia de los medios de comunicación. Cada conjunto espacial que consideramos que debemos distinguir está representado en la hoja transparente por contornos más o menos precisos (y, llegado el caso, por su estructura espacial interna, cuando se caracteriza por un fenómeno de polarización). La superposición de todas las hojas, de todas estas configuraciones espaciales (cuyo trazado, por añadidura, casi siempre es muy impreciso), ofrece en transparencia una imagen bastante sugestiva del instrumental conceptual extremadamente con-

fuso de la mayor parte de las personas, respecto a todas las formas de espacialidad que no corresponden a su experiencia concreta en el marco de espacios muy limitados. Se confunden desordenadamente representaciones espaciales que corresponden a territorios cuyas dimensiones son extremadamente desiguales. De este modo se explica en buena medida esta minoría general, este comportamiento de sonámbulos canalizados por los postes indicadores, teleguidados por el control de las diferentes redes, y por todos los signos que no sólo codifican la manera de desplazarse sino también las maneras de entender el espacio.

Pero, en mayor o menor medida, es posible transformar este encabalgamiento de representaciones confusas de espacios de dimensiones extremadamente desiguales en un instrumento conceptual claramente estructurado que permita aprehender eficazmente la espacialidad diferencial. Son, en primer lugar, las exigencias de la práctica (por las lecciones extraídas, por ejemplo, de los errores de un recorrido) las que imponen la clarificación y la estructuración de un cierto número de conjuntos espaciales. Cuanto más se refiera una práctica a unas distancias considerables, más se impone a quienes afecta directamente (al menos para unas funciones de responsabilidad) la clasificación de conjuntos espaciales que hay que tomar en consideración, en función de diferentes escalas, y su articulación recíproca es el caso de los pilotos de avión, que deben combinar prácticas a gran escala (en el despegue y en el aterrizaje) con otras a escala media (para los procedimientos de aproximación) y de escala pequeñísima (para la navegación aérea). Cuanto más global sea una práctica y más se refiera a actividades muy diversificadas, más debe referirse a un conocimiento lo más claro y lo mejor articulado posible de un grandísimo número de conjuntos espaciales; cada uno de ellos corresponde a la configuración espacial de las múltiples actividades que hay que tener en cuenta. La práctica política (es decir, el ejercicio del poder) es por excelencia la que exige, desde hace mucho tiempo, referirse a una espacialidad diferencial bien estructurada, que requiere, a su vez, una delimitación muy precisa de los conjuntos espaciales

más variados. Precisamente por estas razones, desde hace siglos, las clases dirigentes encargan mapas a diferentes escalas para tener una idea precisa de los territorios sobre los que se ejerce su poder y sobre los que podría proyectarse. Se ha representado el aparato de Estado tal como se despliega en el espacio con sus diferentes estructuras de poder y de organización espacial (provincias, mercados, regiones, es decir, conjuntos y subconjuntos). Han sido necesarios otros mapas para tener una idea de la disposición de otros conjuntos espaciales cuyas configuraciones son muy dispares: las «regiones» de montañas, las «regiones» de llanuras, los bosques, las «regiones» secas, las regiones «frías», las regiones católicas, las regiones protestantes, las regiones ricas, etc. El término región, que ha perdido su inicial sentido político y militar, para indicar la extensión espacial de un conjunto cuyas características están más o menos designadas por el adjetivo (por ejemplo, las regiones áridas, es decir, el conjunto de espacios en los que se extiende la aridez y sus consecuencias). Para aquellos que ejercen el poder, la articulación de estos múltiples conjuntos espaciales (que se pueden distinguir a diferentes escalas en lo que depende de la naturaleza o de la actividad de los hombres) no se efectúa según un orden establecido en el plano del saber, ni según una cierta lógica del discurso científico, sino de manera extremadamente variada, en función de diferentes estrategias y tácticas, de los problemas que tienen que resolver, de los medios de que disponen y de los objetivos que se proponen alcanzar. Durante mucho tiempo, todos estos razonamientos han sido extremadamente empíricos, corregidos por las dificultades, el éxito o el fracaso, en las operaciones militares y la gestión del Estado. De igual manera que, durante tiempo, los capitalistas no han necesitado conocer las estructuras del sistema capitalista para hacerlo funcionar, podían invertir, vender, embolsar beneficios sin conocer la teoría de la plusvalía, tampoco quienes poseían el poder y lo ejercían sobre los diferentes tipos de espacios y sobre los hombres que se hallaban en ellos tenían que construir una teoría de la espacialidad diferencial.

En cambio, para la mayoría de los ciudadanos, cuyas activi-

dades se inscriben en varios espacios disociados (deben referirse, pues, a una multiplicidad de representaciones espaciales encabalgadas), un saber que les ayude a pensar el espacio se hace cada vez más necesario, puesto que ellos no pueden guiarse por la práctica del poder.

De igual manera que fue preciso construir un saber teórico para entender las estructuras del sistema capitalista a partir del momento en que las crisis debidas al desarrollo de sus contradicciones comenzaron a perturbar su buena marcha, y sobre todo a partir del momento en que la clase obrera necesitó un análisis teórico para emprender una acción revolucionaria,

— de igual manera que, pese a la oposición de una parte de las clases dirigentes, fue necesario que el saber leer-escribir-contar se difundiera en unas capas sociales cada vez más amplias, debido a las luchas políticas y a las exigencias de la técnica y de la práctica social,

— también será preciso, indudablemente, que se construya un saber teórico que permita explicar el proceso de espacialidad diferencial, desde la escala planetaria hasta la de la vida local.

Será preciso que tanto este saber pensar el espacio como el saber leer los mapas se difundan ampliamente, debido a las exigencias de la práctica social, puesto que los fenómenos relacionables (a corta y a larga distancia) ocupan un lugar cada vez mayor.

La construcción de este saber teórico no puede proceder de la exclusiva reflexión de los geógrafos; aunque tengan, en esta tarea, una responsabilidad principal. Aprender a pensar el espacio no es únicamente cosa de profesores de geografía, aunque su papel pueda ser importante y el de los medios de información no lo sea menos.

Es evidente, sin embargo, que para avanzar por este terreno no se puede utilizar la «geografía de los profesores» tal como está actualmente, separada de toda práctica y negándose a cualquier reflexión epistemológica. Se necesitaría otra geografía que fuera una teoría de los conjuntos espaciales y una praxis.

La geografía «tradicional» lleva mucho tiempo refiriéndose a los mapas geológicos o a los mapas climatológicos, que se realizan exactamente a partir de un sistema de conjuntos (y subconjuntos) espaciales: el mapa geológico se basa en una clasificación de los terrenos, en un cierto número de conjuntos clasificados según su edad o según sus características petrográficas; un mapa climatológico representa la extensión de diferentes conjuntos definidos por un cierto número de elementos (temperatura, precipitaciones, presión, etc.) y por sus relaciones matemáticas, consideradas, además, en función del tiempo.

Pero es sintomático que los geógrafos universitarios, si bien se han referido para los «datos naturales» a los conjuntos cartografiados por otros especialistas, no han intentado formar conjuntos para los fenómenos «humanos». En gran número de manuales se encuentra a pocas páginas de distancia un mapa geológico y mapas climatológicos trazados a igual escala. Mediante la técnica elemental del papel transparente es posible superponer los mapas que representan estos diversos conjuntos de configuraciones espaciales tan diferentes, pero los geógrafos no se han detenido en el problema metodológico fundamental que plantea la superposición encabalgada de conjuntos espaciales diferentes, tanto desde el punto de vista cualitativo cuanto por su escala. Ha sido en este campo de reflexión donde el concepto-obstáculo de la «región» vidaliana ha ejercido plenamente sus efectos de bloqueo y eso ha paralizado las investigaciones teóricas que habrían permitido describir de manera racional y eficaz los embrollos de la espacialidad diferencial. No sólo se han negado a verla (era muy fácil, por otra parte, dejar de verla absteniéndose de toda referencia a cualquier práctica), sino que ha sido *negada* por la inculcación de una representación del mundo formada por una serie de *casillas* herméticamente cerradas, denominadas datos de la naturaleza y de la historia, dados por Dios de una vez por todas, y claramente separadas entre sí: las regiones, designada cada una de ellas con un nombre propio para «acreditar mejor su «individualidad».

Si se quiere ayudar a las personas a salir de la desorienta-

ción que experimentan en el encabalgamiento de la espacialidad diferencial, de su penuria tan pronto como hay que orientarse o razonar sobre un problema espacial, aunque sea elemental, hay que construir y difundir otra representación del mundo. La representación de un espacio tabicado, algo así como una serie de cajas, formado por regiones situadas en un mismo plano unas junto a otras, idea que ofrece la geografía vidaliana, debe ser combatida. Para comenzar a hacer comprender la espacialidad diferencial, hay que imaginar lo que ofrecería la superposición de un gran número de rompecabezas de dimensiones dispares recortados, de manera muy diferente unos y otros, en unas hojas transparentes. A cada rompecabezas correspondería una serie de conjuntos espaciales cuya división sería diferente de la de las otras series. Las diferencias de dimensión entre los rompecabezas corresponderían a diferencias de escala.

Hay que hacer entender a las personas que, cuando están en un lugar, no están en una sola casilla, en una sola «región». Este lugar depende de un gran número de conjuntos espaciales muy diferenciados entre sí, tanto desde el punto de vista cualitativo como por su configuración: (es decir, estamos *a la vez* en tal municipio de tal provincia, en el área de influencia de Marsella, en una región de colinas cerca del valle del Ródano, en la zona de clima mediterráneo, en el espacio irrigado por el canal Bajo-Ródano-Languedoc, etc.). Estas consideraciones pueden parecer muy alejadas de las necesidades prácticas. No es cierto. Este procedimiento pedagógico de los rompecabezas superpuestos puede parecer muy ingenuo, muy simplista, pero es la introducción a un problema estratégico fundamental: si, en un lugar determinado, no estamos en una sola casilla sino que dicho lugar depende de un gran número de conjuntos espaciales, hay que estar atento a cada uno de ellos y saber que está inscrito en unas configuraciones espaciales muy diferentes respecto a las cuales hay que ser cautos. Aprehender la espacialidad diferencial e intentar estructurarla equivale a la obligación de sustituir una representación del mundo compuesta de datos y de demarcaciones evidentes por una representación del mundo

«*construida*» por la combinación de conjuntos espaciales formados intelectualmente y que son otros tantos instrumentos diferenciados para aprehender progresivamente las múltiples formas de la «realidad». Ya no se trata de «limitarse a leer en el gran libro abierto de la naturaleza» sino de poner en práctica todo un instrumental conceptual (más o menos eficaz o defectuoso) para que se revelen poco a poco unas realidades que no aparecen «a simple vista».

Estos son los principios que permiten acceder a una buena comprensión de los mapas, encontrar en ellos algo más que unos puntos y unas líneas evidentes. No basta con descubrir y verificar en un mapa el cruce de conjuntos espaciales de configuración diferente. Una etapa muy importante en el aprendizaje de saber pensar el espacio se produce cuando se consigue señalar por sí mismo en un mapa, no solamente el trazado de un itinerario (a recorrer o ya recorrido), sino también algunos conjuntos espaciales familiares (por ejemplo, circunscribir los espacios en los que se conocen personas, en los que viven los miembros de la familia, en los que se va a trabajar, etc.). Después de esta primera experiencia que consiste en transcribir las características espaciales de una práctica concreta sobre una representación abstracta formalizada del espacio, el mapa comienza a entregar todas sus significaciones. A continuación hay que pasar del mapa a gran escala, donde se pueden inscribir los desplazamientos y los lugares de la vida cotidiana, a los mapas a escala más reducida, no sólo a los mapas de carreteras (cuyo aprendizaje se revelará cada vez más indispensable) sino también a los que son tanto el soporte como la coartada de diferentes prácticas y de numerosos discursos (es el caso, por ejemplo, del urbanismo). Es importante que las personas estén menos dependientes de los ejes balizados y de los argumentos basados en unos supuestos imperativos geográficos. Es importante que estén mejor pertrechadas tanto para organizar sus desplazamientos como para expresar sus deseos en materia de organización espacial. Es importante que sean capaces de percibir y de analizar con sufi-

ciente rapidez las estrategias de los que están en el poder, tanto en el plano nacional como en el internacional.

Es importante, en suma, que sean capaces de entender las formas, tan diferentes según los lugares que adopte la crisis dialéctica global, en su desarrollo histórico y su diferenciación espacial, a nivel planetario, nacional o regional.

Es evidente que ni siquiera con un aprendizaje de la geografía, transformada por esta preocupación de la práctica y de la teoría, los ciudadanos no accederán por sí solos de manera inmediata a las reflexiones espaciales más complejas, las que se refieren a los problemas políticos planteados a escala planetaria, debido a la multiplicidad de conjuntos espaciales que hay que tomar en consideración. Sin embargo, estos problemas planetarios desempeñan un papel cada vez más importante y más rápido en la evolución de las situaciones nacionales, regionales e incluso locales. Los ciudadanos más politizados, los militantes, deben efectuar un análisis espacial de la crisis a diferentes escalas para ayudar a la toma de conciencia colectiva de los problemas.

En favor de unas acciones militantes más eficaces

El análisis marxista considera con razón el desarrollo de esta crisis en el tiempo, dimensión fundamental de un proceso dialéctico, en tanto que crisis global que afecta, si no al conjunto de la humanidad, al menos sí a los países que corresponden a la extensión espacial del sistema capitalista (el caso de las contradicciones de los países socialistas es muy raramente evocado).

Pero esta concepción del desarrollo fundamentalmente histórico y global de la crisis deja de lado una de sus características esenciales, fundamentalmente geográfica: la interacción y la diferenciación creciente de sus formas en el espacio.

El estudio de la propagación en el espacio del desarrollo (en el tiempo) de las contradicciones es cada día más indispensable debido a lo que se denomina «la aceleración de la historia» en el momento actual: la velocidad que han tomado el crecimiento

**ESQUEMA GRÁFICO DEL ANÁLISIS DE LOS FENÓMENOS
DE ESPACIALIDAD DIFERENCIAL
A DIFERENTES NIVELES DE ESCALA**

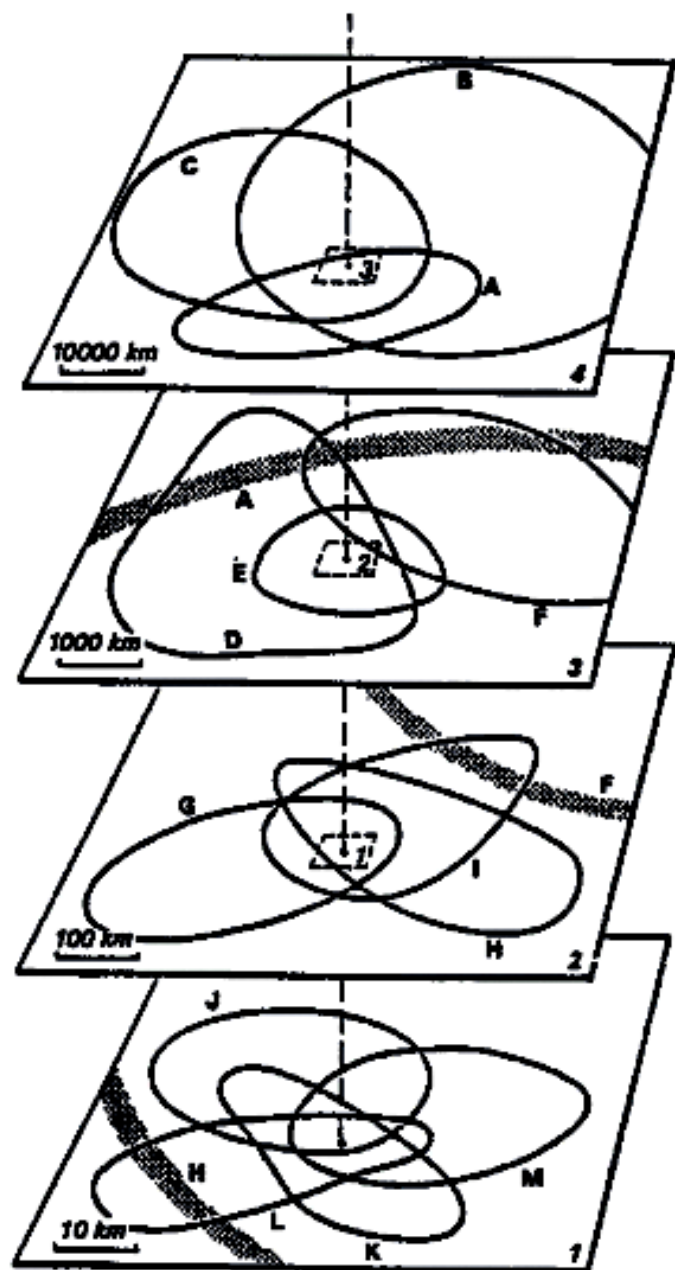
Si el discurso tradicional de la geografía de influencia vidaliana lleva a considerar que un punto o un espacio determinados pertenecen única y exclusivamente a una región, el análisis de la espacialidad diferencial se basa, al contrario, en la investigación sistemática de los diferentes conjuntos espaciales a que pertenecen el punto o el espacio en cuestión. Cada uno de estos diferentes conjuntos espaciales sólo explica *parcialmente* unas características globales que hay que tener en cuenta para actuar en este lugar o en este espacio. Las configuraciones espaciales de estos diferentes conjuntos no coinciden entre sí, sino que, al contrario, se encabalgan. Es necesario explicar la configuración espacial de cada conjunto para entender los elementos y las relaciones recíprocas que lo definen.

Los diferentes conjuntos espaciales que hay que tener en cuenta para aprehender convenientemente la situación geográfica de un lugar o de un espacio no pueden estar representados a una sola escala. Algunos de ellos sólo tienen sentido a una escala muy grande, mientras que otros sólo tienen significación a una escala muy pequeña o a escala planetaria. En el esquema siguiente, hemos diferenciado arbitrariamente, a título de ejemplo teórico, cuatro niveles de análisis espacial, cuatro escalas de representación.

El nivel I es el que corresponde a la escala mayor; los diferentes conjuntos representados en él corresponden, por ejemplo, a unos conjuntos topográficos (monte, valle, etc.), a unas diferencias climáticas debidas a la exposición, o a la presencia de un centro urbano. En dicho nivel I hemos representado en trazo suave una parte del trazado de un conjunto «g» que debe estar representado a una escala más pequeña.

En el nivel II, que corresponde a una escala más pequeña, se han representado otros conjuntos espaciales que los que figuraban en el nivel I; en suave, una parte de un conjunto «e» que sólo tiene significación a una escala todavía más pequeña.

El nivel IV, que corresponde a una escala pequeñísima, es el único que permite la toma en consideración correcta de unos conjuntos espaciales muy vastos que sólo tienen sentido a nivel planetario: por ejemplo, una zona climática, conjunto formado por los países «subdesarrollados», conjunto formado por los países «capitalistas» o «socialistas», etc. Así pues, para explicar la situación geográfica de un lugar o de un espacio determinados, hay que articular estos diferentes niveles de escala y analizar la intersección de los diferentes conjuntos espaciales.



demográfico, los progresos tecnológicos y científicos y el crecimiento económico hacen que las contradicciones evolucionen cada vez con mayor rapidez: la historia se acelera hasta tal punto que la apreciación de los cambios en un lapso de tiempo muy corto (algunos años) se hace cada vez más difícil y aleatoria, a falta de una «distancia» suficiente. ¿Sigue siendo necesario saber *dónde* observar los cambios más significativos y más cargados de consecuencias? El análisis de las diferenciaciones espaciales puede ofrecer unas informaciones que el análisis histórico no es capaz de establecer con la suficiente rapidez como para que sean útiles en las luchas en curso. El análisis geográfico es un saber estratégico, hoy todavía más que antes, debido a la rapidez de los movimientos a escala planetaria. Esta dimensión no era realmente estratégica antes de la Segunda Guerra mundial, en la que las operaciones militares se concebían como máximo a la escala de un continente. Hoy, en pocas horas (sin referirnos siquiera al recurso de los cohetes), las dos grandes potencias pueden intervenir en cualquier punto del globo. Los conflictos locales y regionales, lejos de perder su importancia, pasan a ser más graves, puesto que pueden articularse rápidamente en torno a una relación de fuerza a nivel planetario.

El análisis del proceso de diferenciación que determina en la superficie del globo la evolución de los matices o de los contrastes entre las diversas situaciones económicas, sociales y políticas es, por tanto, una tarea de extrema importancia para la práctica política en el seno de las masas. En efecto, el análisis histórico que los marxistas realizan globalmente del desarrollo de las contradicciones para el conjunto del sistema capitalista es evidentemente indispensable; pero no explica unas formas cada vez más diferenciadas, aunque interdependientes, en las que la crisis dialéctica se manifiesta en la superficie del globo. Así pues, los militantes desarrollan, para sí y respecto a las masas, unos discursos a una escala excesivamente pequeña, situados a un nivel demasiado alto de abstracción y de generalidad. No alcanzan a tomar suficientemente en consideración las formas concretas que adopta localmente, regionalmente, nacionalmente, el

desarrollo diferencial de las principales contradicciones y su encabalgamiento:

Así pues, el imperialismo no es únicamente un fenómeno histórico, un «estadio» en el desarrollo de las contradicciones del capitalismo. También es un sistema de dominación del espacio y de los hombres, que determina una diferenciación cada vez mayor y más compleja de las situaciones económicas, sociales y políticas, un fenómeno geográfico cada vez más diferenciado, y estas diferenciaciones espaciales son datos estratégicos fundamentales. La distinción entre «países dominantes» y países «dominados» (obsérvese la utilización sistemática de la ambigua noción de «país», cuando habría que hablar en términos de clases) es fundamental, pero cada vez menos suficiente. En la «periferia» dominada, las estructuras son desde hace mucho tiempo muy diferentes, pero desde hace una década esta diferenciación se ha acentuado con la realización por las firmas imperialistas de estrategias de industrialización en algunos países que por ello conocen unas contradicciones nuevas que todavía no existen en los países donde la dependencia se traduce (todavía) por la casi inexistencia de la industria. Por otra parte, el proceso de diferenciación de las contradicciones se manifiesta en el seno del grupo de los países llamados «desarrollados» por el paso a la dependencia de buen número de ellos bajo la hegemonía de las firmas multinacionales y del aparato de Estado americano. En el marco de los diferentes países, la acentuación de las «desigualdades regionales» traduce a otro nivel el proceso de diferenciación espacial: unas contradicciones dialécticas que se combinan con las condiciones naturales para conferir a la crisis, en determinados lugares, unas formas más o menos agudas, mientras que en regiones limítrofes las tensiones no son tan evidentes. Los dirigentes de las grandes firmas multinacionales se aprovechan de estas crecientes diferencias y su estrategia las tienen muy en cuenta.

En cambio, la mayoría de los marxistas, que manifiestan frecuentemente una tendencia a minimizar los cambios de estrategia del imperialismo para seguirse refiriendo con respecto a

unos análisis ilustres, no conceden prácticamente la menor atención a la diversidad de las situaciones de dependencia y a la diversidad de las tácticas de dominación que a ellas se aplican.

En sus esfuerzos por desarrollar la «toma de conciencia» de las masas, la eficacia de los militantes sería muy distinta si pudieran disponer, además de una teoría general que es indispensable, de una argumentación mucho menos abstracta, a menor escala, que aquella a la que se refieren habitualmente.

Para ayudar a los ciudadanos a tomar conciencia en sus lugares de residencia de las causas fundamentales que determinan la agravación de las contradicciones que sufren directamente, es preciso comenzar por hacer un análisis en términos concretos y precisos de las contradicciones tal como se manifiestan a nivel local, en los lugares de trabajo y en la vida cotidiana, teniendo en cuenta las condiciones ecológicas que muchas veces son un factor de agravación. Después se podría mostrar con precisión en qué estas contradicciones locales, que pueden ser totalmente excepcionales, dependen de una situación «regional» de conjuntos espaciales más vastos que se caracterizan por unas contradicciones que conviene explicar en términos más abstractos y más generales. Sólo entonces es posible pasar al análisis nacional e internacional, cuyas contradicciones deben ser expresadas a un nivel cada vez más profundo de abstracción, sin dejar de permanecer sólidamente articuladas al análisis de las contradicciones a nivel regional y local de las que las personas poseen, al menos en parte, una experiencia concreta.

Una vez más, el desarrollo de la crisis no se manifiesta de manera uniforme, ni siquiera en el marco de espacios relativamente limitados. En ciertos lugares, bruscamente, las contradicciones toman un cariz, si no más dramático, sí al menos con formas más espectaculares y más violentas. Son, por ejemplo, en esos lugares, que a primera vista nada parecía «predestinar» a ello, donde estallan los movimientos y las insurrecciones que el poder es capaz de reprimir más o menos rápidamente.

Es importante ser capaz de apreciar la significación de estos movimientos populares para ver en qué medida son susceptibles

de producirse en otras partes y para apreciar la «situación» de conjunto del país. En tal caso es necesaria, para los que están comprometidos en la lucha contra el poder, analizar correctamente las razones por las cuales un movimiento concreto se ha producido en un lugar y no en otro. Ello consiste en considerar los diferentes conjuntos espaciales de que depende este foco de insurrección, tanto los conjuntos que se pueden distinguir en las condiciones naturales como la evolución de los fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales. Hay que ver si no corresponde a un cruce muy excepcional de esos conjuntos, teniendo en cuenta sus diversas configuraciones y los ritmos de evolución que caracterizan a cada uno de ellos. De este modo podremos darnos cuenta de si otros lugares, más o menos alejados pero dependientes de un mismo conjunto considerado espacialmente estratégico, están en una situación comparable, si viven la misma combinación de conjuntos espaciales, si aparece en ellos a partir de ahí el juego de factores que ha provocado, en el foco inicial, ese brusco cambio cualitativo bajo el efecto de un acontecimiento más o menos accidental, o si el lugar donde se ha producido la insurrección sigue estando en una situación muy excepcional.

Conviene entender correctamente por qué el desarrollo de las contradicciones es más o menos rápido según las diversas situaciones que se pueden distinguir en un país.

La tragedia del Che ha demostrado que no todas las montañas boscosas de América latina eran, en determinado momento, el equivalente estratégico de la Sierra Maestra; ¿cabe decir que quienes lo creyeron han muerto por esta falta de análisis geográfico, por tanto, por este error estratégico, mientras que en otros lugares, quizás incluso en las montañas próximas a aquellas en las que fracasaron, acaso habrían conocido la victoria?

JEAN-MICHEL BRABANT, BEATRICE GIBLIN, MAURICE
RONAI

EPILOGO

*Un problema epistemológico
fundamental: ¿quién habla?*

En un poblado indio, cinco ciegos meditaban acerca de su común invalidez. «¿Qué es un elefante?», se preguntaban. Los habitantes del pueblo, cansados de describir la anatomía del elefante, aprovechan el paso de un príncipe por su poblado para presentar uno de sus cuarenta elefantes a los ciegos. El primero coge la cola y afirma: «Un elefante es una cuerda». El segundo replica, cogiendo la trompa: «No, es un tubo». El tercero, apoyado en el flanco, rectifica: «Un elefante es una pared». El cuarto, después de haber palpado una pata, afirma perentorio: «Es una columna». Después de haber dado la vuelta al animal, el último, dirigiéndose al cornac, le pregunta: «Pero, ¿para qué sirve?» «Mi amo utiliza el elefante cuando sale al campo o cuando va a un desfile»...

Este libro también plantea una pregunta, aparentemente ingenua: ¿para qué sirve la geografía? Habría podido partir de otra pregunta: ¿qué es la geografía?

— ¿Una ciencia o una ideología? ¿Un discurso literario parásito de las demás disciplinas?

— ¿Qué estatuto epistemológico posee? ¿Qué posición ocupa en el campo del saber? ¿Encrucijada entre las ciencias sociales y las ciencias naturales? ¿No está condenada a desaparecer en favor de una refundición de las ciencias sociales?

— ¿La geografía no es víctima de haber ignorado o rechazado el marxismo? ¿Es reaccionaria? ¿Hay que destruirla?

Estas eran, por otra parte, las cuestiones que discutíamos hace unos cinco años, cuestiones a las que nos había habituado una cierta coyuntura teórica. ¿Quiénes éramos nosotros? Lacoste y unos cuantos estudiantes de historia y de geografía, unos cuantos militantes políticos.

En los años cincuenta, sobre el fondo de la guerra fría, numerosos geógrafos, entre los cuales estaba Lacoste, militantes del Partido comunista francés, se preguntan en torno a Jean Dresch y Pierre George sobre los méritos respectivos de las geografías «proletaria» y «burguesa», sustituyen el hombre-habitante por el hombre productor-consumidor e introducen las nociones de países capitalistas y países socialistas en el discurso geográfico. Al igual que toda esta generación de geógrafos, Yves Lacoste se enfrentó al problema colonial y, de manera más general, con los fenómenos del subdesarrollo. Era sorprendente que los textos geográficos no explicaran las luchas de liberación nacional, ni la agravación de las condiciones de existencia en el tercer mundo, ni el imperialismo. La proyección sobre unas formaciones sociales dominadas por un método regional ya deficiente en la metrópoli, el privilegio otorgado a los factores naturales en las cadenas de causalidad, el papel especial de los geógrafos en el proceso de colonización imponían una reflexión. La guerra de Argelia cristaliza esta toma de conciencia, acelerada por el XX Congreso.

En los años sesenta, Pierre George inicia la polémica. A una geografía aplicada, dependiente del poder político, que aplica sus decisiones, Pierre George opone una geografía activa,¹ crítica e independiente del poder.

1. P. GEORGE, R. GUGLIELMO, B. KAYEER, Y. LACOSTE: *La Géographie active*, Presses Universitaires de France, Francia, 1964.

Con la preocupación por combatir las tesis deterministas y de revalorizar los factores socio-políticos, Yves Lacoste dirige una colección de manuales escolares, *labor militante*, en el seno de la geografía de los profesores. Los contactos con un grupo de estudiantes de sociología le sensibilizan al método epistemológico.

Ganados para las ideas revolucionarias a través de las revoluciones coloniales, en especial la vietnamita y la cubana, Mayo 68 y la crisis de la Universidad, teníamos la conciencia difusa de que era necesaria otra geografía. Naturalmente, esperábamos el corte de la epistemología bachelardiana o althusseriana y del marxismo.

La conciencia de que éramos parte activa de una ruptura, de un irreversible paso hacia adelante de la geografía, nos exaltaba. En los años setenta, en la Universidad de Vincennes, explorábamos la historia de la geografía, sus arcaísmos, sus efectos ideológicos, sus confusiones conceptuales. La revista *Hérodote* debía prolongar ese debate.

Esa geografía que se nos decía moribunda parecía tener bastante buena salud. Criticada en la escuela, contaminaba los órganos de información. Por encargo de las empresas y de las administraciones, proliferaban estudios e investigaciones geográficas.

Esa geografía que se nos decía apolítica mantuvo siempre vínculos orgánicos con los aparatos de poder. La impregnación de los discursos nacionalistas por la argumentación geográfica confirmaba la complicidad entre geografía y estados mayores, militares en un principio, y después también políticos, industriales y financieros.

Esa geografía que se nos decía inútil y caduca, estaba en realidad bien situada, bien armada, tan pronto como se trataba de elaborar unas estrategias espaciales, de hacer mover, combatir o producir unas personas o unos grupos en un territorio.

Esa geografía que se nos decía parasitaria disponía de un cierto número de instrumentos insustituibles: mapas, juegos de escalas. En el momento en que la economía política, la sociología y la historia especializan desmesuradamente sus modelos, la geografía, pese a esas taras, se hallaba con una ventaja sustancial.

Prácticamente, transgredíamos la crítica académica que nos había reunido. Ya no era tanto el estatuto científico o la fragilidad conceptual de la geografía lo que estaba en juego, sino sus funciones estratégicas e ideológicas, su utilización.

Función estratégica claramente puesta en evidencia. A partir de ahí, las cuestiones exclusivamente epistemológicas que nos habían apasionado, pasaban a ser secundarias.

No hay duda de que la división entre disciplinas es arbitraria, pero su reagrupamiento es una perspectiva tan lejana que preferimos tácticamente desarrollar una geografía radical y combativa.

No hay duda de que el marxismo, en su variedad, representa un corpus teórico de *inevitable* referencia, pero su problemática fundamentalmente histórica hace hipotética la articulación marxismo/geografía.

Es posible que la situación de la geografía entre las ciencias sociales y las ciencias naturales sea incongruente en el marco de una epistemología universitaria, pero es precisamente esta incongruencia la que le confiere su eficacia. Al fin y al cabo, el espacio no es únicamente una relación social: el bombardeo de los diques o la implantación de una fábrica se inscriben también en un espacio topográfico.

La baza no es tanto una geografía científica, es decir, epistemológicamente *aséptica*, ni siquiera marxista, es decir, conceptualmente *estandarizada* por el materialismo histórico, sino una geografía operacional.

Este es actualmente el objetivo de la revista *Hérodote*.

¡Atención: Geografía!

Las imágenes y las palabras de la geografía proliferan. Contamina el idioma: país, región, medio natural, «Norte-Sur», o incluso archipiélago. Mapas y paisajes abundan.

Esta inflación trivializa los discursos sobre el espacio y al mismo tiempo los dramatiza.

Todos sabemos actualmente que el espacio es finito, que puede ser escaso, que puede ser caro, que puede estar contaminado. La referencia al espacio se hace familiar: a medida que pierde sentido, gana peso.

¿Qué traduce esta paradoja, sino una conciencia difusa, aguda, moderna, de que el espacio no es lo que se creía, un soporte neutro, un marco pasivo, un escenario inocente, sino la memoria, el propio campo, la baza de las prácticas sociales?

Las relaciones sociales se inscriben y se imprimen en el paisaje como sobre una superficie de grabación: *memoria*.

Los aparatos de poder operan en el espacio: *terreno*, y en él se materializan: *posiciones*.

Las clases, las fracciones del capital, los ejércitos, los Estados se enfrentan en él: *frentes*, disputándose en él unos territorios: *baza*.

Sus aparatos confinan, desplazan, exilian, canalizan, encierran: ciudades obreras, *ghettos*, ciudades nuevas, barracas, campos de concentración, cuarteles.

Las relaciones espaciales son unas relaciones de fuerza.

De la crítica de los mapas a los mapas de la crítica

Nuestro proyecto: aprovechar nuestros instrumentos, nuestros mapas, una cierta destreza, reapropiarnos de la geografía para utilizarla con otros fines, con otras estrategias, para enseñarla de otra manera. Difundir nuestros trabajos entre los grupos sometidos a la Encuesta.

Cartografiar la implantación de las empresas para burlar su movilidad, desenmascarar la ordenación del territorio, desemboscar las fabricaciones con fines represivos de espacios reales o imaginarios, localizar las tensiones futuras, alzar una topología de la dominación.

Criticar es poner en crisis. Polemizar es hacer la guerra.

No reformamos la geografía, la dirigimos contra nuestros enemigos.

Se trata de una guerrilla epistemológica: escaramuzas ideológicas, emboscadas teóricas serían ridículas si no se desprendiera de ellas una geografía alternativa y combativa.

Esta geografía, al informar la práctica de los militantes y ser informada por ella, permitiría a los grupos dominados situar mejor al enemigo, conocer y elegir mejor el terreno.

INDICE

De la cortina de humo de la geografía de los profesores a las pantallas de la geografía-espectáculo	17
Un saber estratégico abandonado en manos de unos pocos	23
Miopía y sonambulismo en el seno de una espacialidad que ha pasado a ser diferencial	28
La geografía de los profesores: un corte con toda práctica. ¿Para inculcar mejor la ideología nacional? . .	36
El establecimiento de un poderoso concepto-obstáculo: la «región»	42
El escamoteo del problema capital de las escalas, es decir, de la diferenciación de los niveles de análisis . .	52
Las «sorprendentes» carencias epistemológicas de la geografía universitaria	62
Ausencia de polémica entre geógrafos. Ausencia de vigilancia respecto a la geografía	72
Marx y el espacio «descuidado»	80
¿Comienzos de una geografía marxista o fin de la geografía?	88
Del desarrollo de la geografía aplicada a la «New Geography»	93
¿Geógrafos más o menos proletarizados para investigaciones parcelarias confiscadas por el poder? . . .	99

En favor de una geografía de la crisis	106
«¡Muera la geografía tecnocrática!» es muy fácil de decir .	112
Las mujeres y los hombres que son «objeto» de estudios .	119
Los estudiantes medios comienzan a dar puntapiés al biombo ideológico	128
Saber pensar el espacio para saber organizarse en él, para saber combatir en él	135
Epílogo, por Jean-Michel Brabant, Béatrice Giblin y Maurice Ronai	151

Elementos críticos

- 1 Lucio Colletti
La cuestión de Stalin
y otros escritos sobre política y filosofía
Prólogo de F. Fernández Buey
- 2 André Gunder Frank
Sobre el subdesarrollo capitalista
- 3 Armand y Michèle Mattelart
Frontes culturales y movilización de masas
- 4 Guy Dhoquois
En favor de la historia
- 5 Enrique Gil Calvo
Lógica de la libertad.
Por un marxismo libertario
V Premio Anagrama de Ensayo
- 6 Perry Anderson
La cultura represiva
Prólogo de Ernesto Laclau
- 7 M. H. Dowidar
La economía política, ciencia social
- 8 Louis Althusser
Posiciones
- 9 Yvee Lacoste
La geografía: un arma para la guerra
- 10 Giovanni Jervis
Manual crítico de psiquiatría
- 11 Gerald E. Peabody, Paul M. Sweezy y otros
Paradigmas radicales en economía

En preparación:

Yannick Maignien
La división del trabajo manual e intelectual